

Tiempos de memoria, tiempos de víctimas

Gonzalo Sánchez G.*

RESUMEN

El presente artículo ilustra la pluralidad de subjetividades vinculadas a la memoria de las víctimas. El autor realiza una exploración de los relatos de tres celebres figuras sobrevivientes de los campos de concentración nazi: Primo Levi, Jean Améry y Jorge Semprún. A partir de allí, el texto profundiza en los perfiles y analiza cada uno de los testimonios, para exponer así una serie de consideraciones, con una alta orientación pedagógica, tendiente a generar conciencia social frente a la complejidad de la Memoria en relación con las Víctimas de un conflicto y de esta forma evitar los errores frente a su tratamiento.

Palabras clave: Memoria, víctimas, historia, holocausto.

TIMES OF MEMORY, TIMES OF VICTIMS SUMMARY

This article illustrates the plurality of subjectivities linked to the memory of victims. The author explores the stories of three well known survivors of the Nazi concentration camps: Primo Levi, Jean Améry and Jorge Semprún. Starting from there, the text deepens in the survivor's profiles and analyzes each testimony to present this way a series of considerations, with a high pedagogic orientation, aiming at the generation of social conscience in view of the complexity of memory in connection with the victims of a conflict and thus preventing further errors in its treatment.

Key words: Memory, victims, history, holocaust.

FECHA DE RECEPCIÓN: 12/01/2008

FECHA DE APROBACIÓN: 12/02/2008

* Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Colombia.
Fuente inicial de inspiración para este ensayo fue un escrito de Belén del Roció Moreno, "El objeto de la memoria y el olvido", discutido en el Seminario organizado por la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia, en el 2004, sobre "Memoria, olvido, perdón, venganza". Tengo una deuda enorme con Mario Figueroa y con todo el equipo de la Escuela por lo que me aportaron en una breve temporada que compartí con ellos. Me he beneficiado también del generoso intercambio de ideas y materiales con el profesor Enrique Biermann.

En un contexto como el colombiano, en el que se tienen tantas consideraciones con los victimarios, me pareció importante dedicar unas páginas a pensar en el tema de las víctimas. Se trata, para mí, de una irrenunciable opción ética por el eslabón más débil de las múltiples cadenas de la guerra. Mi interés en esta reflexión obedece también al profundo malestar que me produce el discurso homogeneizador de las víctimas, y la pretensión, a menudo infundada, de quienes se reclaman sus intérpretes o voceros exclusivos, privatizando de cierta manera sus relaciones con la sociedad y con las instituciones públicas. El primer paso en el proceso de reparación a las víctimas debería ser el reconocimiento a la diversidad de sus experiencias, de sus expectativas y de sus modos de procesar la pérdida o el trauma. Fijo pues de entrada mi perspectiva: las víctimas viven y asumen de manera muy distinta su experiencia, por más elementos comunes que haya en la situación de partida. O dicho en términos más sociológicos, las víctimas-sujetos determinan los usos de la memoria.

Voy a ilustrar esta pluralidad de subjetividades frente a la memoria, con una exploración a los relatos que de su experiencia en los campos de concentración nazi nos dejaron tres figuras emblemáticas: los sobrevivientes Primo Levi, Jean Améry y Jorge Semprún. Tres perfiles claramente diferenciados: un judío militante, un judío a pesar de sí mismo, y un no judío, militante político de la izquierda francesa y española. Tres testimonios aleccionadores que al exponerse al escenario público responden, como diría Enzo Traverso, no sólo “a una necesidad interior de los supervivientes, sino también a una exigencia ética de la sociedad”¹, con un decidido mensaje pedagógico, tendiente a generar conciencia social sobre lo ocurrido y a evitar su repetición.

Permítanme entonces los lectores presentarles en escena muy brevemente a los tres personajes.

LOS NARRADORES EN ESCENA

Comencemos con Primo Levi, científico y polifacético escritor italiano, judío, nacido en la ciudad de Turín, en 1919; se licenció en química industrial en 1942, en plena guerra mundial. En 1943 se unió a un grupo judío de Resistencia, tras la invasión alemana al Norte de Italia. A principios de 1944 (en febrero), cuando apenas contaba 23 años, fue capturado y deportado a Auschwitz-Birkenau, campo ubicado cerca de la ciudad polaca de Cracovia, en el cual permaneció durante 10 meses. Era el prisionero 174517, como quedó evidenciado de por vida en el tatuaje de su brazo izquierdo. Le perdonaron la vida en octubre de 1944 porque en la ficha aparecía que era químico, es decir un trabajador especializado... y por tanto más útil vivo que muerto para los nazis, en uno de cuyos laboratorios de caucho sintético debió trabajar durante su cautiverio. Muy poco después de la Liberación, precipitada por la llegada del Ejército Rojo a Alemania -y quiero subrayar esta brevedad- en 1945, empezó a escribir el primer texto de su trilogía autobiográfica *Si Esto es un Hombre*, publicado en 1947².

Levi no se consideraba un sectario judío, ni siquiera estrictamente un militante. Le gustaba decir incluso que él se sentía más italiano que judío. Pero a raíz de la resonancia que tuvo la publicación de su libro *Los Hundidos y los salvados*, quizás uno de los más bellos e influyentes registros sobre los campos, la memoria y las víctimas, a raíz de esa publicación en 1986, digo, recibió invitaciones de diferentes partes del mundo, incluidos los Estados Unidos, donde fue recibido con gran expectativa, lo que le llevó a decir que “a fuerza de ser considerado un escritor judío...he terminado por serlo”. Consideraba componentes esenciales de su trayectoria su condición de químico, de ex -deportado y de escritor. Su más celebrada obra, *Los hundidos y los Salvados*³ es precisamente fruto de la combinación

¹ TRAVERSO Enzo, *La Historia Desgarrada: ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Herder, Barcelona, 2001, p.192.

² LEVI Primo, *Si Esto es un Hombre*, Muchnik Editores, Barcelona, 2005. Título original *Se questo è un uomo*, Giulio Einaudi Editore, Torino, 1958.

³ LEVI Primo, *Los Hundidos y los Salvados*, Muchnik Editores, Barcelona, 1995. (Título original *I sommersi e i salvati*).

de la capacidad de observación y las destrezas analíticas del químico, la vivencia insustituible y la voluntad de memoria del sobreviviente, y el talento e imaginación del escritor.

Permítanme presentar ahora al segundo invitado de esta conversación. Se trata del ensayista y filósofo conocido bajo el pseudónimo de Jean Améry, nacido en Viena en 1912 con el nombre de Hans Maier. A los 18 años publicó sus primeros relatos y poemas. Y en la década del 30 asiste a clases en el prestigioso Círculo de Viena, que animan, entre otros Rudolf Carnap, exponente mayor del positivismo lógico. La familia de Améry, al igual que la de Levi, era de remoto origen judío, y había perdido incluso el contacto vivo con el hebreo. No era un judío militante pero las circunstancias (Auschwitz) lo obligaron: “la imposibilidad de ser judío se torna en obligación de serlo”⁴. En otras palabras la reafirmación de la identidad es inducida por la agresión. Tras la promulgación de las leyes antijudías del régimen nazi (leyes de Nuremberg de 1935 y la anexión de Austria a Alemania en 1938, mediante aprobación plebiscitaria de ambos países) huyó primero a Francia, y cuando este país cayó en poder de los nazis en 1941 pasó a Bélgica, donde se vinculó a la Resistencia. Deambuló por varios campos de concentración, el último de ellos en Bélgica –el Fort Breendonk- antes de ser arrestado por la GESTAPO y remitido finalmente a Auschwitz en 1943 en donde pasó dos años (1943-1945). El mismo día de su llegada a Auschwitz fueron muertas 417 personas, lo que le daba una perspectiva brutal de lo que le esperaba. Coincidió- sin que se conocieran- en el mismo bloque de Primo Levi. Alcanzó a escuchar la orden de fusilamiento que recibió imperturbable. Cuando es liberado en 1945 no era más que “un esqueleto reanimado”, que pesaba 45 kilos, lo que le hizo sentir la amenaza de la muerte que entonces le venía de fuera. Se puede decir por sus obras que Jean Améry estuvo desde entonces mentalmente asediado por la muerte y por una reflexión casi obsesiva sobre la fragilidad del cuerpo enfrentado al dolor, a la vejez, a los impulsos suicidas y a esa forma de demolición del ser humano y la fe en la razón que es la tortura. Este último fue el tema de su novela *Lefeu o la Demolición*⁵, escrita en 1978, y cuyo título original fue *Los Naufragos*, de claro parentesco con *Los Hundidos* de Levi. Pero a diferencia de Levi que comenzó casi de inmediato a contarle todo sobre su experiencia en el campo, Améry tardó 20 años en decidirse a escribir su primer gran testimonio, *Más allá de la Culpa y la Expiación* en 1966. Tenía entonces 54 años.

Améry se consideraba a sí mismo un judío escéptico, lo cual le hacía más difícil soportar el campo, pues es bien sabido que al hombre de convicciones políticas o religiosas su credo le proporcionaba un apoyo firme y una capacidad para mirar más allá de la experiencia inmediata del Campo, por más dolorosa que esta fuera. Su reino –el del militante político, o practicante religioso- no estaba en el presente, ni en este mundo, sino en un mañana prometedor, y además no estaba sometido a esa especie de desnudez individual de los otros prisioneros pues hacía parte de un continuum de solidaridad colectiva. La prisión estaba previsiblemente dentro de sus cálculos. En todo caso, a diferencia de Levi, Améry no escribe para que se comprenda o supere lo insuperable, sino para denunciar y condenar.

Nuestro tercer invitado es un militante político y escritor, el español Jorge Semprún. No es judío, es militante comunista y republicano. Nacido en diciembre de 1923 en Madrid, sus padres tomaron el camino del exilio a Francia en 1937, al iniciarse la Guerra Civil Española. En los albores de la Segunda Guerra Mundial era estudiante del exclusivo liceo Henri IV de París y pronto iniciaría sus estudios de filosofía en la Sorbona. En 1941 se vincula a la resistencia comunista francesa contra la ocupación alemana y en 1942, sin haber cumplido todavía 20 años, adhiere al partido comunista español. En 1943 es arrestado por la Gestapo y enviado al campo de concertación de Buchenwald, en Alemania, en donde pasa dos años, hasta su liberación en 1945, año en el que regresa a París. Compartió campo de

⁴ AMÉRY Jean, *Más allá de la Culpa y la Expiación: Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, Pre-Textos, Valencia, España, 2001, p.44.

⁵ AMÉRY Jean, *Lefeu o la Demolición*, Editorial Pre-Textos, Valencia, España, 2003. Título original *Lefeu oder Abbruch*.

concentración (Buchenwald) con el ex Primer Ministro socialista francés León Blum, con el orientalista del Colegio de Francia Henri Maspero y con su profesor Maurice Halbwachs, el gran pionero de los estudios sobre la memoria, que murió prácticamente frente a los ojos de Semprún. Las anotaciones de Semprún sobre el desmoronamiento físico y mental de Halbwachs son conmovedoras.

Hacia adelante Semprún va a ser un político exitoso –entre 1988 y 1991 será Ministro de la Cultura del Gobierno socialista de Felipe González– y un escritor prolífico y de renombre tanto en Francia como en España. Rehusó durante décadas observar imágenes alusivas al Campo o contactar compañeros de infortunio, pero cuando volvió a Buchenwald, 47 años después, en 1992, le produjeron una verdadera conmoción interior. Al igual que Améry también escribe tardíamente sobre su memoria en el campo de concentración. Su más significativa obra al respecto es la novela *La Escritura o la Vida*⁶, publicada en 1994, es decir 50 años después de sus vivencias personales.

He hablado de pluralidad de subjetividades y de pluralidad de estrategias narrativas frente a la memoria traumática. Y la clave de esta pluralidad nos la da de entrada el primero de nuestros autores, Primo Levi:

PRIMO LEVI: EL NARRADOR O LA PULSIÓN DE CONTAR Y CONTAR YA

El libro de Levi comienza con un epígrafe sobre el olvido imposible: “*Desde entonces, a una hora incierta/de vez en cuando, regresa esa agonía/, y en tanto no he contado esta historia espectral/se abrasa este corazón mío...*”

Primo Levi quiere y necesita contar ya. Nos dice en una de sus entrevistas:

“Mi modo personal de convivir con la memoria ha sido este: exorcizarla, si se quiere, escribiendo. Ha sido un instinto. En cuanto volví a casa sentí una necesidad intensa de contar y de escribí, que fue saludable, porque me liberó de la pesadilla. Porque fue una pesadilla”⁷.

Levi es consciente de que no se puede generalizar, que no puede hablar por otros, que el procesamiento de la memoria tiene sus ritmos, tiene sus tiempos, tiene sus sensibilidades:

“Conozco compañeros de deportación que lo han borrado todo, han hecho cuanto han podido para borrarlo todo. Algunos lo han conseguido, han suprimido, por así decirlo, ese recuerdo que les molestaba; otros lo han suprimido en las horas diurnas, pero lo sueñan por las noches; otros viven dentro de él y yo he escogido ese camino. No sabría decir por qué motivo, pero tengo la impresión, si la expresión no le parece cínica, que esta aventura me enriqueció, esto es, me proporcionó un número ingente de experiencias...”. Yo volví del Lager con una carga narrativa incluso patológica⁸.

Algunos de sus amigos no hablan nunca de Auschwitz. Otros hablan incesantemente de Auschwitz: “Yo soy uno de ellos”, nos precisa Levi. Levi insiste, pues, una y otra vez en su voluntad y necesidad de contar, como una necesidad elemental y física, que comienza con su texto de 1947 ya citado *Si Esto es un Hombre*, que se inscribe en la avalancha de testimonios y memorias de los protagonistas de la guerra en sus múltiples expresiones: memorias sobre los campos, sobre la resistencia, sobre la liberación. Pasados los eventos traumáticos o heroicos se suele despertar un generalizado afán memorialístico. En el caso de Levi esta trayectoria narrativa culmina, como se dijo ya, con la autorreflexión de *Los Hundidos y los Salvados*, publicado en 1986.

Esta necesidad de contar tropieza con una barrera difícil de vencer: la incredulidad de sus interlocutores, pues el objeto de la narración hace parte de alguna manera de lo incomunicable, lo inenarrable, lo increíble. El drama de muchos como él era el que se les presentaba como una

⁶ SEMPRÚN Jorge, *La Escritura o la Vida*, Tusquets Editores, Barcelona, 1995. Publicada originalmente en francés, *L'Écriture ou la vie*.

⁷ LEVI Primo, *Entrevistas y Conversaciones*, Ediciones Península, Barcelona, 1998. Título original *Conversación e interviste*, Giulio Einaudi Editore, Turín, 1997.

⁸ LEVI, *Entrevistas...* Ob. Cit., p. 130.

experiencia onírica, el sueño del “relato que no es escuchado”, la experiencia desconcertante de regresar, contar y no ser creídos. Queriendo contar el horror, compartirlo, para liberarse de él, se encuentra con que todos le dicen “déjalo ya, todo pasó, ahora come, bebe y no pienses más en eso”⁹. Esta misma resistencia a creer en la palabra de los sobrevivientes ha sido notoria en otro genocidio contemporáneo, el de Ruanda contra los tutsi¹⁰.

Lo tremendo y perturbador es que esta incredulidad de los interlocutores es percibida por la víctima como una victoria anticipada de los verdugos, pues estos confían justamente en imponer su propia versión, llevando la violencia a tal extremo que resulte inverosímil e indemostrable. “Atentar contra la humanidad sin dejar huella que permitiera la memoria era un rasgo esencial de Auschwitz”, anota Reyes Mate¹¹. Un resultado tal vez predecible de la relación desigual entre verdad y poder.

Contar era para Levi un acto liberador, pero al mismo tiempo era un acto político. En ese sentido su máxima obra *Los Hundidos*, además de registro histórico y de memoria es un libro moral, aleccionador, en tanto intenta trazar paralelismos con situaciones contemporáneas ya que “*sucedió y podría suceder otra vez*”. Su tarea es comprender y hacer comprender cómo se puede llegar a ser uno de esos personajes siniestros de la SS, cómo puede llegarse a una situación de violencia extrema.

Y precisamente porque Levi cuenta para hacer comprender, trata de darle a su testimonio esa aureola de objetividad que lo caracteriza, uno no sabría precisar hoy si por estrategia comunicativa o por convicción. Su principio de acción es: “*creo en la razón y en la discusión como supremos instrumentos de progreso y por ello antepongo la justicia al odio. Por esta misma razón, para escribir este libro he usado el lenguaje mesurado y sobrio del testigo, no el lamentoso lenguaje de la víctima ni el iracundo lenguaje del vengador: pensé que mi palabra resultaba tanto más creíble cuanto más objetiva y menos apasionada fuese; sólo así el testigo en un juicio cumple su función, que es la de preparar el terreno para el juez. Los jueces sois vosotros*”¹².

El notable psicoanalista austriaco Bruno Bettelheim sintió esa misma pulsión de contar, no sólo para que se supiera lo increíble de esa “situación límite”, sino también como recurso para superar y “dominar esta experiencia demoledora no sólo intelectual sino también emocionalmente”¹³ y recuperar así su autonomía personal. Su encierro en el campo y las estrategias que había ideado para recordar lo habían convertido de alguna manera en paciente de sí mismo, para poder sobrevivir, para evitar la “desintegración de su personalidad”.

Pero volvamos a Levi. Levi se sintió regresar a la vida a través de la escritura, de la escritura inmediata.

El contraste con Jorge Semprún es particularmente revelador.

SEMPRÚN: LA ESCRITURA DIFERIDA, EL DUELO APLAZADO, LA MEMORIA ENCUBIERTA

Si la estrategia de Levi para sobrevivir fue contar, la de Semprún fue inicialmente olvidar: “Sólo el olvido podría salvarme”, dice en su más importante libro cuasi-testimonial *La Escritura o la Vida*¹⁴. A Semprún no se le plantea como una autoevidencia el camino a seguir, se le plantea desde diciembre

⁹ LEVI, *Entrevistas...* Ob. Cit., p. 108. De tal incredulidad también se quejó amargamente Bruno Bettelheim, cuando luego de su liberación de los campos de Dachau, cerca de Munich, y Buchenwald, cerca de Weima, viajó a los Estados Unidos. Bettelheim había pasado un año en dichos campos en los albores de la Guerra (1938-1939).

¹⁰ Ver por ejemplo los escalofriantes relatos de Jean Hatzfeld en *Una Temporada de Machetes*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2004, pág. 44 y ss. En este mismo texto una campesina ruandesa anota: “Los blancos no quieren ver lo que no pueden creer. Y no podían creer en un genocidio, porque es una matanza que supera a todo el mundo, a ellos y a los demás” (Ídem., p. 99).

¹¹ MATE Reyes, *Por los campos de exterminio*, Anthropos, Barcelona, 2003, p.18.

¹² LEVI, en el epílogo a *Si esto es un Hombre*, Ob. Cit., p. 303.

¹³ Bettelheim Bruno, *Sobrevivir: El holocausto una generación después*, Editorial Crítica, Barcelona, 1981, Ob. Cit., p. 32. Fruto de esta decisión temprana de contar fue su primer ensayo “Comportamiento del individuo y de la masa en situaciones límite”, que empezó a escribir en 1940, un año después de recuperar su libertad y haberse trasladado a Estados Unidos.

¹⁴ SEMPRÚN, *La Escritura...* Ob. Cit., p. 177.

de 1945 como un dilema: la Escritura o la Vida. Ese dilema rondaba en su cabeza, pero según nos confiesa, en 1947 ya había abandonado el proyecto de escribir. Había una cierta inhibición: todavía no cuento, todavía no escribo, parecería decir. “*Me había convertido en otro para seguir con vida...olvido deliberado, sistemático de la experiencia del campo. Olvido de la escritura igualmente. Tenía que escoger entre la escritura y la vida, había escogido ésta... había optado por la amnesia deliberada para sobrevivir*”¹⁵. En 1994 en la recepción de un premio, en el mismo año en que publica su novela autobiográfica *La Escritura o la Vida* siente la necesidad de volver a aclarar el camino escogido “*no era imposible escribir: habría sido imposible sobrevivir a la escritura...tenía que elegir entre la escritura y la vida, y opté por la vida*”.

Al igual que Levi, Semprún enuncia la pluralidad de opciones y define la suya en boca del protagonista de su novela-relato: “*Jamás me ha dicho usted una palabra de Buchenwald. Es curioso, excepcional incluso... conozco a otros resistentes que han regresado de la deportación. Todos ellos están afectados por un auténtico vértigo por comunicarse...un delirio verbal del testimonio...Usted, el silencio más absoluto*”¹⁶.

El contraste se sigue reproduciendo. Parecería que Semprún escribiera todo el tiempo a contrapunto de Levi: “*Así como la escritura liberaba a Primo Levi del pasado, apaciguaba su memoria, a mí me hundía otra vez en la muerte, me sumergía en ella*”¹⁷. En realidad, como habría de reconocerlo en entrevista del 2001, nunca había olvidado, había postergado la memoria¹⁸. Y en parte parece sugerirlo fue esa estrategia la que a diferencia de los otros dos protagonistas de este análisis le permitió evitar el suicidio.

Resuelto el dilema con la decisión tardía de escribir, y a sabiendas también de que “la escritura reaviva la memoria”, se interrogaba ahora sobre los obstáculos y el tipo de escritura que debía adoptar. Dentro de los obstáculos, anota: “*Algunos puramente literarios. Pues no pretendo un mero testimonio. De entrada, quiero evitarlo, evitarme la enumeración de los sufrimientos y los horrores. De todos modos siempre habrá alguno que lo intente... Ni siquiera deseo meterme por este camino. Necesito pues un “yo” de la narración que se haya alimentado de mi vivencia pero que la supere...Una ficción que sería tan ilustrativa como la verdad, por supuesto. Que contribuiría a que la realidad pareciera real, a que la verdad fuera verosímil. Este obstáculo algún día conseguiré superarlo*”.

[8]

En otras palabras, aceptando ahora 50 años después que llegó la hora de contar, a Semprún lo sigue atormentando la idea del cómo habrá que contar, el carácter incomunicable de la experiencia concentracionaria le parece casi imposible de narrar. Definitivamente le parece indispensable simbolizar, buscar una forma de mediación artística (producción cinematográfica, musical, pictórica o literaria) a través de la cual se puedan evocar, no describir, los eventos¹⁹. Efectivamente, Semprún no escogió el testimonio sino la creación literaria. He aquí la justificación:

“*Me imagino que habrá testimonios en abundancia...Valdrán lo que valga la mirada del testigo, su agudeza, su perspicacia...y luego habrá documentos...Más tarde, los historiadores recogerán, recopilarán, analizarán unos y otros: harán con todo ello obras muy eruditas... Todo se dirá, contará en ellas... Todo será verdad...salvo que faltará la verdad esencial, aquella que jamás ninguna reconstrucción histórica podrá alcanzar, por perfecta y omnicompreensiva que sea...*

-El otro tipo de comprensión, la verdad esencial de la experiencia, no es transmisible...O mejor dicho sólo lo es mediante la escritura literaria... Mediante el artificio de la obra de arte²⁰.

Dos grandes novelas autobiográficas dan cuenta de esta estrategia narrativa: *La Escritura o la Vida*, tantas veces citada ya, y la más reciente *Viviré con su nombre, Morirá con el mío*²¹, que es la

¹⁵ SEMPRÚN, *La Escritura...* Ob. Cit., pp. 211-212.

¹⁶ SEMPRÚN, *La Escritura...*, Ob. Cit., pp. 178-179.

¹⁷ SEMPRÚN, *La Escritura...*, Ob. Cit., p. 268.

¹⁸ El País, mayo 19 de 2001.

¹⁹ DEL ROCÍO MORENO Belén, “El objeto de la memoria y el olvido”, en revista Desde el Jardín de Freud, No. 4, Bogotá, 2004, p. 22.

²⁰ SEMPRÚN, *La Escritura...* Ob. Cit., p. 141

²¹ SEMPRÚN, *Viviré con su nombre, Morirá con el mío*, Tusquets, Barcelona 2001. Título original , Le mort qu'il f aut

historia de una suplantación de persona en el campo de concentración. El protagonista, sabedor de que va a ser enviado al horno crematorio construye una estrategia para hacer que otro recluso ya moribundo muera por él, y él viva en el lugar del otro.

JEAN AMÉRY: LA ESCRITURA TARDÍA Y LA IRREDIMIBLE CONDICIÓN DE VÍCTIMA

Améry, al igual que Semprún, se reconoció incapaz de encarar de inmediato el inevitable ejercicio de escritura y de memoria. Pese a las facilidades que le daban su condición de germano-hablante sólo volvió a Alemania en 1964, dos décadas después de haber pasado por los campos de concentración, de haberse negado a hablar de ello e incluso de haber renunciado definitivamente a su verdadero nombre alemán, como una muestra de ruptura de toda proximidad con sus verdugos. Con todo, a raíz de ese viaje lo asaltó el deseo de contar todo y las reflexiones de ese viaje se constituyeron en el preámbulo de su gran libro testimonial, *Más Allá de la Culpa y la Expiación*, publicado en 1966.

Su objeto de reflexión allí es la condición existencial o subjetiva de víctima bajo el nazismo, el análisis introspectivo del resentimiento, subraya Améry. Améry no lo oculta, más aún le regocija gritarlo, él es un superviviente refractario a toda pretensión de superar o justificar lo insuperable e injustificable, es decir, el dolor y la muerte padecidos por las víctimas del genocidio²². Soy una víctima y no perdonaré, pareciera ser su principio de acción. Nunca hubiera podido prohiar la tesis de Jacques Derrida según la cual sólo se perdona lo imperdonable.

Como lo dice el presentador de su obra, Améry es la víctima autodestructiva, la víctima desgarrada entre la rebelión y la resignación. Otra de sus obras más importantes lleva precisamente por título *Reuelta y Resignación. Acerca de Envejecer*²³. Frente a la misión testimonial de Levi (vivir para contar) y frente al delicado rodeo literario de Semprún, Jean Améry se proyecta como una víctima que quiere llevar hasta el límite su condición de víctima adolorida y humillada. Se niega a perdonar, a reconciliarse, pues esto le parece una supresión abusiva de un auténtico y legítimo deseo de venganza... "perdón y olvido forzados mediante presión social son inmorales", nos dice. Hace la apología de la violencia como método para recuperar la dignidad; se niega a dejarse curar por el tiempo; se opone a todos los intentos de los alemanes de minimizar su pasado criminal y su culpa colectiva. Se niega, en fin, a aceptar que el verdugo pueda redimir su culpa mediante la confesión en audiencia pública. En contraste con Levi que llegó a considerar sus años de prisión, de deportación y de exilio como una experiencia formativa, o como una "gigantesca experiencia biológica y social", Améry anota con ironía que en Auschwitz no nos hemos hecho más humanos, mejores, filántropos... "del campo salimos desnudos, vacíos, desorientados"²⁴. Le parece totalmente inaceptable que en aras de proyectos conciliatorios se responsabilice no a los verdugos sino a las víctimas.

Le indigna la idea de que hoy quienes tienden a ser percibidos como los aguafiestas de los proyectos de reconciliación política son las víctimas... Al hacer el sumario del siglo de la barbarie hace este pronóstico sombrío: "Nosotros, las víctimas quedaremos como los realmente incorregibles, los implacables, como los reaccionarios hostiles a la historia en el sentido literal de la palabra, y en última instancia, aparecerá como avería del sistema el hecho de que algunos de nosotros hayamos sobrevivido"²⁵.

Améry no escribe para tranquilizar su memoria. Escribe para evocar, para denunciar, para condenar. Frente al sentido militante de Levi (vivir para contar) en Jean Améry predomina la conciencia clara de la finitud, del transcurso inexorable del tiempo, de la degradación del cuerpo - "despojo mortal" -, de

²² AMÉRY, *Más allá de la Culpa...* Ob. Cit., p. 31.

²³ AMÉRY, *Reuelta y Resignación: Acerca del envejecer*, Editorial Pre-Textos, Valencia, España, 2001. Título original *Über das Altern Revolte und Resignation*.

²⁴ AMÉRY, *Más allá de la Culpa*, Ob. Cit., p. 79.

²⁵ Ídem, p. 164.

la vida como batalla perdida ante la muerte, de la decadencia de la humanidad. La vida aparece aquí como “ser-para-la-muerte”, como un tránsito “del absurdo de la existencia al absurdo de la nada”²⁶.

Uno de los principales focos de reflexión de Jean Améry tras la liberación fue la condición del intelectual en el campo de concentración, a partir de su propia experiencia como tal, con su sentimiento de desarraigo, de vulnerabilidad, de sentirse nada, o si acaso escombros, durante su reclusión en el Campo. El intelectual en el campo se convierte en un obrero no calificado (un trabajador inútil) y por lo tanto sufre de entrada una degradación. Esto le granjeaba el desprecio tanto de los capos como de los otros trabajadores. El hombre de espíritu se encontraba en el campo completamente aislado. De hecho estaba sometido, según Améry, a la “dialéctica de la autodestrucción”. Todo el sistema vertical, represivo, era un desafío a su espíritu crítico. Después de un cierto tiempo en el Campo los prisioneros terminaban no sólo resignándose sino aceptando los valores de los verdugos. Y este drama producía mayores culpas en el intelectual que en el promedio de los prisioneros.

Las tres trayectorias que hemos esbozado, que en realidad son paradigmas de memoria individual-memoria colectiva, nos llevan a enunciar las reciprocidades o eventualmente los desencuentros entre escritura y memoria. La pregunta, puesta de manera muy descarnada sería la siguiente: ¿la escritura de la memoria traumática ayuda a vivir, o por el contrario mata? Y la respuesta es precisamente la ruptura de la dicotomía, pues la escritura puede estar, desde luego con distintas lógicas, en los dos extremos:

- en el primero no se escribe, me niego a escribir, para poder olvidar, para poder vivir, para depurar o para sanar el recuerdo.
- En el segundo extremo hay quienes nos dicen que se escribe precisamente para poder olvidar y para poder vivir.
- Ahora bien, los sujetos –plurales como hemos señalado- no están rígidamente ubicados en uno de los extremos. De hecho las diferentes posiciones tienen sus momentos, su historicidad propia.

[10]

Resumiendo de manera un tanto atropellada podrían caracterizarse así estas trayectorias: 1. Escribo, luego existo (Levi). Levi se sintió volver a la vida a través de la escritura. 2. Escribir ahora sería morir, “solo el olvido podía salvarme” (Semprún). 3. No escribo hoy y no se si escriba mañana (Améry). La escritura tiene pues doble función: es herramienta de recuerdo y herramienta de olvido. Escribir es incluir unos hechos, eventos o experiencias, pero también excluir muchos otros. Escritura-Memoria y Olvido aparecen en primera instancia como un juego de contraposiciones, pero en el fondo son simplemente un escenario de negociación para sobrevivir (cuando, qué y cómo escribo, narro o cuento). Como lo señala el historiador italiano Enzo Traverso, no puede haber “memoria monolítica” en una perspectiva de construcción democrática²⁷.

Ya es hora de preguntarnos cuál es el objeto de la narración, el lugar narrado. Digámoslo de una: se trata de la cotidianidad infernal del Lager, es decir de una forma de violencia extrema, asociada a la experiencia de la deportación y de los campos de concentración.

EL OBJETO DE LA NARRACIÓN: EL LUGAR NARRADO. EL LAGER Y SUS FUNCIONES

Sobre los campos de exterminio hay montañas de literatura. Pero para los propósitos de estas reflexiones tal vez baste con señalar unas cuantas características centrales de los mismos.

En primer lugar el Lager era un sistema de explotación, ligado a la historia misma del régimen totalitario, que nutría de trabajo gratuito y esclavizante a fábricas de armas, industrias y empresas agrícolas. Esta función productiva del campo de concentración hacía que a menudo se dosificaran

²⁶ AMÉRY, Levantar la mano contra sí mismo: Discurso sobre la muerte voluntaria, Editorial Pre-Textos, Valencia, España, 1999, p. 55. Título original en lengua alemana, Hand an sich legen: Diskurs ubre den Freitod.

²⁷ El País, mayo 16 de 2007.

las tasas de exterminio en aras de los planes de desarrollo del régimen nazi. El campo era la sociedad llevada al extremo²⁸. Tenía una estructura jerarquizada (dirigentes, burgueses, proletarios, subproletarios, etc.) y desplegaba a su interior un gran comercio: “burguesía” del pan, de los zapatos, del peine, etc. que se regía a menudo por una economía de trueque elemental de comida, vestuario, cigarrillos, utensilios personales.

Hasta ahora hemos puesto en evidencia los elementos contrastantes. Quisiera señalar ahora algunos de los elementos comunes a la experiencia traumática de estas víctimas. Privilegio, rango y poder eran conceptos fundamentales en los campos de concentración. Esto se traducían en unas jerarquías y un orden del terror, dentro del cual unos se enriquecían, otros sobrevivían y otros fallecían.

Además de sistema de explotación, el Lager era – en segundo lugar- un sistema de organización y control de la cotidianidad en el cual se imponía un severo control sobre el espacio y el tiempo de los presos, encaminados a destruir la experiencia corporal de los seres en libertad, anota Jean Améry²⁹. La disposición del campo obedece a lo que podríamos llamar un arquitectura de la ignominia, es decir a un calculado tormento físico y psicológico de las víctimas. El campo era una especie de “casa de los muertos, de sala de espera de la muerte” dice por su parte Semprún.

En tercer lugar, el campo al igual que la sociedad mayor es un sistema de poder y de opresión de los privilegiados sobre los no privilegiados que responde a una especie de inevitable e inicuo darwinismo social: “En la historia y en la vida, parece a veces discernirse una ley feroz que reza <a quien tiene le será dado; a quien no tiene le será quitado>”³⁰. El campo es parte integrante del régimen totalitario- pero que a partir de cierto momento se convierte en institución autónoma- detrás del cual los verdugos escondieron muchas veces sus responsabilidades individuales, pese a que habían hecho parte de ese régimen por opción.

En cuarto lugar, el campo es un sistema de prohibiciones y de privaciones (de comida, de sol, de sueño, de la sexualidad) y de humillaciones, como estar obligados a vivir entre sus propios desechos. “En este lugar está prohibido todo, no por ninguna razón oculta sino porque el campo se ha creado para ese propósito”³¹.

En suma, el campo es un escenario construido para el ejercicio de la violencia, y no de cualquier violencia, sino de la violencia inútil, cuyo único objetivo es causar dolor totalmente innecesario, el máximo nivel de aflicción, de sufrimiento físico y moral. El campo es “una fábrica de muerte”³². Todo dentro del propósito de destruir la capacidad de resistencia de quienes son percibidos como los adversarios, o más radicalmente dicho, de deshumanizar a las víctimas para reafirmar la superioridad de los verdugos sobre ellas, de degradar para poder matar sin culpa. Tal empresa de dominación- deshumanización y de dosificación de la muerte se despliega siguiendo pasos claramente calculados. Todo comienza con la conmoción inicial de la captura sin explicaciones, y seguía con el tren de partida, sin rumbo, y en el cual moría buena parte de los deportados. A muchos ancianos se los subía al tren simplemente para que murieran. Con ese viaje sin regreso empezaba una cadena de vejámenes sin fin para los deportados, en lo que ha sido llamado una forma de “producción industrial de la muerte”³³. Se les sometía, entre muchas otras formas de degradación, a las siguientes:

²⁸ LEVI, Entrevistas... Ob. Cit., p. 44.

²⁹ AMÉRY, Más allá de la Culpa, Ob. Cit., p 33.

³⁰ LEVI, Si esto es... Ob. Cit., p. 152.

³¹ Ídem., p. 243.

³² REYES MATE, Ob. Cit., p. 18.

³³ Ídem., p. 21. Según Bettelheim, en 1945 había alrededor de veinte campos de concentración y unos 165 lugares de trabajo forzado. Lo característico de Auschwitz es que reunía en un solo espacio los tres tipos de campo: de exterminio, de concentración y de trabajadores forzados (Bettelheim, Ob. Cit., p. 68, nota de pie de página 4).

- A defecar en público, llevando hasta el extremo el envilecimiento.
- A oprobiosos ritos de iniciación (a burlas, puñetazos, latigazos, desnudamiento, rapado de cabeza, a denigrar de sus seres queridos).
- A mantenerse arrodillados por horas.
- A presentarse desnudos ante los demás prisioneros y ante los torturadores, es decir a una escenificación de la superioridad de los verdugos, y del despojo físico y psíquico: “no tenemos nada nuestro: nos han quitado la ropa, los zapatos, hasta los cabellos; si hablamos no nos escucharán, y si nos escuchasen no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre”³⁴. La promiscuidad y el despojo de la vida privada, el estar siempre ante la mirada de los demás, era una de las situaciones más difíciles de soportar, según recuerda Semprún³⁵.
- Complementario del anterior, se les sometía a llevar inscrito un tatuaje, con el correspondiente número de matrícula, que a partir de entonces será su identidad. Dicho sea de paso, esta matrícula, vista inicialmente como el ingreso a una especie de mundo de la indeterminación, fue entendida posteriormente, según nos dice Levi, en su cabal significación: en realidad el número lo decía todo: la época de ingreso en el campo de concentración, el convoy del que formaban parte, y por consiguiente la nacionalidad, etc.³⁶. De uno de esos datos podía depender la vida o la muerte.
- A padecer ultrajes de profunda carga psicológica, como el hecho de que un verdugo se hubiera limpiado las manos con su camisa, es decir que lo hubiera tratado como un trapo.
- A esperar cotidianamente durante horas al llamado a lista, hasta escuchar su número.
- A realizar prácticas de animalización como comer sin cuchara, es decir a lamer como los perros.
- A realizar trabajo gratuito, es decir esclavizante.
- Al uso de los cuerpos con fines experimentales de resistencia al calor o al frío.
- Al uso de las cenizas de los crematorios como fertilizantes.

[12]

En suma, se buscaba doblegar la capacidad de resistencia individual o colectiva de los prisioneros, intimidar al resto de la población, y crear una masa humana sujeta a laboratorios experimentales con propósitos eugenésicos. Y, muy importante en los cálculos estratégicos de los verdugos: generar un proceso gradual de adaptación a la cotidianidad del campo, de “normalización” del sufrimiento.

Sobre estos rasgos básicos puede haber acuerdo entre estos tres testigos de excepción. Sin embargo, hay un elemento sobre el cual el desacuerdo es explícito: el impacto de la tortura en el campo de concentración, y en general sobre las marcas corporales de la memoria, tema sobre el cual remito a las sugestivas consideraciones de Belén del Rocío Moreno³⁷. Primo Levi rechaza la idea del campo como lugar de tortura. La considera un estereotipo. La había, dice, pero era marginal. El 95% de los prisioneros murió, no por tortura, sino por agotamiento físico, por disentería, por congelación, por exposición a la lluvia, al calor, por trabajo excesivo, por desnutrición³⁸. Y es que como lo resalta de manera complementaria Semprún, “el Lager es el hambre: nosotros somos el hambre, un hambre viviente”³⁹. En la misma dirección de Levi, Jorge Semprún señala en su más reciente obra sobre el campo que “la mayoría de estos muertos, las decenas de millares de muertos políticos, resistentes de todos los países de Europa, guerrilleros de todos los bosques y todas las montañas, no murieron víctimas

³⁴ LEVI, Si esto es... Ob. Cit., p. 39.

³⁵ El País, mayo 19 de 2001.

³⁶ LEVI, Si esto es... Ob. Cit., p. 42.

³⁷ DEL ROCÍO MORENO Belén, “El objeto de la memoria y el olvido”, en revista Desde el Jardín de Freud, No. 4, Bogotá, 2004, pp. 16-33.

³⁸ LEVI, Entrevistas... Ob. Cit., p. 46.

³⁹ LEVI, Si esto es un Hombre... Ob. Cit., p. 124.

de palizas, ejecuciones sumarias o torturas; la mayoría murieron de extenuación, de imposibilidad súbita de superar una creciente fatiga de vivir, muertos de abatimiento, a causa de la lenta destrucción de todas sus reservas de energía y de esperanza”⁴⁰. No deja de sorprender la visión estrecha que de la tortura tiene Levi. Para Jean Améry, por el contrario, la tortura no fue un elemento accidental, sino la esencia del Tercer Reich⁴¹. Para Jean Améry la tortura es “el acontecimiento más atroz que un ser humano pueda conservar en su interior”⁴². La tortura, continúa, es una invasión a lo más profundo del ser, en un sitio al cual no puede llegar nadie en ayuda, a aquel sitio donde “las fronteras de mi cuerpo” se confunden con “las fronteras de mi yo”⁴³. Más allá de sus marcas inmediatas, “la tortura deja un estigma indeleble, aunque desde un punto de vista clínico no sea reconocible ninguna traza objetiva”⁴⁴.

¿Cómo evaluar la responsabilidad alemana frente a esta empresa de deshumanización? Los tres autores ofrecen aproximaciones distintas.

Primo Levi, al igual que Todorov, otro de los más conocidos analistas del trauma europeo⁴⁵, rechaza como explicación de esta violencia extrema una supuesta cultura o tradición nazi de los alemanes. Más que una ruptura de civilización -nos dirá también Enzo Traverso- las cámaras de gas son uno de los rostros de la civilización misma⁴⁶. Los verdugos del Lager no eran personas nacidas con vicios de origen: “salvo excepciones, no eran monstruos, tenían nuestro mismo rostro pero habían sido maleducados”⁴⁷.

Levi refuerza posteriormente en una de sus entrevistas: “Los opresores de entonces también eran seres como nosotros”⁴⁸. Rechazo pues en Levi a la estereotipada imagen de los victimarios como monstruos. Y Bettelheim enfatiza definiendo la planificada “solución final” como ese conjunto de “cosas terribles que unas personas corrientes hicieron a otras personas corrientes”⁴⁹. De hecho, dice, son personajes de asombrosa medianía física, social e intelectual. Y ahí radica precisamente la amenaza y también el sentido del esfuerzo de Levi, que es tratar de comprender la mente del hombre común, del verdugo medio, no del extremo. En suma, para Levi se trataba de alemanes corrientes que obedecían órdenes de un Estado Totalitario. Y es esta pertenencia o vínculo político, y no características intrínsecas, lo que hace explicables las conductas barbáricas de los nazis. “Hace 40 años que trato de comprender a los alemanes” dice en una entrevista de 1986⁵⁰, pero al mismo tiempo expresa reiteradamente los riesgos de este intento de comprender al verdugo. “Quizás no se pueda comprender todo lo que sucedió, o no se deba comprender, porque comprender casi es justificar”), es ponerse en el lugar del verdugo⁵¹. He aquí pues un horizonte ético de su introspección, que debiera servir de divisa o mejor de alerta para todo investigador de la violencia: comprender al asesino no puede llevar a justificarlo.

Frente a esta mirada analítica de Levi, proyectada sobre el pasado, la de Semprún, sin negar las tragedias del pasado, resalta las posibilidades del futuro. La singularidad alemana, subraya Semprún, consiste en que es el único país europeo al que le ha tocado vivir, padecer y asumir críticamente

⁴⁰ SEMPRÚN, Viviré con su nombre. Ob. Cit., p 157.

⁴¹ Bettelheim también acoge la idea de que “a los presos se les torturaba deliberadamente”, Ob. Cit. p. 69.

⁴² Améry, Más allá de la Culpa... Ob. Cit., pp. 82-83.

⁴³ Ídem., p.91.

⁴⁴ Ídem., p. 8.

⁴⁵ TODOROV Tzvetan, ver entre otros, Face à l'Extrême, Points, Paris, 1991.

⁴⁶ TRAVERSO Enzo, La violence nazie: une généalogie européenne, La Fabrique Éditions, Paris, 2002, p. 9.

⁴⁷ LEVI, Los Hundidos... Ob. Cit., pp. 175-176.

⁴⁸ LEVI, Entrevistas... Ob. Cit., p. 194.

⁴⁹ BETTELHEIM, Ob. Cit., p.111.

⁵⁰ LEVI, Entrevistas... Ob. Cit., p. 113.

⁵¹ LEVI, en epílogo de Si Esto es un Hombre..., Ob. Cit., p. 340.

también, los efectos devastadores de las dos grandes iniciativas totalitarias del siglo XX: el Nazismo y el Bolchevismo. Pero como buen político, Semprún mira al futuro y ve también el lado positivo: esas experiencias le permiten a Alemania situarse hoy en la vanguardia de una expansión democrática y universalista de la idea de Europa.

Améry, por su parte se niega a aceptar que en aras de la tradición cultural y filosófica alemana, se pretenda minimizar el pasado criminal nazi. Alemania, dice, tiene una culpa colectiva...”No me cansaré de repetirlo: Hitler y sus crímenes también forman parte de la historia y de la tradición alemana”⁵². E incluso ese pasado criminal se sigue reproduciendo en otras geografías. Las dictaduras latinoamericanas, las invasiones imperiales y las torturas son un triunfo póstumo de Hitler. De hecho, las injustas guerras contemporáneas le traen a la mente la empresa destructora de Hitler: “Durante los días en que redactaba los primeros capítulos y los revisaba una y otra vez (se refiere a su libro sobre la Demolición), sucedió en Vietnam un hecho inaceptable: las ciudades de Hanoi y Haiphong fueron “borradas del mapa” por Nixon, el mismo destino que en el pasado Hitler había prometido a las ciudades de Inglaterra, con la única diferencia que las fanfarronadas de 1940, ahora, en 1972, se habían convertido en una realidad mortífera, acompañada por untuosas peroratas sobre la libertad”⁵³.

Este pesimismo sobre la idea de progreso y el proceso civilizatorio es el mismo sentimiento de desplome de creencias, actitudes, valores y sistemas de protección que expresa Bruno Bettelheim⁵⁴ cuando afirma que en el pasado las catástrofes eran principalmente naturales (terremotos, pestes, inundaciones), en contraste con los cataclismos del siglo XX (guerras, holocausto, bomba atómica) que han sido provocados por el hombre mismo, en una especie de extensión del impulso de muerte, de estirpe freudiana.

LAS VÍCTIMAS CULPABILIZADAS

Las liberaciones de combatientes suelen ser jubilosas. Las de las víctimas son dolorosas. ¿Por qué? Porque la condición de sobreviviente está atravesada por un enorme sentimiento de culpa, derivado del hecho de que los sobrevivientes son todos excepciones, puesto que en Lager todos están en principio muertos. Si sobrevive es por un accidente o por una variación dramática de las funciones de los prisioneros en el sistema global de explotación nazi. Esto compagina muy bien con las escalas de valoración dentro del campo: primero la propiedad y luego la vida. Lo sabían los guardianes, quienes podían matar a sus prisioneros pero no robarlos⁵⁵. Levi era consciente de que lo había salvado su profesión de químico, circunstancia que lo hacía más útil vivo que muerto. Pero también lo salvó en gran medida el momento en que llegó al Campo. En la presentación de su libro *Si esto es un Hombre*, la primera frase es: “Tuve la suerte de no ser deportado a Auschwitz hasta 1944, y después de que el gobierno alemán hubiera decidido, a causa de la escasez creciente de mano de obra, prolongar la media vida de los prisioneros que iba a eliminar concediéndoles mejoras notables en el tenor de vida y suspendiendo temporalmente las matanzas dejadas a merced de particulares”⁵⁶. Digámoslo de manera un tanto cruda que hasta entonces la muerte en el campo había sido desordenada, en adelante sería planificada.

En *Los Hundidos* y *los Salvados* aborda lo que repetidamente llama “tema delicado”, la ambigüedad de la condición de prisionero, la dificultad de juzgarlo. Pues en principio el prisionero del Lager está muerto, si sobrevive es porque ha gozado de un privilegio. Se trata a menudo del prisionero que para sobrevivir acepta colaborar con el enemigo.

⁵² AMÉRY, Más allá de la Culpa. Ob. Cit., p. 160.

⁵³ AMÉRY, Lefeu o la Demolición., Ob. Cit., p. 197.

⁵⁴ BETTELHEIM Bruno, Sobrevivir: El holocausto una generación después, Editorial Crítica, Barcelona, 1981, p. 21.

⁵⁵ Ídem., p. 80.

⁵⁶ LEVI, Si esto es... Ob. Cit., p. 9.

La culpabilidad del sobreviviente hace muy difícil para este asumir su papel de testigo válido y confiable. Hay un constante temor a ser, más que testigo, un impostor. También a Semprún atormenta esta preocupación sobre el testimonio imposible: “Está claro, dice con cierta amargura en *Viviré con su Nombre*, que el mejor testigo -en realidad el único testigo verdadero, según los especialistas- es el que no ha sobrevivido, el que llegó hasta el final de la experiencia y murió en ella. Pero ni los historiadores ni los sociólogos han conseguido aún resolver esta contradicción: ¿Cómo invitar a los verdaderos testigos, es decir, a los muertos, a sus coloquios? ¿Cómo hacerlos hablar?

He ahí un problema que el paso del tiempo de todas formas se encargará de solucionar por sí mismo: pronto ya no quedarán testigos molestos, de embarazosa memoria”⁵⁷.

La carga que deben llevar las víctimas-sobrevivientes es abrumadora. Señalemos algunas de las manifestaciones de culpa más frecuentemente evocadas en los escritos de nuestros tres autores:

- culpa por no haberse rebelado, a pesar de haber sido en muchas circunstancias envilecido.
- Culpa de no haber ayudado al que lo necesitaba e incluso al que lo solicitó.
- Culpa de estar vivo en lugar de otro (por qué yo el afortunado?) “podría haber suplantado, en realidad, matado a alguien”⁵⁸. Semprún lo expresa de manera cercana: “*Los vivos no se diferenciaban de los muertos por ningún tipo de mérito. Ninguno de nosotros merecía vivir. Ni tampoco morir. No había mérito alguno en estar vivo. Tampoco lo habría habido de estar muerto. Habría podido sentirme culpable si hubiera pensado que otros habrían merecido sobrevivir más que yo: Pero sobrevivir no era una cuestión de mérito, era una cuestión de suerte*”⁵⁹.
- culpa de la liberación, culpa ajena, sentido de abatimiento, de angustia.
- La culpa de haber sobrevivido –de ser uno de los “salvados”- por ser culpable (por haber transigido con el verdugo, es decir por haber traicionado; por gozar de privilegios anteriores, ejercer una profesión útil, por ejemplo; por haber desarrollado astucias de sobrevivencia, que el hombre común y corriente no había adoptado, por el azar de que los rusos hubieran llegado a tiempo). O como dice Jean Améry en el epílogo de Lefeu: “no era justo sobreponerse al hecho de haber sobrevivido”⁶⁰.
- La culpa de ser el testigo de lo no-vivido, pues los verdaderos testigos fueron los muertos
- Y la más tremenda de todas las culpas, la culpa de ser hombre, porque los hombres habían construido Auschwitz (*Si esto es un hombre*).

Todas estas culpas generan, como lo dice Karl Jaspers, una necesidad de “merecernos nuestra vida que nos fue salvada”⁶¹. Esto seguramente hace muy angustioso vivir, pues cotidianamente hay que justificar ese elemental hecho de vivir. De ahí que esta haya sido considerada como quizás la conquista máxima del régimen concentracionario: convertir a la víctima en culpable de su indecible sufrimiento.

Seguramente no por azar estos grandes testigos terminan optando por el suicidio. Primo Levi se suicida en 1987, un año después de publicar su obra más notable *Los Hundidos y lo Salvados*. Jean Améry decide quitarse la vida en 1978, en la ciudad de Salzburg, en Austria, su país natal, dos años después de terminar su obra sobre el suicidio *Levantar la mano sobre uno mismo. Discurso sobre la Muerte Voluntaria* (1976) que está lleno de sugerencias sobre lo que él mismo llamaría un temperamento suicidario. Imposible superación del trauma o de la culpa? O máximo ejercicio de libertad en el que habiendo escapado a la muerte que tuvieron cerca “desde fuera” deciden ahora asumirla “desde dentro”? En el caso de

⁵⁷ SEMPRÚN, *Viviré con su Nombre...* Ob. Cit., p.19.

⁵⁸ LEVI, *Los Hundidos...*, Ob. Cit., p. 71.

⁵⁹ SEMPRÚN, *La Escritura...* Ob. Cit., p. 156.

⁶⁰ AMÉRY, *Lefeu...* Ob. Cit., p. 203.

⁶¹ JASPERS Karl, *El problema de la Culpa*, Editorial Paidós, Barcelona, 1998, p. 35.

Améry esas referencias oblicuas al suicidio son identificables “Soy yo quien levanta la mano sobre si mismo”⁶², o esta otra: “muero, luego soy”⁶³. De los tres sólo vive Jorge Semprún. Pero digamos de paso que otro de los grandes intelectuales que pasó por el campo, el psicoanalista Bruno Bettelheim, autor de *Sobrevivir: el holocausto una generación después*, también se suicidó, aunque a una edad tardía, en 1990, a los 87 años. Optar, incluso a esa edad tardía por la muerte voluntaria, quizás conlleve un reconocimiento explícito del fracaso de sus esfuerzos “para dominar los traumas del pasado con objeto de que este pasado pueda dejarse de lado y cese de obsesionar a las generaciones venideras”, como fue su propósito al escribir el libro citado⁶⁴. O simple reconocimiento de la insoluble situación existencial del sobreviviente -el síndrome del sobreviviente- frente a la pregunta culpabilizadora y perenne de “Por qué me salvé yo?, “Vivo en lugar de otro?”⁶⁵. La cadena es larga: Paul Celan, el célebre poeta alemán-rumano de origen judío, cuyos padres murieron en un campo de concentración y él mismo sometido a trabajos forzados, autor de un celebrado poema “Fuga de Muerte”, alusivo al campo de Auschwitz-Birkenau, se suicidó en París lanzándose al Sena, en 1970.

Valga la pena anotar -regresando a nuestros autores- que si bien Levi y Améry polemizaron en torno a algunos temas objeto de sus respectivos testimonios, no se conocieron personalmente. Tampoco Semprún conoció a Levi. Dice que sólo hasta 1963 leyó *La Tregua*, la novela de Levi que narra la repatriación de los sobrevivientes italianos de Auschwitz, y hasta entonces no sabía nada de él. Devoró el texto, pues hasta ese momento se había negado a leer testimonios sobre los campos nazis. Semprún tuvo la oportunidad de conocer a Levi, pero no le pareció deseable ni necesario hacerlo. Definitivamente Semprún quería deslindarse de la evocación directa de aquellos episodios.

El tema de la culpa está orgánicamente asociado, sobretodo en las reflexiones de Levi, a la categoría o noción, fecunda y a la vez polémica de las Zonas Grises.

LAS ZONAS GRISES: OTRO “TEMA DELICADO”

[16]

En el Campo se quiebran todos los referentes culturales y se desdibujan las fronteras entre el bien y el mal. No hay divisiones dicotómicas en el universo nazi: la norma es el gris que hace inevitable el compromiso con los verdugos para salvar la vida. Se trata de zonas de superposición, indeterminación o secuencia de la condición de víctima y de opresor. La “zona gris” no es desde luego la categoría originaria. En el “antes de la zona gris” está la contraposición irreductible de la relación asimétrica entre víctima y victimario. Parte de la eficacia del discurso y las prácticas del terror es precisamente empujar a la víctima al campo del opresor, llevar a la víctima a interiorizar en su comportamiento la ideología, los valores y las prácticas del verdugo.

En todo caso, la necesidad de abordar este tema se le presenta a Levi como una urgencia física de enojoso procesamiento. Así se lo expresa en una conversación a Giuseppe Gravano para la revista *la Nuova Italia*, en 1981: “En cambio tengo en la cabeza..., o en el estómago, algo bastante indigesto que se relaciona con el tema de la experiencia del Lager revisada ahora a treinta y cinco años de distancia; después de todas las polémicas de la identificación de la víctima con el opresor, el tema de la culpa, de la ambigüedad que había, de esta franja gris que separaba a los oprimidos de los opresores”⁶⁶.

“Es un error estúpido ver a todos los demonios en una parte y a todos los santos en la otra. No era así. Estos santos u oprimidos se veían forzados en mayor o menor medida a asumir ciertos compromisos, a veces incluso muy graves, ante los cuales el juicio puede ser muy difícil. Yo no soy jurista y pienso que son cosas extremadamente difíciles de juzgar.

⁶² AMÉRY, Levantar la mano contra sí mismo, Ob. Cit., p.19.

⁶³ Ídem., p. 36.

⁶⁴ BETTELHEIM Bruno, en su prólogo a la segunda edición española de *Sobrevivir: El holocausto una generación después*, Editorial Crítica, Barcelona, 1981, p. 10.

⁶⁵ Ídem., p.42.

⁶⁶ LEVI, Entrevistas..., Ob. Cit., p.133.

*Pero hay que juzgarlas, y sobre todo conocerlas, no ignorarlas. Dividir en blancos y negros quiere decir no conocer al ser humano. Es un error, sólo sirve para las celebraciones. Los presos políticos... está claro que algunos acabaron por establecer tácitos compromisos con los nazis... Muchos hicieron varias cosas: aceptaron cargos, golpearon, por ejemplo a sus subordinados...”*⁶⁷.

Levi recuerda los libros de Kafka, especialmente *El Proceso*, como libros cuyos personajes son esencialmente contradictorios. José K. se siente unas veces inocente, otras veces culpable. No hay contradicción. El hombre no es igual a sí mismo. Kafka no es igual a sí mismo. Nos podemos sentir, sucesiva o simultáneamente, inocentes y culpables. Verdugos y víctimas. En cambio, las categorías de contrarios que sí le parecen claramente distintas y bien definidas, que no admiten gradaciones intermedias son- dentro del campo de las víctimas- las de los salvados y los hundidos⁶⁸. Dentro de estos últimos, los llamados en el lenguaje del campo de concentración “los musulmanes” son los que carecen de toda capacidad de resistencia, los que carecen de historia, los que están al borde de ser “no hombres”, por tanto firmes candidatos al horno crematorio⁶⁹.

Esta mirada al complejo universo de las víctimas es coherente con su visión más general del campo de concentración:

- El Lager en su perspectiva no era un espacio de simples relaciones binarias (amigo-enemigo, verdugo víctima, inocente-culpable), es un microcosmos estratificado: prisioneros políticos, judíos, criminales; prisioneros antiguos y nuevos; prisioneros privilegiados y no, prisioneros-funcionarios- prisioneros rasos, prisioneros lavaplatos y prisioneros-funcionarios con mando (kapos), prisioneros-colaboradores y prisioneros infiltrados...
- Pero además es un espacio de contornos borrosos entre víctimas y verdugos, lleno de zonas grises, de prisioneros colaboradores, de víctimas-verdugos de sus propios compañeros de infortunio. Un rasgo inherente al Lager como “fábrica de muerte”, y en especial de los hornos crematorios, era que “la ejecución de las víctimas era confiada a otras víctimas... Las víctimas estaban obligadas a actuar como una pieza del engranaje que las destruía”⁷⁰. Los privilegiados-víctimas, “Escuadras Especiales”, bien alimentados, encargados de los crematorios, pero que sufrían también la muerte segura, pues sabían demasiado y que eran la forma más aberrante de complicidad forzada, la víctima forzada a ser verdugo de sí misma, con lo cual la culpa se descargaba sobre las propias víctimas. Había privilegios que aseguraban la prolongación de la vida, otros que eran camino seguro a la muerte.

La fuerza descriptiva y la capacidad para penetrar en los dramas interiores del campo hacen de Levi el nuevo Dante que sale del gran infierno moderno, que lleva su reflexión hasta el límite, un límite en el cual se oscurecen enormemente las diferencias entre la víctima y el victimario, el culpable y el inocente, pues se puede ser lo uno y lo otro, y en gran medida él mismo se siente lo uno y lo otro. Levi es víctima atormentada, con profundas ambivalencias frente al comprender: que a veces le parece necesario, y otras le parece legitimador. No hay tarea más compleja para un investigador que el intento de aproximarse al alma de un victimario. Por eso Jean Améry, que respiraba por una herida que se negaba a curar, acusaba a Levi de ser un “perdonador”, es decir

⁶⁷ Ídem., p. 134.

⁶⁸ LEVI, Si esto es... Ob. Cit., p. 150.

⁶⁹ En una simple nota de pie de página (LEVI, Si esto es... Ob. Cit., p.151.) apunta que “con el término Muselmann, ignoro por qué razón, los veteranos del campo designaban a los débiles, los ineptos, los destinados a la selección”. Y agrega: “Son los que pueblan mi memoria con s presencia sin rostro y si pudiese encerrar a todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen que me resulta familiar: un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y las espaldas encorvadas, en cuya cara y en cuyos ojos no se puede leer ni una huella de pensamiento” Ídem., p.155.

⁷⁰ TRAVERSO Enzo, La Historia Desgarrada, Ob. Cit., p. 195.

un claudicante frente a los verdugos⁷¹. Él –Levi- es parte de esa tremenda zona gris cuyas lógicas constituyen su gran aporte intelectual, lo que le acarrea esa culpa que probablemente lo lleva al suicidio.

Entre las víctimas había pues una mezcla muy compleja de hobbesianismo y favoritismo.

Una de las conclusiones políticas más duras de estas reflexiones es que: las víctimas, los oprimidos, no siempre se unen para resistir o sobrevivir a una situación de opresión extrema. A menudo sobreviven a costa de sus propios compañeros de infortunio. Y tal vez pueda decirse incluso a la luz de estas experiencias emblemáticas que cuanto más extrema la situación, menos previsible la solidaridad.

Sólo con el derrumbe del Lager, tras la victoria aliada se restablece la solidaridad, se recupera el sentido comunitario, se hace posible la conciencia de una historia compartida de las víctimas del holocausto. Sólo en ese momento se recupera la humanidad perdida, “volvíamos a ser hombres⁷²”, es decir, volvíamos a ser solidarios.

REFLEXIONES FINALES

Para redondear estas reflexiones quisiera volver al punto de partida, a la pluralidad de sujetos, a la pluralidad de memorias y a la pluralidad de los tiempos, para enunciar muy brevemente algunos temas abiertos a la investigación futura.

1. Sobre la pluralidad de los tiempos y distancia de los eventos

La mayor o menor proximidad de los eventos tiene impactos diferenciados sobre la memoria colectiva. El evento cercano y el evento lejano se procesan de manera muy distinta. El hecho de que el debate sobre la Memoria de la Guerra Civil Española, se hubiera abierto, casi medio siglo después de los eventos, es decir por una generación que no la había vivido, facilitó mucho el proceso de reencuentro con ese pasado. El futuro lo estaba definiendo ahora una generación que no era ni la de los vencidos ni la de los vencedores, que había desarrollado ya, como ha mostrado convincentemente Paloma Aguilar Fernández⁷³ una “aversión al riesgo” de repetición de la guerra fratricida.

Para el caso colombiano uno podría presumir que para la generación actual sea posible confrontar sin mayores sobresaltos el capítulo de la Violencia de los años cincuenta, pero que le resultaría un verdadero reto –de incierta proyección- lidiar con los varios capítulos de la violencia reciente. No es, sin embargo, una secuencia inamovible: el debate sobre la memoria reciente puede también -y de hecho lo está haciendo- revivir memorias suprimidas o mal resueltas, incluso por centurias.

Pero al lado de la distancia del evento (cercano o lejano) habría que tener muy en cuenta el momento de la víctima, la temporalidad de su memoria. El caso de Semprún, para retomar a nuestros autores, nos muestra por ejemplo cómo en un momento, la escritura (la memoria) le permite alejarse (olvidarse) de la experiencia traumática, y en otro momento, la escritura lo lleva precisamente a lo contrario, a dejarse poseer de la experiencia traumática. La pregunta que queda abierta entonces es cuándo y bajo qué condiciones se produce la fusión de la escritura y la vida. Y lo que esta pregunta sugiere es que no se puede compartimentar lo que se recuerda y lo que se olvida. Lo que se recuerda y lo que se olvida son, en algún momento, parte integrante de un mismo sujeto, de una misma trayectoria vital.

2. Sobre los trastocamientos del tiempo

El paso por un centro de aniquilamiento personal, como es el Campo de concentración, produce trastornos muy profundos en la experiencia interior del tiempo y en el sentido de la cronología de

⁷¹ LEVI, Los hundidos y los Salvados, Ob. Cit., p. 117.

⁷² LEVI, Si esto es... Ob. Cit., p. 294.

⁷³ AGUILAR FERNÁNDEZ Paloma, Memoria y Olvido de la guerra Civil Española, Alianza Editorial, Madrid, 1996.

la vida. Mientras se está en el campo -y en general bajo el impacto de la experiencia traumática- se pierde el sentido de la sucesión temporal. El futuro es imprevisible, es provisional, se desvanece ante los ojos de la víctima. Lo que importa es el instante, el momento presente, el estar vivo hoy y quizás mañana. Prácticas repetitivas y programadas anulan todo sentido de futuro. Pero hay algo más, una vez recuperada la libertad tienden a invertirse las temporalidades de la vida y de la muerte. En efecto, normalmente, en nuestra percepción cotidiana, vamos de la vida a la muerte. Semprún, en cambio, nos dice que viene de regreso de la muerte, de la experiencia del Mal radical. El ha vivido la muerte⁷⁴. Hay una obsesión en Semprún con esa idea de la muerte vivida⁷⁵. En su otro libro, *Viviré con su nombre*, pone como epígrafe una frase muy elocuente de Roland Dubillard: “Estoy seguro de que mi muerte me recordará algo”. Semprún trata de decir esto de mil maneras, como si estuviera enfrentado a una insuficiencia del lenguaje para expresarlo. En otro pasaje dice: “no estaba seguro de ser un sobreviviente de verdad. Había atravesado la muerte, ésta había sido una experiencia de mi vida⁷⁶. En suma, la muerte, para Semprún, no está al final de la vida, estuvo al comienzo... El resto de la vida es alejamiento y no acercamiento de la muerte: esa sensación del disfrute del regreso, la posibilidad de volver a proyectar, a soñar⁷⁷. Más aún, salido del Campo se siente ya inmortal. De ahí que no vuelva a pensar en su muerte., hasta la muerte de Primo Levi. La muerte, el suicidio de Levi, lo conducen a pensar que le quedan cinco años de vida (que eran los años que le llevaba Levi). La muerte de Levi le hizo invertir de nuevo los tiempos, o mejor ponerlos en su lugar natural: la muerte estaba otra vez en el futuro, en un futuro próximo? “La muerte se inscribía de nuevo en mi porvenir”⁷⁸. Semprún volvía a ser mortal! Otra vez el contraste con Jean Améry es imperativo. Jean Améry nunca logra liberarse del fantasma de la muerte y acepta ir a la degradación progresiva, física y mental.

3. Sobre la necesidad de redefinir permanentemente las tensiones y complementariedades entre Memoria y Olvido

La memoria y el olvido no son eventos, o estados mentales sino procesos, y sobretodo estrategias. Semprún destaca cómo durante mucho tiempo optó por el silencio y lo convirtió en elección, en “estrategia de amnesia voluntaria”. A uno no le acontece olvidar, uno decide olvidar; el olvido no es simplemente una omisión, es una política. Hay una política del olvido, hay una estrategia para el olvido, hay unos recursos, y unos repertorios o astucias para el olvido.

Una víctima camboyana en entrevista para la BBC, hace un par de años (octubre de 2005) decía: tengo que perdonar y he perdonado al verdugo para poder seguir. Y si el otro no ha pedido el perdón? Le pregunta el periodista. Esa es su responsabilidad. Yo hago lo que me toca para vivir.

La invitación latente en estas páginas es pues a romper con la visión puramente pasiva de la memoria y el olvido. Repito, son estrategias, es decir están inscritos en un plan de acción de los individuos y las sociedades. De hecho, así procedemos en la vida real: “la memoria suele alterar no sólo las remembranzas de hechos, sino también el valor que les damos, adaptando las cosas y su sentido a lo que hoy somos o pretextamos ser”⁷⁹.

4. Sobre memoria-trauma y memoria- celebración

En la era contemporánea se ha despertado una nueva sensibilidad frente a la guerra, una nueva conciencia moral sobre los sufrimientos que genera la guerra a nivel planetario. En términos de

⁷⁴ SEMPRÚN, *La Escritura...* Ob. Cit., pp. 103-104, 122. Ver también su cita de André Malraux, p. 66.

⁷⁵ Ídem., pp. 183-188.

⁷⁶ Ídem., p.155.

⁷⁷ Ídem., p. 123.

⁷⁸ Ídem., p. 266.

⁷⁹ Justo Serna, comentando a Enzo Traverso, en *Levante-EMV*, Valencia (España), octubre 10 de 2006.

Michael Ignatief se trata del surgimiento de un espíritu apolítico que se niega a aceptar argumentos ideológicos para justificar la agresión y que se niega a establecer diferencias entre las víctimas. Estamos según este autor frente a la universalización de un nuevo sujeto, la víctima universal. Es una conquista importante en la evolución de los derechos, particularmente de los derechos de los conflictos armados. Pero hay que tener prendidas las alarmas frente a la naturalización o reificación, conciente o calculada de las víctimas. Slavoj, Zizek ha advertido y denunciado a propósito de los bombardeos de la OTAN en Yugoslavia, lo siguiente: “mientras la OTAN intervenía para proteger a las víctimas kosovares, tomaba al mismo tiempo todas las medidas para que siguieran siendo víctimas, habitantes de un país devastado, con una población pasiva, no una fuerza político-militar activa capaz de defenderse de sí misma... La estrategia de la OTAN era, pues perversa en el preciso sentido freudiano del término: ella misma era (co-) responsable de la calamidad frente a la cual se ofrecía como remedio... Aquí nos encontramos de nuevo con la paradoja de la victimización: el Otro al que hay que proteger es bueno mientras sigue siendo una víctima⁸⁰.”

Hay que romper, por otro lado, con la visión puramente clínica de la memoria y el olvido, asociados casi exclusivamente en la era contemporánea al trauma. Hay que recuperar el carácter relacional de la memoria y el olvido. También en los individuos como en las sociedades memoria y olvido están asociados al goce, a la victoria, al logro, a la realización. Hay memoria traumática, memoria como padecimiento, y hay memoria heroica, memoria fundacional; hay memoria-represión y hay memoria celebración, memoria gratificante.

Hoy se habla mucho, tal vez demasiado, del trauma y del susto de volver al pasado (que el pasado no se repita!!!): el pasado se nos ha vuelto un peligro. Es necesario insistir también en la necesidad de recuperar el goce o la añoranza de volver al pasado, de vivir el pasado con optimismo. Debemos entender y celebrar que a menudo hay también el deseo y el reclamo comprensible de que en algún sentido el pasado se repita. Tal vez haya que decirlo con la poesía, por ejemplo con el “juventud divino tesoro” de Rubén Darío, o con el “cómo se pasa la vida, cómo se llega la muerte tan callando; cuán presto se va el placer, cómo después de acordado da dolor, y cómo, a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor” de las coplas de Jorge Manrique a su padre. Hay diversas “políticas del pasado” que se reflejan en prácticas, en construcciones simbólicas y en discursos muy diversos.

[20]

5. Sobre la función epistemológica del olvido

Detrás de esta pretenciosa formulación quisiera resaltar simplemente cómo el olvido puede adquirir eventualmente la connotación de requisito de conceptualización, es decir de conocimiento. Esta apreciación podría traducirse en otra afirmación en la cual se encuentran el psicoanalista y el historiador: conocer no es acumular datos sino seleccionar. El olvido en este plano epistemológico aparece no como una elección, como puede serlo en el plano de la acción, sino como una necesidad. Podríamos llegar así a una fórmula aparentemente extrema, y en todo caso paradójica: conocer es saber olvidar.

Y final, finalmente, hay un tema de inquietud latente.

6. Los Privilegios y las exclusiones en el acceso a la memoria

Este es un tema que intriga mucho, porque normalmente en los relatos del tipo de los que hemos analizado aquí estamos frente a seres privilegiados en cuanto a la capacidad comunicativa: se trata en efecto de intelectuales, de militantes, de miembros de una comunidad organizada que tienen una relación orgánica con la escritura. Su accionar cotidiano está vinculado a una cadena de sentidos. A menudo, como en el caso de Semprún, se siente parte activa en su momento de una red clandestina comunista.

⁸⁰ ZISEK Slavoj, *El Frágil Absoluto*, Valencia, España, Editorial. Pretextos, 2002, pp. 78-79.

Poca atención se ha prestado, por contraste, a los que no pueden o no saben escribir. A las víctimas sin escritura. La memoria de las víctimas sin escritura plantea problemas dramáticos en un caso como el colombiano: porque allí donde hay fuertes identidades étnicas, como ocurre en el caso de los judíos, sus intelectuales son en gran medida portavoces...de la etnia... En cambio en Colombia se trata de una sociedad extremadamente fragmentada, en donde las identidades políticas, los partidos, solo atraviesan la dimensión pública de la sociedad. La dimensión subjetiva se queda sin expresión.

Este es, desde luego, un problema de difícil solución frente al cual por el momento sólo cabe un llamado: “Democraticemos la memoria. No sigamos haciendo de la memoria y la escritura, y mucho menos de la condición de víctima, un privilegio”.

A las víctimas ciertamente hay que acompañarlas a que recuperen el sentido de la vida, a que enuncien sus derechos y hagan sus reclamos, pero por sobre todo hay que inducir las a que se proyecten no como demandantes de piedad sino como sujetos de derechos, más allá de la sociedad que las hizo víctimas.

Las FARC: fuentes de su longevidad y de la conservación de su cohesión*

Daniel Pécaut**

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo dar cuenta de la longevidad y la cohesión de la principal organización de las guerrillas en Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). El texto inicia con un rápido recuento histórico de las FARC y realiza una exposición de fenómenos significativos en las diferentes fases organizativas de este grupo guerrillero. Al final reflexiona sobre las estrategias de guerra, la temporalidad y las relaciones con el entorno político y social colombiano e internacional, que le han permitido a las FARC mantenerse como organización activa durante las últimas cuatro décadas.

Palabras clave: guerrilla, Colombia, conflicto, organización.

THE FARC: SOURCES OF THEIR LONGEVITY AND OF THE CONSERVATION OF THEIR COHESION SUMMARY

This article analyzes the longevity and the cohesion of the principal organization of the guerrilla in Colombia, the Revolutionary Armed Forces of Colombia (FARC). The text initiates with a rapid historical inventory of the FARC and realizes a presentation of significant phenomena in the different organizational phases of this guerrilla group. Ultimately, the article thinks about the strategies of war, the temporality and the relations with the political and social Colombian and international environment, environment that allowed to the FARC to continue as active organization during the last four decades.

Key words: guerrilla, Colombia, conflict, organization.

FECHA DE RECEPCIÓN: 21/01/2008

FECHA DE APROBACIÓN: 13/02/2008

* Una versión de este artículo fue publicada en la revista Hérodote No. 123, del cuarto trimestre de 2006, pp. 9-40. Traducción Alberto Valencia Gutiérrez, Profesor, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

** Director de estudios en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París.

Este artículo tiene un objetivo limitado y específico: dar cuenta de la longevidad y la cohesión excepcional de la principal organización de las guerrillas en Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

La longevidad tiene más de medio siglo. Las FARC se constituyeron oficialmente con este nombre en 1966, pero provienen de las organizaciones de autodefensa que surgieron en los años 1950 y que, a partir de 1964, se presentan como guerrilla revolucionaria, con el nombre de Bloque Sur. La adición en 1982 de dos letras para convertirse en FARC-EP (Ejército Popular) confirma una vez más su voluntad de llegar al poder utilizando el recurso de la vía militar¹. En 2007 todavía insisten en este proyecto y, con un número de efectivos que desde 1990 oscila entre 10.000 y 17.000 combatientes, han logrado infligir en ciertos momentos reveses espectaculares a la fuerza pública. Ninguna organización guerrillera en el mundo puede ostentar una continuidad de esta naturaleza, si nos atenemos a las que poseen un verdadero poderío militar.

Su cohesión no es menos sorprendente. No se ha presentado ninguna escisión de envergadura en lo que tiene que ver con divergencias políticas o desacuerdos militares². La organización jerárquica se ha mantenido. Su legendario jefe, Manuel Marulanda Vélez, posee desde el principio un ascendiente incontrovertido. La conservación de esta cohesión es aún más sorprendente si tenemos en cuenta que las FARC han extendido de manera permanente su presencia territorial, han multiplicado los frentes locales, han manejado recursos financieros considerables y han recurrido a prácticas de guerra que muchas veces han estado muy próximas del terror y del banditismo. Todas estas circunstancias hubieran podido favorecer su fragmentación. Pero nada de eso ha ocurrido.

De manera similar las FARC hubieran podido sufrir algún debilitamiento en la medida en que, a pesar de su capacidad militar, nunca han contado con la simpatía política de sectores amplios de la sociedad por fuera de algunas zonas rurales. El fracaso en este aspecto tampoco se ha traducido en rupturas. Desde 1980 solamente dos grupos de alguna significación se separaron colectivamente, pero su aventura rápidamente se malogró³. Algunos cuadros subalternos han huido cargando con su «botín» pero se trata de casos excepcionales. Las deserciones individuales ordinarias han existido, pero han sido relativamente raras al menos hasta los últimos tiempos.

La longevidad y la cohesión merecen ser consideradas con mayor atención si tenemos en cuenta que el entorno de esta guerrilla ha sufrido, a su vez, profundas transformaciones. Colombia se ha urbanizado de tal manera que la población urbana sobrepasa ahora el 70% del total y su nivel de educación, aunque muy desigual según las regiones, ha mejorado en términos globales. En las últimas décadas Colombia ha entrado en la era de la globalización con todo lo que esto implica con respecto a las formas de consumo, de comunicación y de información. En el plano internacional la caída del muro de Berlín hubiera podido sembrar dudas sobre la continuación de la lucha armada en una organización que se reclamaba del comunismo de la Unión Soviética; de hecho, varias organizaciones

¹ Conforme a la manera como ellas mismas se llaman habitualmente, casi siempre utilizaré simplemente la sigla FARC, dando por entendido obviamente que en sus comunicados la organización utiliza siempre la sigla completa.

² Algunos de los fundadores del EPL y del M-19 pasaron, ciertamente, por las FARC pero no permanecieron mucho tiempo en la organización.

³ Sin embargo, a comienzos de los años 1980 un grupo apreciable se separó de las FARC, tomó el nombre de «Ricardo Franco» y se estableció en el departamento del Cauca donde reclutó más de 300 combatientes y mantuvo lazos muy estrechos con el M-19. La historia terminó mal: bajo la sospecha de que se habían colado informantes en su organización, sus dos líderes, entre los cuales se encontraba el hermano de uno de los líderes del M-19, ejecutaron a sangre fría a más de 160 miembros. Muchos de ellos eran adolescentes de origen indígena. En la misma época, un pequeño grupo de las FARC, comandado por Bernardo Gutiérrez, se integró en el Urabá a la guerrilla rival del EPL, contribuyendo así a la larga confrontación local entre las dos organizaciones, que se mantuvo incluso después de la desmovilización del EPL en 1991 bajo la forma de masacres recíprocas (A. F. Suarez, 2007). Tratándose de divisiones esto es muy poco durante un período tan largo.

guerrilleras colombianas, en particular el M-19 y el EPL⁴ se desmovilizaron; sin embargo, las FARC no pusieron en cuestión la alternativa de la lucha armada y, por el contrario, tomaron la decisión de darle un nuevo impulso.

Centrado en un aspecto limitado, este artículo se ha construido alrededor de una problemática igualmente limitada, ya que se refiere sobre todo a las estrategias organizativas de las FARC. Por estrategias organizativas entiendo las lógicas de acción que éstas ponen en práctica con base en los «recursos» que logran adquirir por diversos medios. Estos recursos pueden ser tanto de orden económico como de orden social o político e incluyen sentimientos como la confianza, el resentimiento o las lealtades políticas. Sin embargo, su conformación es inseparable de la utilización de la violencia, independientemente de que ésta se ejerza sobre sectores de la población «civil», de que contribuya a definir las reglas disciplinarias que se aplican a los combatientes o de que presida la formación de una visión «amigo enemigo» que sirva de soporte a las representaciones políticas. Los «recursos» y las «lógicas de acción» son inseparables. Los recursos son meramente potenciales cuando no están puestos al servicio de acciones militares o políticas. La utilización del término «recursos» no implica una adhesión a las teorías clásicas de la acción colectiva en términos de «movilización de recursos»; por el contrario, la utilizo de forma más laxa siguiendo la descripción que lleva a cabo C.W. Anderson de la manera como en los sistemas políticos que tienen una débil legitimidad, como ocurrió en América Central en los años 1960, algunos grupos pueden acceder al estatus de actores políticos y participar en la repartición del poder gracias a la movilización de recursos heteróclitos, tradicionales y modernos, entre los cuales se encuentra la violencia⁵. F. Escalante Grijalbo ha mostrado la fecundidad de una perspectiva de este tipo en el caso de México⁶. Pero, en el caso colombiano, los recursos no son utilizados solamente para aumentar la capacidad de influir de los actores en un sistema de competencia, sino que se inscriben en un campo de conflicto armado en el que la violencia no es un ingrediente entre otros, sino el ingrediente principal, y es asumido como tal.

[24]

Una vez admitida esta problemática, la pregunta inicial se convierte en la siguiente: ¿de qué manera las estrategias organizativas han contribuido a la longevidad y a la cohesión de las FARC? La respuesta no es simple y podría consistir en la simple descripción de la rigidez de su organización burocrática⁷. Al comienzo, al menos, el funcionamiento de las FARC fue poco burocrático y no es fácil de comprender la manera como posteriormente, un grupo altamente burocratizado, ha logrado tener algún grado de eficacia para afrontar la infinita diversidad de situaciones locales y adaptarse a unas relaciones de fuerza cambiantes⁸.

Hay que considerar más bien la manera como, sin perder la cohesión, la organización puede recurrir, según las circunstancias y los lugares, a una diversidad de lógicas de acción basadas en una multiplicidad de recursos. Todos los recursos no son activados al mismo tiempo y de la misma manera en todas las zonas en las que hacen presencia; cuando algunos fallan otros lo sustituyen. Recursos como la confianza política e, incluso, la intimidación, son más susceptibles de desgastarse que el control de las riquezas regionales; si las FARC sólo hubieran contado con los primeros, hubieran corrido

⁴ El M-19 (nombre dado como referencia al 19 de abril de 1970, fecha de las elecciones presidenciales en las que se supone que el general Rojas Pinilla, el antiguo «dictador», perdió debido a fraudes de última hora) nunca intentó formular un cuerpo doctrinal preciso. La operación trágica de la toma del Palacio de Justicia en 1985 contribuyó a su abandono de la lucha armada. El EPL se reclamaba del maoísmo y, más en particular, de su versión albanesa.

⁵ ANDERSON Charles W., *Politics and Economic Change in Latin America, Tge Governing of Restless Nations*, Princeton, D. Van Nostrand Company, 1967

⁶ ESCALANTE Grijalbo Fernando, *Ciudadanos imaginarios*, México, El Colegio de México, 1992.

⁷ Cf FERRO Medina J.G. et Uribe R, *El orden de la guerra. Las FARC-EP: entre la organización y la política*, CEJA, Bogotá, 2002.

⁸ Es cierto que a los comandantes de los frentes les gusta jugar también a los burócratas. Tienen en sus computadores una lista cuidada de los miembros del frente, con fecha de nacimiento, inventario de los castigos (causas y modalidades, por ejemplo, una guerrillera condenada a cavar 4 m de una fosa por haberse demorado mucho tiempo en satisfacer sus necesidades), etc. «Sonia», capturada y extraditada los Estados Unidos, como responsable de las finanzas de un frente en el Caquetá, mantenía una contabilidad rigurosa. El decomiso de los computadores ofrece de esta manera informaciones preciosas.

el riesgo de fragmentarse al cabo de muy poco tiempo. A fortiori, esto habría ocurrido si únicamente se hubieran apoyado sobre su capacidad de hacer reconocer, por amplias fracciones de la población, su aspiración a «tomar el poder» o, incluso, solamente de convertirse en un actor político creíble: su reconocimiento siempre ha sido muy precario, pero nunca había caído tan bajo como en los últimos tiempos.

Además la idea de estrategia organizativa no implica que las FARC obren según los criterios de una racionalidad preestablecida e inmutable. La adopción de lógicas múltiples de acción no implica necesariamente que éstas siempre converjan; la racionalidad que ponen en práctica es muchas veces limitada, con mayor razón en el momento en que se ven confrontadas en un campo de relaciones de fuerza inestable y conformado por actores heteróclitos. Cuando es posible, adoptan respuestas adaptadas a las intervenciones de las fuerzas armadas, pero pueden igualmente, y con no menos facilidad, hacer frente a las bandas juveniles urbanas, a las redes de narcotraficantes y, con mayor dificultad, a las organizaciones paramilitares, que se inspiran en los métodos de la guerrilla pero haciendo uso de una crueldad mucho mayor.

En un campo marcado por una complejidad de esta naturaleza, la división «amigo-enemigo» tiende muy a menudo a perder su nitidez. Las colusiones entre los protagonistas alternan con los antagonismos. Los efectos de resonancia entre los diversos fenómenos de violencia están siempre presentes. Los elementos litigiosos tienden a modificarse en función de las circunstancias. Los efectos no previstos son permanentes.

Si a pesar de todo las FARC logran mantener un elevado nivel de cohesión, eso se debe finalmente sobre todo a dos factores: un fundamento de sociabilidad compartida y la primacía dada a la acción militar sobre la acción política. El fundamento de sociabilidad, vinculado en parte a la historia de la ocupación de la regiones de colonización y a la memoria real y mítica de los episodios de violencia anteriores, se encuentra en la base de lo que yo llamo un ethos “campesinista”. La primacía de la acción militar permite eludir los debates políticos internos, fuente habitual de las divisiones. Estas son las dos tesis que subtienden el conjunto del análisis. Los límites del análisis no son menos evidentes.

El propósito de este ensayo no es de manera alguna ofrecer una historia de las FARC. Otros autores se han empeñado en construirla y me remito a ellos. Presentaré, ciertamente, en un momento preliminar, un rápido recuento histórico; pero, en el resto del texto, no llevaré a cabo una periodización sistemática; por el contrario, haré una exposición «temática» en la cual haré referencia de manera deliberada a fenómenos significativos en diferentes fases.

Además, no se tendrán en cuenta los “programas”, las “declaraciones” o los “comunicados” de las FARC; sólo ocasionalmente haré mención a la sucesión de los “plenums” o de los “congresos”. El lector podrá sentirse asombrado por esto pero la omisión es voluntaria, ya que considero que estos textos tienen una importancia menor. Como lo mencionaré más adelante, las FARC nunca han brillado por su inventiva teórica. El hecho de pregonar su ambición de “tomar el poder” les permite poner siempre de presente su finalidad política, pero eso no equivale a la definición de una estrategia política o de un programa de gobierno. Por el contrario, son sus prácticas y sus acciones las que tienen un sentido político.

Finalmente, la limitación más evidente de este análisis es que deja de lado casi siempre los demás actores armados y sus estrategias. Es evidente, obviamente, que las acciones de las FARC sólo son inteligibles si se los tiene en cuenta, ya que éstas reaccionan tanto como actúan: su repliegue territorial relativo desde el año 2000, frente a los avances de los paramilitares y de las Fuerzas Armadas, lo pone de presente. Los recursos de acción se modifican correlativamente. Sólo considero a los demás protagonistas bajo el prisma de su impacto sobre las FARC. Mi intención no ha sido hacer un estudio de conjunto del conflicto colombiano sino responder a la doble pregunta planteada al principio relacionada con las estrategias organizativas de esta guerrilla.

1. ALGUNAS OBSERVACIONES GENERALES

Los conflictos que han sacudido a Colombia desde los años 1930 son de tipos muy diversos. Algunos pueden ser descifrados claramente como conflictos sociales, como es el caso de numerosos conflictos agrarios de los años 1930 o, más adelante, de los años 1960. Algunos de éstos presentan también una dimensión étnica ya que son las poblaciones indígenas las que han cargado con el costo de la expansión de la gran propiedad. Los conflictos de trabajo asociados a la industrialización también están presentes. Otros conflictos conllevan un ingrediente religioso, como es el caso de aquellos que están vinculados al lugar de la Iglesia Católica en las instituciones, o un ingrediente regional, como son los provocados por la repartición de los recursos y de los poderes locales. Casi todos tienen claramente una dimensión política en la medida en que se relacionan con la rivalidad entre los dos partidos políticos formados en el siglo XIX; en este caso, entonces, se comprometen las identidades políticas colectivas y pueden desembocar en guerras civiles regionales o nacionales, como fue el caso en los años 1933-1934 en los departamentos de Santander y Boyaca y, sobre todo, en los años 1946-1960, cuando se presenta el episodio de la *Violencia* que dio como resultado no menos de 200.000 muertos. Es evidente que estas diversas dimensiones se combinan a menudo sobre todo en el caso de la *Violencia* en la que, más allá del antagonismo político, intervienen intereses económicos de diversos sectores sociales.

De una manera aparentemente paradójica estos diversos conflictos, incluyendo los conflictos que son fundamentalmente políticos, se han desarrollado en el marco de un régimen político que se ha reclamado de manera continua de una legitimidad democrática⁹. Ciertamente, esta última remite menos a una concepción compartida de las instituciones que a la existencia de una pluralidad de fuentes de poder en el dominio económico y político. El «liberalismo», del que se reclaman numerosos sectores, hace referencia no tanto a una convicción política como al simple hecho de la pluralidad y de la competencia en la que ésta se manifiesta. Por lo demás, las reglas democráticas han sido burladas de manera frecuente y amplia a través del recurso a la fuerza, la adopción de dispositivos de excepción o un clientelismo que se hace pasar por ciudadanía. Pero ningún sistema autoritario ha logrado consolidarse, el civilismo se ha impuesto de manera permanente y los militares, relegados casi siempre a funciones de policía, no han sido autorizados para intervenir abiertamente en los debates políticos. La posibilidades de las expresiones políticas diversificadas raramente han sido bloqueadas.

La multiplicidad y la intensidad de los conflictos se deben sobre todo al hecho de que la unidad nacional nunca se ha consolidado plenamente y de que el Estado central sólo ha dispuesto de una autoridad precaria y, en cualquier caso, no ha tenido el monopolio de la violencia. La fragmentación geográfica del territorio, cruzado por las tres cordilleras de los Andes, la multiplicidad de los polos urbanos, el movimiento permanente de ocupación de nuevas zonas de frontera, han contribuido a esta situación. Por consiguiente, los fenómenos de violencia revisten casi siempre una connotación societal, en la cual sin duda el Estado ha estado implicado, bien sea porque las fracciones políticas en el poder los favorezcan, o bien sea porque las carencias de regulación estatal faciliten su surgimiento. Pero estos fenómenos no alcanzarían tal magnitud si amplios sectores de la población no encontraran en ellos el medio de acceder o de aumentar su poder y si la disputa por la repartición del poder no se refractara en una diversidad de confrontaciones locales¹⁰.

Desde 1977-1978, los fenómenos de violencia han alcanzado un nivel comparable al de la *Violencia* de los años 1950. Masacres, homicidios, desapariciones, secuestros se han generalizado. Para el año 2006, el número de los desplazados se ha estimado en dos o tres millones. Las FARC son uno de los protagonistas más antiguos de esta situación, aunque lejos están de ser los únicos, ni tampoco los más importantes.

⁹ Las dos únicas excepciones se remontan a los años de la *Violencia*: en 1952 Laureano Gómez quiso crear un régimen corporativista; en 1953, el General Rojas Pinilla llegó al poder a través un golpe de Estado.

¹⁰ PÉCAUT Daniel, *L'ordre et la Violence, Evolution sociopolitique de la Colombie entre 1930 et 1953*, Paris, Editions de l'EHESS, 1987.

A diferencia de la *Violencia*, el conflicto no se puede descifrar como una “guerra civil” de carácter global¹¹. Las FARC, ciertamente, han tratado de imponer una lectura de este tipo al poner el énfasis en una división «amigo-enemigo» entre el «régimen» y las fuerzas insurreccionales, pero esta lectura sólo es compartida por sectores minoritarios. Es verdad también que, desde 1994, los grupos paramilitares se han mostrado decididos a exterminar a la guerrilla y a todos aquéllos que consideran como sus simpatizantes y han creado en algunas regiones una situación de guerra civil. Unos y otros producen fragmentos de un discurso de justificación pero con una pretensión ideológica muy precaria que no permite el establecimiento de creencias o de representaciones colectivas. De hecho, la gran mayoría de la población no se identifica con ninguno de estos dos protagonistas fuera de la ley; aunque debe adaptarse localmente a su presencia, trata sobre todo de mantenerse al margen del conflicto. Éste afecta sobre todo a regiones periféricas: los habitantes de las grandes ciudades sólo perciben su impacto a través de los secuestros, las extorsiones o los atentados más o menos específicos.

El conflicto actual difícilmente se puede definir a partir de una división social, religiosa, étnica o regional. Los paramilitares se han beneficiado sin lugar a dudas del apoyo de los propietarios, de los comerciantes y de los líderes políticos regionales; han contado también con el apoyo de los narcotraficantes y la tolerancia de muchos militares, pero están lejos de contar con la simpatía de la totalidad de las élites «establecidas». Los combatientes de base de los dos campos se diferencian muy poco por su origen social. La religión no tiene influencia sobre la afiliación a cualquiera de los dos campos. Las poblaciones indígenas han estado atrapados entre dos fuegos e intentan sobre todo sustraerse al conflicto. Aunque en algunas regiones los grupos armados antagonistas han tenido bases relativamente consolidadas, esta situación no es generalizada y, desde hace diez años, las fronteras han cambiado con bastante frecuencia y muchas de las regiones han caído bajo el dominio de los adversarios.

De todas maneras, la complejidad y la fluidez del campo de conflicto son de tal naturaleza que es imposible limitarse a la representación de una división de conjunto. La influencia de los narcotraficantes es suficiente por sí misma para enturbiar los esquemas demasiado simples; como protagonistas de primera magnitud, mantienen intercambios con todos los demás protagonistas armados, paramilitares y guerrillas, al igual que con las bandas juveniles urbanas y la delincuencia ordinaria. La complejidad y la fluidez del campo de conflicto se deben en buena medida al lugar central que ocupan, a pesar de que no son directamente actores políticos.

Las FARC han elaborado un relato fundador que se ha convertido en una especie de vulgata en Colombia. Según este relato, su nacimiento es una respuesta al ataque lanzado en 1964 contra Marquetalia, una de las zonas de autodefensa campesinas constituidas bajo la égida del Partido Comunista.

La implantación del Partido Comunista en algunos medios campesinos se remonta en realidad a los años 1930. La organización de formas de autodefensa con armamento rudimentario, por lo demás, es una herencia de los años de la *Violencia*. El traumatismo provocado por este conflicto fratricida y el sentimiento de humillación experimentado por los sectores populares que se vieron arrastrados por las élites, constituyen el verdadero trasfondo de la permanencia de los grupos de autodefensa, a lo cual hay que agregar su frustración frente al hecho de que estas mismas élites aprovecharon la situación para destruir las organizaciones sociales, entre ellas los sindicatos urbanos, y reforzar las redes clientelistas que sirvieron de fundamento a la repartición del poder entre los dos partidos tradicionales durante el Frente nacional. Desde el momento en que la *Violencia* se termina, las clases populares

¹¹ Los indicadores utilizados en ciertos trabajos internacionales para caracterizar las situaciones de guerra civil, por ejemplo mil personas asesinadas en enfrentamientos armados, no me parecen siempre convincentes. Conflictos armados o insurrecciones cuyos protagonistas no logran que amplios sectores de la población admitan que obedecen a una división «amigo-enemigo» y obliguen a la población a someterse a ella, no constituye necesariamente una guerra civil, incluso, si se prolonga en el tiempo. Cuando además protagonistas no explícitamente políticos, como los narcotraficantes en el caso de Colombia juegan un papel esencial, la asimilación de las estrategias de violencia a una guerra civil es aún más cuestionable. Los fenómenos mafiosos responden a otras categorías.

constatan que no existe una verdadera reforma que haya reducido las desigualdades en la repartición de la tierra y que las estructuras sociales siguen siendo regidas por la ley del más fuerte¹².

El ataque del Ejército contra Marquetalia se inscribe en el horizonte de la guerra fría y, por lo demás, fue llevado a cabo con el apoyo de aviadores norteamericanos. La campaña política que condujo a este ataque fue orquestada por el sector más reaccionario del Frente Nacional en nombre de la necesidad de terminar con lo que se denominaba «repúblicas independientes» comunistas. Sin embargo, desde antes de esta fecha, en 1961, el Partido Comunista había adoptado como línea la «combinación de todas las formas de lucha», a través de la cual pretendía preconizar el recurso a la lucha armada. Esta línea en realidad hacía referencia al mantenimiento de los núcleos de autodefensa campesina que provenían de la Violencia. En 1964 se crea un «Bloque Sur» de guerrilla. Dos años más tarde, y siempre bajo la égida del Partido Comunista, se produce el nacimiento oficial de las FARC, como una forma de reagrupamiento de los núcleos de autodefensa¹³.

En el momento de su nacimiento las FARC presentan reivindicaciones de reforma agraria que no tienen nada de revolucionario; se trata sobre todo de permitir el acceso a la tierra de aquellos que no la poseen, no tanto a través de una redistribución de la propiedad existente sino de la ayuda para la colonización de nuevas tierras.

A la salida de su período de proscripción el Partido Comunista, modelo de ortodoxia de la línea Moscú, se sitúa en las antípodas del radicalismo ideológico que se apodera en 1960 de una buena parte de la juventud estudiantil. No son las FARC sino otras organizaciones guerrilleras las que asumen las consecuencias de esta radicalización: el ELN (Ejército de Liberación Nacional) con su inspiración guevarista y la influencia de la teología de la liberación¹⁴; el EPL (Ejército Popular de Liberación) con su orientación maoísta; y, un poco más tarde, el M-19 con su estilo *tupamaro* y posteriormente con su vinculación a una estrategia fundamentalmente militar. En gran medida, estas organizaciones surgen como reacción a lo que consideran como el «reformismo» del Partido Comunista y de las FARC, que estigmatizan con el calificativo de orientación “mamerta”.

[28]

La «combinación de todas las formas de lucha» no remite a un proyecto de toma del poder por las armas. De conformidad con los viejos esquemas comunistas, los dirigentes del Partido Comunista sólo ven en los campesinos una fuerza complementaria: la revolución les parece impensable por fuera del desarrollo de una poderosa clase obrera, que depende del desarrollo de las fuerzas productivas. Mientras tanto, se limitan a pregonar en alta voz su antiimperialismo y, para colmar su espera, se dedican a participar en las elecciones a las asambleas locales, estableciendo alianzas con fracciones del Partido Liberal. A las acusaciones de «reformismo» de las que son objeto por parte de las demás organizaciones revolucionarias, las FARC replican con la denuncia del «aventurerismo pequeño burgués» de estas últimas.

Durante largo tiempo todas las organizaciones armadas formadas en los años 1960 permanecen en la periferia. Sus acciones esporádicas y más o menos improvisadas sólo preocupan de manera excepcional a los gobernantes y las instituciones políticas centrales permanecen por fuera de su alcance. Hacia 1975, las guerrillas están al borde del fracaso. El ELN, que había pasado por una fase de autodestrucción en nombre de la pureza ideológica¹⁵, fue prácticamente destruido en 1973 después de una operación desafortunada, hasta el punto de que sólo le quedaron 40 combatientes. El EPL

¹² SÁNCHEZ G y Meertens, D. *Bandoleros, gamonales y campesinos, el caso de la violencia en Colombia*, Bogotá, El Ancora, 2e éd, 1994.

¹³ PIZARRO Leóngomez, E, *Las FARC (1949-1966): De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*, Bogotá, 1991.

¹⁴ El ELN se ha beneficiado del prestigio de Camilo Torres, el cura que fue eliminado por el ejército en 1966, tres meses después de haberse vinculado a la guerrilla. Otros curas han combatido en particular en los rangos del ELN, entre ellos varios de origen español. Uno de ellos, Manuel Pérez, fue el principal jefe de esta organización en los años 1980-1990.

¹⁵ Durante la fase en la que Fabio Vázquez dirigió la organización, muchos de los principales cuadros fueron ejecutados como consecuencia de juicios expeditos. Manuel Pérez, el cura español que dirigió la organización a partir de los años 1980, escapó por suerte de un tal destino.

no había logrado ganar terreno debido a un dogmatismo que lo aislaba de la población rural. Las FARC estaban estancadas: en 1967 sufrieron un revés del que tuvieron dificultades en reponerse¹⁶ y sólo pudieron reagrupar 700 u 800 combatientes, de hecho combatientes de dedicación parcial y que disponían de un armamento muy rudimentario, adquirido gracias al ataque a los puestos de policía. En 1975 consideran incluso la posibilidad de su desmovilización¹⁷. El M-19, por su parte, se encontraba aún en su fase de gestación. En síntesis, el destino de las guerrillas colombianas no parecía ser muy diferente al de las demás guerrillas latinoamericanas, con la diferencia de que no habían tenido que enfrentar una dictadura.

A comienzos de los años 1980, el panorama se transforma bruscamente: los efectivos y la presencia territorial de todas las organizaciones de guerrilla, incluyendo el ELN, conocen una expansión rápida. Estas organizaciones emprenden operaciones de envergadura. El M-19 da el ejemplo a este respecto con el enfrentamiento del ejército en acciones ambiciosas que tienen eco nacional. Las FARC se transforman igualmente: durante su 7ª «conferencia», realizada en 1982 deciden doblar el número de sus frentes y esbozan un plan para llegar al poder en ocho años. Para simbolizar su nueva voluntad ofensiva agregan a su sigla, como ya se ha dicho, las letras EP (Ejército Popular). Se pone fin con ello a las tácticas de autodefensa y a las escaramuzas fugaces contra los puestos de policía. Sin cambiar de nombre, las cuatro principales organizaciones guerrilleras se convierten en organizaciones de un calibre completamente diferente.

Las organizaciones guerrilleras logran captar, a partir de ese momento, recursos financieros considerables, que provienen en un primer momento de los «recaudos» operados sobre diversas actividades económicas. A este respecto, cada organización tiene su especialidad: la economía petrolera en el caso del ELN, la producción y la exportación de banano en el caso del EPL, la coca en el caso de las FARC. Todas ellas practican la extorsión donde pueden hacerlo, al igual que los secuestros, cuyo número crece cada vez más a partir de 1980, hasta alcanzar la cifra de casi 3000 por año a comienzos de los años 2000. Menos «especializado», el M-19 recurre también a los secuestros y a las extorsiones y recibe en algún momento contribuciones de los narcotraficantes. Todas las organizaciones armadas acceden de esta manera al mercado internacional de las armas.

La situación política que se presenta en Colombia entre 1977 y 1982 favorece la expansión de las guerrillas. Inclinado a ver en todas partes la amenaza de la «subversión», el gobierno de Julio César Turbay adopta dispositivos de excepción extremos, reprime brutalmente todos los movimientos contestatarios y aprueba la utilización de la tortura contra todos los que militan en ellos o, de manera más simple, contra los defensores de los derechos humanos. Al hacer esto, favorece el desarrollo de una oposición radical, una parte importante de la cual alimenta en ese momento una gran simpatía con las organizaciones armadas, principalmente el M-19. La coyuntura centroamericana, caracterizada por las guerras de El Salvador, Nicaragua y Guatemala, hace que las guerrillas colombianas se sientan un componente fundamental de una vasta lucha revolucionaria.

El panorama nacional e internacional se modifica sin embargo, una vez más, a finales de los años 1980. El cese al fuego pactado en 1984 por Belisario Betancur con las organizaciones de guerrilla, salvo el ELN, dura muy poco, pero conduce a diversos sectores de la izquierda a tomar distancia de la lucha armada. Las aperturas que el régimen colombiano presenta desde 1984 y la conmoción de la opinión frente al terrorismo sin precedentes puesto en práctica por una parte de los narcotraficantes, desemboca en la convocatoria de una Asamblea Constituyente en 1990. Esta asamblea elabora en 1991 una nueva Carta fundamental que, entre otras disposiciones, garantiza mucho mejor la protección de las libertades individuales y promueve el reconocimiento de los derechos de las minorías étnicas.

¹⁶ Las FARC perdieron la parte más importante de su armamento y su segundo comandante fue eliminado.

¹⁷ Según el testimonio del ministro de Gobierno de la época las FARC enviaron una carta en este sentido al Presidente Alfonso López Michelsen. Los generales, convencidos de que las FARC estaban al borde de la extinción, disuadieron al Presidente de aceptarla.

culturales. La caída del muro de Berlín en 1989 y el estancamiento de los conflictos de América Central conmocionan a su vez los esquemas intelectuales de la izquierda. Las guerrillas no pueden escapar a la formulación de un interrogante sobre la continuación de su lucha. El M-19, luego el EPL y otras organizaciones¹⁸, entre ellas una fracción del ELN, deciden desmovilizarse. Únicamente las FARC y el ELN continúan en la guerra. A las antiguas justificaciones de su acción estas dos organizaciones agregan ahora la denuncia del giro neoliberal tomado por el gobierno a partir de 1990.

Sin embargo estos grupos descubren rápidamente que no tienen que luchar solamente contra las fuerzas armadas y las instituciones del Estado, sino que también se tienen que enfrentar con un adversario menos visible: los grupos paramilitares. Estos últimos, ciertamente, no habían esperado hasta 1990 para entrar en acción. En asociación con los narcotraficantes, desde 1985 habían golpeado uno a uno a los militantes de izquierda y a los defensores de los derechos humanos y habían logrado, como veremos más adelante, exterminar a gran parte de los miembros de una formación política, la Unión Patriótica, que las FARC y el Partido Comunista habían creado en 1985. Estos grupos son igualmente responsables, solos o con los narcotraficantes, del asesinato de líderes políticos de primer plano, entre ellos tres de los candidatos presidenciales de 1990: el liberal Luis Carlos Galán, gran favorito, el líder de la Unión Patriótica, Bernardo Jaramillo, y el dirigente desmovilizado del M-19, Carlos Pizarro. En muchos de estos asesinatos, los narcotraficantes y los paramilitares contaron con la colaboración de miembros de las fuerzas del orden y de algunos políticos.

Una gran parte de lo que ha sido denominado «guerra sucia» se desarrolló en las ciudades. La novedad, a partir de 1994, es que los grupos paramilitares, siempre mezclados con los narcotraficantes, incluso cada vez más organizados y financiados por estos últimos, intentan retomar los territorios en los que las FARC y el ELN se habían implantado. En 1997, estos grupos dispersos crean una especie de coordinación con la constitución de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y disponen de diversas ventajas con relación a las guerrillas: la financiación garantizada directamente por los narcotraficantes; la tolerancia de amplios sectores de las fuerzas del orden, cuando no su apoyo directo; la solidaridad de los políticos y de los propietarios regionales; su adaptación a los diversos escenarios locales.

Mientras tanto, la economía de la droga había hecho posible la emergencia de todo tipo de bandas armadas: los sicarios a sueldo de los narcotraficantes, las bandas de barrio, las mafias vinculadas al mundo político; y había propiciado una corrupción que corroía casi todas las instituciones.

Desde entonces, las FARC y el ELN se encuentran inmersos en un campo conflictivo complejo, fluido, fragmentado y heterogéneo. La dimensión política de este campo ya no está asociada solamente a una relación con las instituciones, sino que se replica igualmente en la división social.

2. LA EXPANSIÓN GEOGRÁFICA DE LAS FARC

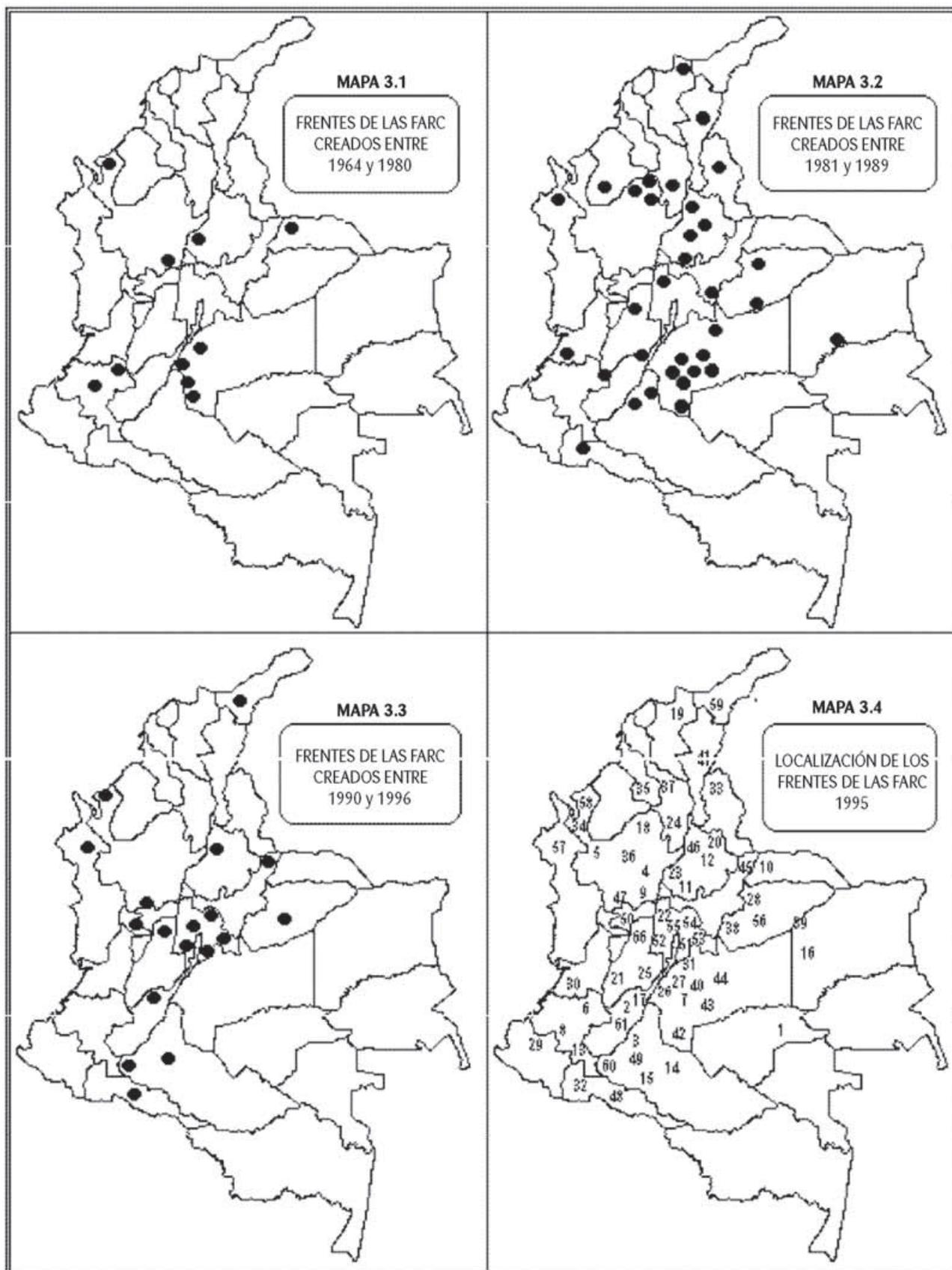
La decisión de las FARC en 1982 de multiplicar el número de sus «frentes» y de sus combatientes se cumple poco a poco sobre el terreno. De 15 frentes en 1982, las FARC pasan a 40 en 1990 y a más de 60 en 2000. De 2000 en 1982, sus efectivos pasan a 8000 en 1990 y a 17.000 en 2000.

El resultado de esto es que su implantación desborda rápidamente sus zonas de presencia tradicional para afectar una gran parte del territorio como se puede observar en los mapas que aparecen a continuación¹⁹:

¹⁸ Entre estas organizaciones se encuentran el «Frente Quintín Lame», creado por las poblaciones indígenas para afirmar su autonomía, y algunas guerrillas menores.

¹⁹ Estos mapas y los gráficos son tomados de los trabajos realizados por Camilo Echandía en el marco del Observatorio para la Paz de la Presidencia de la República. Le doy las gracias, una vez más, por la generosidad con la que ofrece acceso a estos datos.

Intensidad de las actividades e implantación de los frentes



Una expansión de esta naturaleza hace vano el intento de seguir buscando correlaciones entre tipos de estructura agraria y zonas de operación de las FARC. Sin duda, estas últimas siguen ejerciendo un dominio relativamente estable en las regiones de colonización del sur del país, como Caquetá. Pero las regiones de colonización se diversifican a medida que nuevos polos de producción económica atraen flujos de inmigrantes, es decir, las «condiciones objetivas» cuentan cada vez más y los cálculos estratégicos se vuelven determinantes, como múltiples trabajos lo han ampliamente señalado²⁰.

Estos cálculos estratégicos se orientan en particular a garantizar para las FARC el control de seis objetivos:

1. La Cordillera oriental de los Andes es el objetivo que ha estado en el primer plano desde el comienzo de los años 1980, ya que permite controlar el paso entre el departamento del Meta, con presencia tradicional de la guerrilla, y los alrededores de Bogotá.

2. Los polos de acumulación económica. Sobre este punto volveremos más adelante a propósito de los recursos financieros de las FARC.

3. Los corredores de comunicación destinados a vincular los bastiones de las FARC con la ruta de importación de armas y de salida de la droga. Los más importantes de estos corredores son los siguientes: a) hasta mediados de los años 1990 el que va a Urabá, desemboca en el Atlántico y, después de que Urabá cae bajo el dominio de los paramilitares, el que va hacia Chocó con salida a los dos océanos; b) el valle del Magdalena Medio constituye otro corredor tradicional; c) el que va desde Caquetá y Huila hacia la costa pacífica pasando por Cauca y Nariño. La zona de Nariño, Cauca y Valle, comprendida en Buenaventura y Tumaco, ha adquirido últimamente un valor estratégico cada vez más grande.

4. La zona de frontera terrestre. La frontera con Venezuela reviste un particular interés, lo que explica la aspereza del conflicto en la serranía de Perijá, en el noroeste, en la región de Tibú en Santander del Norte y en el conjunto del departamento de Arauca. Durante los últimos años, la frontera con el Ecuador, que sirve a la vez de zona de refugio y de ruta de acceso al Pacífico, se ha convertido también en el teatro de numerosos enfrentamientos.

5. Los alrededores de las metrópolis y de ciertas ciudades secundarias. Entre 1993 y 2003, el objetivo de la «conquista del poder» se traduce principalmente en un intento por rodear a Bogotá, Medellín y Cali.

6. Las zonas en crisis económica y social como por ejemplo la región de cultivo del café, celebrada en otra época como modelo de una región de pequeños y medianos campesinos relativamente prósperos, conoce una fase de descomposición social como consecuencia de la baja de los precios y presenta unos niveles de violencia que se encuentran entre los más altos de Colombia.

En 2002, la actividad de las FARC se ha seguido concentrando en las zonas de cultivo de coca, las fronteras terrestres y los corredores que conducen hacia los océanos. Estas zonas han sido objeto de disputa desde 1997 por los paramilitares. Los departamentos de Antioquia y Arauca son teatros fundamentales de las operaciones de los grupos ilegales. Cauca, Nariño, Meta, y Chocó se han convertido también, en los últimos años, en corredores o polos del cultivo de la coca. No hay motivo para asombrarse al constatar que estas zonas son aquéllas en las que los homicidios son más numerosos, teniendo en cuenta obviamente que se siguen presentando sobre todo en los centros urbanos.

Entre las organizaciones guerrilleras las FARC han sido siempre, de lejos, las responsables de la mayor cantidad de las acciones armadas, salvo a finales de los años ochenta cuando el ELN ocupó el primer rango. En algunas coyunturas, su propósito no ha sido solamente continuar o preservar su implantación territorial sino responder globalmente a las iniciativas militares del gobierno. Además de una tendencia constante al crecimiento de sus acciones a partir de 1985 y su multiplicación en el mo-

[32]

²⁰ ECHANDIA Castilla, C, *El conflicto armado y las manifestaciones de violencia en las regiones de Colombia*, 2 vol, Observatorio de Violencia, Bogotá, 1999. RANGEL Suarez, A, *Colombia: guerra en fin de siglo*, Bogotá, Tercer Mundo, 1998. SALAZAR, B y Castillo, Maria del Pilar, *La hora de los dinosaurios, Conflicto y depredación en Colombia*, Cali, CEREC-CIDSE, 2001.

mento de los cambios de gobierno, también ha evidenciado un incremento inusitado en 1990-1991 después de la ocupación por el ejército de la sede del Secretariado en La Uribe y de nuevo en 1993-1994 después de que el gobierno Gaviria lanzó la consigna de «guerra integral» contra las guerrillas. Al multiplicar las acciones en todo el país, las FARC obligan a las fuerzas armadas a dispersarse. De 1995 a 1998 logran infligir reveses espectaculares a varias unidades militares de élite.

3. LOS RECURSOS SOCIALES: LAS LÓGICAS DE ENCUADRAMIENTO DE LA POBLACIÓN

Una manera clásica de explicar la expansión de una organización armada consiste en evocar el apoyo que obtiene de ciertas franjas de la población, la capacidad de asumir sus reivindicaciones, de canalizar su movilización, de dar forma a sus experiencias y a su memoria, de ofrecer un cuadro de interpretación para sus sentimientos de injusticia y de proponer vías para remediarlos.

Para que las FARC hubieran podido reclutar cerca de 17.000 combatientes, fue necesario que dispusieran de sólidos anclajes sociales.

Durante los años 1960-1970, las FARC sin lugar a dudas estuvieron directamente vinculadas con sectores rurales de las antiguas y nuevas zonas de colonización. Algunos de estos sectores habían estado inmersos, desde los años 1930, en la sociabilidad engendrada por las redes comunistas y los sindicatos campesinos alrededor del problema de la tierra y casi todos conocieron posteriormente la experiencia de la *Violencia*²¹.

Expulsados por la fuerza o por la miseria, ansiosos de sustraerse a la dominación de los grandes propietarios, obligados algunas veces a desplazarse como consecuencia de las operaciones militares de represión, estos colonos habían logrado apoderarse de zonas periféricas, ampliamente sustraídas al control del Estado²². Desde comienzos de los años 1960, algunos de estos desplazamientos habían sido asimilados por las organizaciones campesinas armadas vinculadas con el Partido Comunista. Algunos autores han hablado a este respecto de «colonización armada»²³. Aunque el fenómeno de colonización desborda ampliamente esta migración controlada, una situación de relativa ósmosis entre la población y la guerrilla se impuso en numerosas zonas de implantación²⁴.

Los rasgos de aquella época subsisten; no faltan regiones donde existen varias generaciones sucesivas que han vivido identificándose con las FARC, se han adherido a sus concepciones de la injusticia y la justicia y les han suministrado militantes. Frente a la ausencia de instituciones legales, la guerrilla les aporta igualmente, de manera muy simple, un principio de orden social local: impone regulaciones colectivas, arregla los litigios interindividuales, garantiza una cierta estabilidad a los propietarios de tierra a pesar de la carencia frecuente de títulos de propiedad. Esta actitud se acentúa cuando comienzan a difundirse los cultivos de coca, que atraen migrantes en número cada vez mayor. La atmósfera es, al principio, como la de un *Far West* y las cifras de los homicidios se disparan; las reglas impuestas por la guerrilla son por consiguiente bien acogidas. Tal es la situación que se ha mantenido durante largo tiempo en una gran parte de Caquetá y de Guaviare. Esta zona ha servido siempre en una buena medida de retaguardia de las FARC.

Pero surgen igualmente otras periferias, que atraen a su vez olas de inmigrantes. Varios cientos de miles de campesinos pobres se instalaron en la parte antioqueña de Urabá donde esperaban sacar provecho de las bonanzas de las plantaciones bananeras o, incluso, en el valle del Magdalena Medio. Los flujos se dirigieron después hacia zonas diversas donde se desarrollan actividades económicas: agricultura comercial, carbón, petróleo y, a partir de 1980, cultivos de coca. El perfil de estos emigrantes es mucho más heterogéneo que el de los colonos de 1960: si bien los de origen rural son siempre

²¹ MARULANDA Vélez, M, *Cuadernos de campaña*, Bogotá, Abejón Mono, 1973.

²² GONZÁLEZ Arias, J.J, y Marulanda Álvarez, E, *El estigma de las repúblicas independientes, 1955-1965*, Bogotá, CINEP, 1998.

²³ RAMIREZ Tobón, W, «Guerrilla rural en Colombia: una vía a la colonización armada?» en Estado, *Violencia y Democracia*, Bogotá, 1990.

²⁴ MOLANO, A, *Siguiendo el corte, Relatos de guerra y tierras*, Bogotá, El Ancora, 1987.

mayoritarios también hay otros que vienen del mundo urbano, atraídos por la esperanza de encontrar empleo e ingreso. En particular las zonas de cultivo de coca alimentan a menudo las olas de los recién llegados con la ilusión de un enriquecimiento rápido y surgen allí los *raspachines* o recolectores de hojas de coca, una especie de sub-proletariado heteróclito.

La guerrilla se encuentra, pues, frente a situaciones que no son las mismas del proceso de colonización de 1960. Los nuevos colonos ya no están a la búsqueda de tierras sino de medios para sobrevivir. Sin duda, las ilusiones de los inmigrantes duran muy poco. Estos polos de producción económica, fugaces o no, se caracterizan por una carencia de servicios públicos, desigualdades flagrantes y un nivel muy elevado de violencia, incluso política.

Cuando se trata de actividades económicas legales, estas circunstancias favorecen la formación de poderosas organizaciones sindicales en las que las guerrillas se logran infiltrar hasta tomar incluso algunas veces su control. De esta manera en las plantaciones bananeras de Urabá surgieron entre 1985 y 1991 dos sindicatos, uno vinculado a las FARC, el otro al EPL, que lograron una transformación profunda de las condiciones de trabajo²⁵ pero que rápidamente fueron instrumentalizados por las dos guerrillas que se dejaron arrastrar por una guerra sin cuartel durante cerca de una década. En el enclave petrolero de Barrancabermeja, el movimiento sindical disponía de una larga tradición de combatividad pero las FARC y el ELN se empeñaron en disputarse su hegemonía y terminaron por llevarlo a un conflicto sin salida.

En otros lugares, donde el campesinado clásico había sufrido las consecuencias de la expansión de la gran propiedad y en la zona de colonización donde se había impuesto la economía ilegal, se han producido esporádicamente fuertes movilizaciones, promovidas e impulsadas igualmente por las guerrillas. Este fue el caso de las marchas masivas de 1987-1988 y, más aún, de las inmensas protestas de 1995-1996 contra las primeras campañas de destrucción de cultivos de coca por aspersión aérea. Se puede hablar a este propósito, ya no de ósmosis entre la población y las guerrillas, sino de una confluencia provisional frente a problemas precisos. Una confluencia que sigue siendo frágil y se deshace rápidamente en el momento en que se encuentra con la recrudescencia de todas las formas de violencia contra los que protestan: la violencia de la guerrilla que busca aumentar su dominio sobre las organizaciones sociales aún al riesgo de provocar su dislocación; la violencia de la fuerza pública que pone en práctica una represión a menudo ciega; la violencia de los paramilitares y de otras fuerzas oscuras que no dudan en exterminar a los militantes.

La guerrilla puede, ciertamente, organizar una lógica de «protección» que descansa sobre la imposición de una restricción a cambio de ciertos beneficios. Los cultivadores de coca difícilmente pueden prescindir de esta protección. Sin embargo esta protección corresponde muy poco al modelo analizado por Diego Gambetta a propósito de la mafia italiana²⁶: opera en un clima de guerra en el cual la muerte puede ser la sanción del desacuerdo y no ofrece la posibilidad ni de «*voice*» ni de «*exit*» según los términos de Hirschman. Aunque los habitantes valoran a menudo el hecho de que la guerrilla administre la justicia, algunos testimonios recientes permiten establecer que la manera como ésta es administrada puede suscitar también un sentimiento de injusticia y que, cuando se trata de «justicia penal», el recurso expedito a la pena de muerte es percibido más bien como una imposición del miedo, con el mismo título que las medidas expeditas en otros dominios²⁷.

La lógica de la protección es aún más incierta en otras regiones que están bajo la influencia de la guerrilla; en aquellas donde la economía gira alrededor de la explotación del petróleo o de la extracción de los minerales, otros grupos, legales e ilegales, están igualmente presentes para contrarrestar la

²⁵ La competencia entre las dos guerrillas se convierte en una verdadera guerra de 1985 a 1990, con centenares de muertos.

²⁶ GAMBETTA, D, *The Sicilian Mafia, The Business of Private Protection*, Cambridge Mass, 1993.

²⁷ Un libro de la periodista Juanita León (2005) que trata, de hecho, sobre el período contemporáneo, invita a no idealizar estas regulaciones y este sistema de justicia. Según los testimonios que ella ha recogido, las FARC habrían realizado un examen de VIH a toda la población del municipio de Vistahermosa y habrían ejecutado a todos aquellos que resultaron positivos.

influencia de la guerrilla. La situación no es muy diferente en las regiones de agricultura comercial. Atrapada entre dos fuegos, la población sabe que no puede contar con ninguna protección estable. La guerrilla sólo se logra imponer gracias a la utilización de medidas de intimidación, incluso de terror, a las que responden las de sus adversarios. Más que de «protección», se trata del encerramiento en una situación hobbesiana en la cual la supervivencia implica la renuncia a cualquier margen de libertad, pero en provecho de un soberano que puede de un momento a otro ser desplazado por un soberano rival.

La coerción que ejercen las FARC aparece así claramente cuando, por objetivos coyunturales, se desencadenan «paros armados» que consisten en bloquear durante varios días, o incluso varias semanas, el transporte y el aprovisionamiento de una zona. Arauca, Putumayo, Caquetá han sido en diversos momentos teatro de las operaciones: la población local sufre sus efectos y sólo le queda inclinarse ante el poder de las armas.

De la misma manera que desconfían de cualquier tipo de manifestación autónoma de la población y hacen lo necesario para canalizarla en su provecho, las FARC tampoco se adaptan bien a fenómenos independientes de construcción idéntitaria, como lo muestra su comportamiento con respecto a las poblaciones indígenas del Cauca. Desde hace treinta años, estas poblaciones indígenas han luchado por recuperar sus derechos sobre vastas tierras indebidamente apropiadas por grandes propietarios y por la Iglesia Católica y por afirmar, cada vez más, su especificidad cultural, la cual ha sido ampliamente reconocida por la constitución de 1991. Esto no solamente las ha expuesto a las violencias de los latifundistas sino también a la de los frentes de las FARC, implantados en su región, que han perpetrado en su contra asesinatos selectivos e, incluso, masacres. Las organizaciones indígenas se han visto obligadas de esta manera a desarrollar diferentes modos de resistencia frente a las FARC, al igual que frente al Ejército y a hacer frente a los paramilitares. La misma dificultad de las FARC por avalar las afirmaciones idéntitarias se manifiesta ahora con respecto a las poblaciones afrocolombianas de Chocó y Nariño, cuyos derechos colectivos sobre los territorios también fueron reconocidos en 1991. Las FARC se establecieron en esos territorios y multiplicaron en ellos las masacres²⁸. Estas zonas se cuentan ahora entre las más expuestas a las matanzas y a los desplazamientos masivos de los habitantes porque son también apetecidas por los paramilitares, en la medida en que comprenden rutas esenciales para el tráfico de la droga y de las armas.

No es excepcional tampoco que las FARC, en las zonas que controlan, cometan exacciones que terminan por provocar la reacción de los habitantes. Esto es lo que ocurre desde el comienzo de los años 1980 en la zona de Puerto Boyacá, en el Magdalena Medio: en las elecciones locales los habitantes dieron la mayoría al Partido Comunista pero la multiplicación de los secuestros y la extorsión indiscriminada, incluso contra los menos favorecidos, terminaron por incitar a la población a volverse hacia uno de los primeros núcleos paramilitares. La zona es desde entonces uno de los bastiones de estos últimos.

Ni el término de «protección» ni el de «coerción» son suficientes, pues, para describir las relaciones de las FARC con la población. En muchos casos, se trata simplemente de dominación por el miedo. Durante los últimos tiempos, para contrarrestar la implantación creciente de los paramilitares en su feudo de las zonas amazónicas de cultivo de coca, las FARC han impulsado censos de los habitantes y sólo han autorizado la permanencia de aquellos cuya fidelidad les parece garantizada, eliminando los sospechosos²⁹.

Es cierto que la lógica de la protección, incluso la de la coerción, no funciona desde el momento en que la organización ya no tiene el monopolio local. Ahora bien, desde finales de los años 1990 el

²⁸ Uno de ellos hace parte de los anales del horror. Se trata de la masacre ocurrida el 2 de mayo de 2002 en la vereda de Bojayá, disputada entre los paramilitares y las FARC. Las FARC bombardearon la Iglesia donde se habían refugiado los habitantes, matando 119 personas entre las cuales se contaban 45 niños.

²⁹ Cf R. VARGAS Meza, 2003.

hecho preponderante es más bien la empresa de reconquista de numerosas regiones, lanzada por los paramilitares. La competencia entre organizaciones armadas no implica solamente el crecimiento de las prácticas de violencia, sino que crea una incertidumbre que incita a la población a adoptar estrategias de retirada, de supervivencia o de fuga. Esto ocurre de manera mucho más clara cuando la población constata que antiguos guerrilleros figuran en los rangos de los paramilitares y les sirven de informantes. Los casos son menos numerosos en las FARC, pero son frecuentes entre los antiguos militantes del EPL y el ELN. Incluso donde estos desplazamientos no se han producido, el rumor es suficiente para minar las eventuales relaciones de confianza con una guerrilla bastante disminuida.

En síntesis, hay que matizar la visión según la cual el encuadramiento de la población por las FARC se beneficiaría de un apoyo estable en las zonas de colonización. Incluso cuando se mantiene, el apoyo puede tener diferentes grados, de la cuasi ósmosis hasta la obediencia coercitiva. Hay que considerar también el desgaste que ocurre con el tiempo y que se traduce, por ejemplo, en una repugnancia creciente de los habitantes de las zonas bajo dominio de las FARC, con respecto a consignas como las de los paros armados o las del boicot de las elecciones.

Existe una realidad incontrovertible: las FARC conservan hasta el momento su perfil de guerrilla, si no «campesina», porque el calificativo le conviene más acertadamente a una población rural diversificada, sí de guerrilla «campesinista», es decir, que se reclama sobre todo de una población rural que ha permanecido al margen de la modernización y que recluta en ese vasto vivero la gran mayoría de sus combatientes.

Si damos crédito a un estudio reciente³⁰, el 90% de los combatientes de las FARC provienen de allí, incluyendo a aquellos cada vez más numerosos, que se han socializado en veredas o en pequeños pueblos. La miseria, la tradición militante, la atracción de las armas, el gusto por la disciplina, las desavenencias con la familia y, de manera más sencilla, la socialización y el encuadramiento por las FARC, son todos factores que contribuyen a la vinculación a la lucha armada. Su nivel de educación es a menudo débil, incluso próximo al analfabetismo.

Los propios comandantes y cuadros de las FARC provienen ampliamente de ese mismo universo social. Manuel Marulanda es evidentemente la mejor ilustración y su aura proviene en parte de su «estilo campesino», que él cuidadosamente pone en escena. El Secretariado, instancia superior de las FARC, comprendía en 2007 otros seis miembros: el «Mono Jojoy» no tiene formación escolar y no parece haber salido jamás del mundo rural; algunos de ellos hicieron estudios superiores en Colombia (Alfonso Cano, Iván Márquez e Iván Ríos); otros, como Timoleón Jiménez, hicieron cursos en la Unión Soviética pero, por la fuerza de las circunstancias, su experiencia urbana posterior se ha limitado al contacto con poblaciones secundarias y, sólo de manera ocasional, con ciudades importantes. Aunque su carrera como militante se ha desarrollado en Caquetá, Raúl Reyes es el único que posee una gran experiencia de contactos internacionales, dada su función de vocero de las FARC.

Según el estudio citado arriba, la mitad de los 25 miembros actuales del estado mayor se clasifican a sí mismos como rurales. Un porcentaje importante de ellos no terminó la escuela primaria y su formación se llevó a cabo sobre todo en las escuelas de cuadros de las FARC.

Esta homogeneidad social se encuentra en la base del mantenimiento del «ethos campesinista» y contribuye a explicar la cohesión de la organización. La antigüedad de los miembros del Secretariado -la mayor parte de ellos se encuentran en la cumbre de la jerarquía desde hace dos décadas- y de muchos de los miembros del Estado Mayor, no protege solamente contra las posibilidades de infiltración sino contra las disensiones y garantiza también una fuerte autoridad sobre los combatientes de base.

³⁰ La mayor parte de los datos sobre la composición social de las FARC son tomados de J.G. Ferro Medina y G. Uribe Ramón, 2002. En la medida en que los autores se basan en las declaraciones de los cuadros de las FARC, los datos sólo pueden ser aproximados. Al menos dan una indicación de la imagen que las FARC quieren dar de sí mismas.

Las FARC se diferencian en esto de las otras guerrillas. Sobre todo en sus comienzos, el ELN, el EPL y el M-19 reclutaron una parte importante de sus cuadros entre los estudiantes de las universidades públicas y los medios urbanos radicalizados. Estas organizaciones estuvieron así expuestas a las controversias dogmáticas y a las divisiones. Las FARC, por su parte, han desconfiado siempre de los «pequeño-burgueses» impacientes y les han impuesto unas pruebas que los desaniman con mucha frecuencia.

El ethos campesinista de las FARC ha tenido sin duda que reorientarse en función de las mutaciones relativas del mundo rural y de esta manera la separación con respecto al mundo urbano se ha atenuado. Las consecuencias de la economía de la droga también tienen su parte. Pero la crisis de la propiedad campesina en realidad no ha hecho más que agravarse: concentración de las mejores tierras en manos de los narcotraficantes, delicuescencia de la economía del café, impasses del proceso de colonización a pesar de la coca o a causa de ella. El vivero de las organizaciones armadas no se ha pues agotado.

Sin embargo, también en este aspecto, es necesario matizar la constatación. El reclutamiento de nuevos combatientes se ha vuelto cada vez más difícil. Mientras se mantuvo la zona de distensión, muchos jóvenes se incorporaron con la convicción de que las FARC iban a llegar pronto al poder. Después de la ruptura de las negociaciones y de la ofensiva paramilitar y militar, los aspirantes se volvieron menos numerosos. El porcentaje de los menores en las tropas es cada vez más considerable. No faltan los casos en los que la guerrilla recurre al reclutamiento forzado, bien sea ejerciendo presiones sobre las familias, bien sea estableciendo una coacción sobre los jóvenes adolescentes para que se integren. La moral de los combatientes está lejos de ser siempre estable³¹ y las deserciones se hacen cada vez más frecuentes a pesar de los riesgos que corren. Sobre todo desde el momento en que las FARC se han visto confinadas a la defensiva y su descrédito político se ha acentuado.

«Ethos campesinista» o no, las FARC no ignoran que combaten en un país en el que la inmensa mayoría de la población se ha concentrado en las ciudades.

4. LOS RECURSOS FINANCIEROS: LAS LÓGICAS DE ACUMULACIÓN DE PODER

No es suficiente con que algunos grupos sociales garanticen el sostenimiento, voluntario o involuntario, de una organización de lucha armada para que ésta se desarrolle y logre llegar a desafiar militarmente al Estado; es necesario, además, que disponga de recursos financieros para alcanzar una capacidad militar significativa. Ahora bien, las FARC nunca han dispuesto de una ayuda material externa. En 1975, como hemos visto, están estancadas y aún conservan su perfil inicial de autodefensas. El gran cambio que permite el desbordamiento de sus efectivos y la expansión territorial está ligado al hecho de que sus recursos financieros conocen un aumento brutal a comienzos de los años 1980.

Los trabajos de Paul Collier³² y de otros economistas del Banco Mundial sobre los conflictos locales actuales han difundido, como se sabe, la idea de que la mayor parte de estos conflictos no responden a «reivindicaciones» sino a oportunidades de «predación». Para Collier, estas oportunidades son particularmente fuertes cuando se trata de economías que dependen de la exportación de materias primas y, más aún, de materias primas que pueden fácilmente circular como contrabando. De allí resulta, según el autor, que los grupos armados contestatarios, incluso si mantienen una retórica revolucionaria, tienden a abandonar sus objetivos políticos.

¿Es pertinente este razonamiento en el caso de las FARC? Sus nuevos recursos financieros provienen sobre todo de tres fuentes: la práctica sistemática del secuestro, los recaudos de todo tipo sobre las actividades económicas y la participación en la economía de la droga. Los secuestros no tienen nada que ver con la economía de exportación, los recaudos, algunas veces, pero no es lo más frecuente; la economía de la droga, completamente. Estas finanzas alteran la imagen política que las FARC quieren presentar e implican un olvido de los objetivos revolucionarios.

³¹ El Ejército recientemente recuperó el diario personal de una joven holandesa que se había vinculado a las FARC hace algunos años. La lasitud y el desaliento se expresan claramente allí.

³² COLLIER, P, «Economic causes of civil conflict and their implications for policy», Banque Mondiale, 15 junio de 2000.

Según algunas estimaciones, en 1995 el secuestro representaba un 30% de los recursos de la guerrilla. En 2003, según un informe del Ministerio de Defensa, el porcentaje se ha reducido a una cifra entre el 8 y el 10%. Esta práctica no data de 1980 pero durante un largo período fue excepcional. La situación se modifica a comienzos de los años 1980. Hasta su desmovilización, el M-19 y el EPL llevaron a cabo numerosos secuestros. El ELN hizo del secuestro uno de sus medios habituales y, más aún, a partir de 1990, no ha vacilado en realizar secuestros colectivos: dos ejemplos célebres son la retención de los pasajeros de un avión de la compañía Avianca que había sido desviado de la ruta y la retención de los asistentes a una misa celebrada en Cali. Sin embargo, son las FARC las que llevan a cabo el mayor número de secuestros planeados y las que asumen, a finales de los años 1990, la práctica de las «pescas milagrosas» que consisten en secuestrar al azar en retenes instalados en las carreteras. Para los secuestros en las ciudades recurren a menudo al servicio de sus milicianos o de la delincuencia común, incluso «compran» a esta última las «presas» más importantes. Entre 1998 y 2003, el total de secuestros anuales sobrepasó en algunos momentos el número de 2000 teniendo en cuenta que no todos son llevados a conocimiento de la policía. En 2001-2002, cuando se produce el fracaso de las negociaciones con el gobierno Pastrana, el secuestro se hace patente y las FARC inventan una nueva categoría de víctimas, los secuestrados «políticos». Las guerrillas eufemizan esta práctica al calificarlos como «retenciones». Aunque los narcotraficantes y los paramilitares recurren algunas veces al secuestro, sobre todo a finales de los años 1990, son sobre todo las guerrillas las que lo convierten en una rutina.

El costo de esta práctica es el descrédito político creciente de las FARC y del ELN. El hecho de que las FARC se financien con una actividad que está reconocida como crimen de guerra es, sin lugar a dudas, un símbolo de la degradación de la guerrilla. En cada proceso de negociación la renuncia a esta práctica es una de las condiciones previas formulada por los voceros del gobierno o de la sociedad civil, y los dirigentes de la guerrilla se comprometen a no recurrir más a ella, pero la retoman de manera inmediata. La popularidad del gobierno de Uribe proviene en parte de que su política de «seguridad democrática» se ha traducido en una reducción considerable de los secuestros cuyo número, si damos fe a los datos oficiales, habría caído a menos de 700 en 2007. Pero el «stock» de secuestrados alcanza casi siempre varios centenares.

Esta práctica ha sido un medio de presión en el plano regional: el crecimiento de los secuestros es el preludio de sus operaciones de avance territorial; su menor intensidad actual es el signo de su repliegue relativo tanto militar como político.

Las prácticas de extorsión y de chantaje representan, según el Ministerio de Defensa, el 40% restante de los recursos financieros de las FARC. A este propósito sólo haré algunas rápidas observaciones. Estas prácticas no provienen de los años recientes y han hecho parte muy a menudo de la lógica de «protección», sobre todo en las zonas de ganadería y de agricultura comercial, y recaen igualmente sobre los comerciantes y transportadores. También aquí las FARC recurren a eufemismos al hablar de «tributos» o de «impuestos». En el cenit de su poder, en el año 2000, como si ya ejercieran un doble poder, promulgaron incluso una «ley», la ley 002, que pretendía generalizar esta «imposición» a todos los que detentaran un cierto capital. En las regiones de explotación minera, donde habían adquirido una gran influencia sobre las instituciones políticas locales, no se limitaban a «imponer impuestos» a las empresas sino que se apropiaban de un porcentaje de los contratos públicos, de los cuales se han servido muchas veces para conformar una clientela a imagen de los partidos tradicionales. Los paramilitares han seguido su ejemplo.

La participación en la economía de la droga constituye ahora la mayor parte de la financiación de las FARC. Los estimativos a este respecto son también tan inciertos como los que se hacen de las otras fuentes³³; pero es indudable que en los últimos años puede significar entre el 50% y el 70%.

³³ En 2003, según un artículo de la revista *Semana* aparecido en 2005, la economía de la droga les habría reportado \$ 11.000 millones de dólares. Estas cifras se construyen, aparentemente, con base en extrapolaciones discutibles y son muy exageradas.

La economía de la droga se ha desarrollado en Colombia desde finales de los años 1970. El territorio colombiano servía en un principio de relevo en la ruta de la coca que provenía de Perú y Bolivia, acogía los laboratorios y constituía el punto de partida de la ruta de exportación hacia los Estados Unidos. Los cultivos se implantaron de manera progresiva y hacia 1994 Colombia ya se había convertido, de lejos, en el primer país productor de coca: en 2002, la superficie cultivada se estimaba en 169.000 ha. De manera accesoria, Colombia también ha dado lugar para que se desarrollen los cultivos de amapola. Durante largo tiempo cultivos y laboratorios se instalaron en zonas controladas por las FARC: aunque estas últimas no eran siempre los iniciadores, si ofrecían en todo caso a los colonos una protección contra las incursiones de las fuerzas armadas.

Las FARC pretendieron en un principio beneficiarse sólo del porcentaje -el «gramaje»- que exigían de los cultivadores como contrapartida por la protección que les ofrecían, no solamente frente a la fuerza pública, sino también frente a los traficantes ya que el desempeño de un rol de intermediarios les permitía contener sus abusos en la fijación del precio de compra y obligar a los colonos a mantener una porción de los cultivos dedicada a productos alimenticios. De hecho las FARC obtenían su financiación de las contribuciones que les entregaban los traficantes como contrapartida por la implantación de laboratorios, pistas clandestinas y rutas de exportación. No ha sido propiamente un resultado de la casualidad que su dominio se haya ampliado desde las zonas amazónicas hasta las regiones fronterizas con Venezuela, Ecuador y Brasil. En los últimos años, las FARC han creado sus propios laboratorios -los “cristalizaderos” les proporcionan ingresos muy superiores a los del “gramaje”-, tienen algunas redes para sacar la cocaína, cobran peajes a las organizaciones de narcotraficantes y negocian con ellas el precio de compra del producto.

Se trata en este caso de recaudos hechos a una economía de exportación. Sin embargo, no es probable que se pueda hablar de actividades de predación: las FARC se encuentran ampliamente presentes en el punto de origen de la producción. No es evidente, tampoco, que esta financiación, al menos al principio, haya desdibujado los objetivos políticos; en todo caso si es claro que ha permitido a la guerrilla afianzar de manera más sólida su dominio territorial sobre la regiones de cultivo, beneficiarse de la red de importación de armas y multiplicar en otros lugares los nuevos frentes, en el marco de una estrategia militar de conquista de múltiples regiones.

La acumulación de recursos financieros a partir de estos tres orígenes, y las prácticas que ésta implica, hacen más sorprendente el mantenimiento de la cohesión de las FARC. Se hubiera podido imaginar que esto se traduciría de hecho, siguiendo el razonamiento de Paul Collier, en la conversión de los guerrilleros al banditismo y de sus líderes en señores de la guerra. Y, sin lugar a dudas, no han faltado en ciertos momentos guerrilleros de base que lucen collares como cualquier narcotraficante, ni cuadros que se apropian de los pagos de los rescates o que huyen con un botín; pero estos casos han sido relativamente excepcionales. Desde 1985, el Secretariado de las FARC se ha preocupado por centralizar la gestión de los ingresos y por redistribuir parte de ellos a los frentes más pobres. No se puede afirmar, de manera general, que los jefes locales hayan adoptado el estilo de los narcotraficantes, aunque sí parece que ocurre con mayor frecuencia entre algunos comandantes del Boloque Oriental, el que maneja gran parte de la economía de la droga. Además, la desigualdad entre frentes ricos y frentes pobres se ha agudizado recientemente.

Sin embargo la participación de las FARC en la economía de la droga ha tenido un efecto de mayor envergadura, como es el hecho de enturbiar las líneas de conflicto.

La economía de la droga supone transacciones permanentes con los narcotraficantes que compran la coca y controlan la ruta de exportación. Estas transacciones se producen de manera relativamente rutinaria. Durante años, los narcotraficantes han encargado a los “comisionistas” la tarea de negociar con las guerrillas las condiciones de compra de sus productos. La difusión de los grupos paramilitares vinculados con los traficantes no ha puesto fin completamente a estas transacciones. Desde 2004 las FARC, los paramilitares y los narcotraficantes se reparten de común acuerdo las desembocaduras en la Costa Pacífica de los ríos del departamento de Nariño. Numerosas son igualmente las zonas donde

las guerrillas vigilan la producción en las partes rurales de los municipios y la entregan a los paramilitares instalados en los centros urbanos de esos mismos municipios. Testigos de estas transacciones, las poblaciones locales, tienen buenas razones para alimentar dudas sobre el carácter político del enfrentamiento.

Sin embargo, estas transacciones ocasionan también enfrentamientos sangrientos desde los años 1980. Uno de estos enfrentamientos, por lo demás, contribuyó hacia 1986 a la formación del primer grupo paramilitar de envergadura, organizado por Gonzalo Rodríguez Gacha, un aliado del cartel de Medellín, responsable de innumerables asesinatos políticos³⁴. Una década más tarde, los litigios tomaron la forma de una guerra sin cuartel: el enfrentamiento entre los paramilitares y las FARC tuvo como origen el control de las zonas de cultivo de coca. Esta guerra, marcada por masacres y desplazamientos masivos de los habitantes, compromete toda la zona donde se encuentran los cultivos ilegales más extensos en el departamento de Meta, Guaviare, Santander del Norte, Putumayo y Nariño.

La mezcla de transacciones y de guerra sin cuartel muestra que la economía de la droga enturbia efectivamente la relación «amigo-enemigo». Las FARC se han convertido en uno de los mayores protagonistas de la economía de la droga. La detención en abril de 2001 de «Fernandinho», uno de los barones brasileños de la droga, en una región controlada por las FARC, es una prueba de ello. Uno de los frentes de las FARC, el Frente 16, instalado en esa región y comandado por el «negro Acacio» (muerto en septiembre de 2007) ha servido de plataforma para el tráfico de droga. Por lo demás, a medida que los paramilitares ganan terreno, la guerrilla tiende cada vez más a organizar sus propias redes de narcotráfico³⁵.

La implicación de las FARC en la economía de la droga va de la mano con que sienten cada vez menos la necesidad de obtener el consentimiento de la población. La acumulación de recursos financieros es lo que garantiza su autonomía como organización militar.

[40]

5. LOS RECURSOS DE VIOLENCIA: LAS LÓGICAS DE ACCIÓN MILITAR

Casi desde su nacimiento las FARC han afirmado que su objetivo es poner fin al sistema del Frente Nacional y acceder al poder; pero para lograrlo han pensado sobre todo en la movilización de las clases populares. El acceso a importantes fuentes de financiación las ha conducido progresivamente a dar prioridad a una estrategia militar.

El programa de 1982-1983, que preveía la toma del poder en ocho años³⁶, es su primera manifestación. En 1991, la fuerte respuesta a la ocupación por el Ejército de Casa Verde, la sede de su dirección, constituye una segunda manifestación. Pero las conclusiones de la Conferencia de las FARC en 1993 no dan lugar a dudas. Las FARC ponen el acento en el reagrupamiento de los frentes en «bloques regionales» (cuya dirección recae en manos de varios de los miembros del Secretariado), la formación de «columnas móviles», la realización de ataques locales masivos y, sobre todo, las operaciones para tomarse las ciudades. La ofensiva que sigue de 1995 a 1998 demuestra que efectivamente habían alcanzado la capacidad militar de amenazar el poder.

Todos los elementos están presentes para llevar a cabo la demostración. Durante cuatro años multiplican las operaciones orientadas a concentrar varios centenares, incluso un millar de combatientes; atacan con éxito las bases militares; logran desarticular batallones de élite y se toman momentáneamente ciudades secundarias; obligan a la policía a retirarse de numerosas localidades y destruyen sus instalaciones a menudo con las casas de los alrededores; capturan más de quinientos militares y policías. De la guerra de guerrillas, las FARC pasaron a una guerra de movimientos. Las fuerzas armadas, por su parte, estaban desconcertadas. Obligadas a dispersarse para hacer frente a numerosas operaciones se veían en dificultades para contener la ofensiva.

³⁴ Al principio él habría obrado por venganza contra las FARC, que le habrían robado un cargamento de cocaína.

³⁵ VARGAS Meza, R., *Narcotráfico, guerra y política antidrogas*, Bogotá, Acción Andina, 2005.

³⁶ ARENAS, J., *Cese el fuego, Una historia política de las FARC*, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1985.

El momento que las FARC escogieron para lanzar esta ofensiva no se debe a una casualidad, ya que estaban sacando provecho plenamente de los ingresos asociados al incremento de los cultivos de coca. En cambio, las instituciones políticas comenzaron a tambalearse. Cuestionado por la contribución del cartel de Cali a su campaña, el presidente Ernesto Samper se tuvo que enfrentar a la desconfianza abierta de los Estados Unidos y de una gran parte de las élites colombianas y se vio obligado a reducir su actividad a la supervivencia del día a día. Las fuerzas armadas jugaron a la espera ante la incertidumbre política. En síntesis, las FARC tenían buenas razones para pensar que la ofensiva militar podía llevarlas a las puertas del poder, si la crisis política se prolongaba.

En 1998 esta ofensiva, sin embargo, comienza a dar signos de agotamiento. La apertura de un proceso de negociación con el gobierno de Andrés Pastrana no es precisamente la causa, ya que las FARC creían que podían sacar provecho de él para ampliar sus posiciones. La razón del agotamiento es, sobre todo, como veremos más adelante, el comienzo simultáneo de la modernización de las fuerzas armadas y de la contraofensiva paramilitar.

La renuncia de las FARC a las operaciones militares de envergadura no significa, sin embargo, que no continúen con su ofensiva bajo otras modalidades. Durante esta época hacen sentir su acción en más de la mitad del territorio colombiano y se asignan tres objetivos adicionales específicos: afectar la economía con el sabotaje de las infraestructuras, crear «zonas liberadas» y rodear las ciudades para implantarse en ellas.

El ELN participa tanto como las FARC en los sabotajes. Estos últimos están orientados sobre todo a los oleoductos, a las centrales hidroeléctricas y a la red de transporte de energía y, por intermedio de los secuestros, a la producción agrícola. Estos sabotajes, sin embargo, perturban más a las poblaciones locales que al conjunto del país ya que, en términos generales, su impacto sobre la evolución del PIB es relativamente limitado. El hecho puede asombrar si tenemos en cuenta los medios de que disponen en ese momento las guerrillas. Algunos analistas ven en esta moderación de sus acciones la prueba de que tratan de no destruir los recursos que contribuyen a su financiación³⁷ y, entre ellos, hay quien llegue a la conclusión de que se ha entrado en la fase de un «sistema de guerra» autosostenida y duradera³⁸. Se trata de hipótesis cuya validez está por demostrar.

La formación de «zonas liberadas» se produjo sobre todo en las regiones de colonización y de cultivo de coca donde los grupos armados ejercían su dominio desde hacía largo tiempo, como los departamentos de Caquetá y Putumayo, las regiones fronterizas con Brasil o el departamento de Arauca que linda con Venezuela. Se trataba, en estos casos, de eliminar todas las huellas de las instituciones legales y de los políticos «tradicionales». Los 42.000 km² de la zona desmilitarizada en 1998 en el marco del proceso de negociación con el gobierno de Andrés Pastrana, situadas sobre todo en Meta y Caquetá, se inscriben en esta estrategia: las FARC obligan a algunos representantes de la administración de justicia y a los «notables» locales a hacer sus maletas. De 1998 a 2003, hacen lo mismo en otras zonas: se esfuerzan por controlar a los electores en el momento de las elecciones o de impedirles participar; amenazan, secuestran o asesinan a los candidatos y a los elegidos que no les convienen. En 2002, las cifras son las siguientes: 12 alcaldes y 60 concejales municipales son asesinados, 309 alcaldes demandan ser relevados de sus funciones, 300 se tienen que refugiar en las guarniciones militares o en las grandes ciudades desde donde deben manejar su administración a distancia, 600 concejales municipales (sobre un total de 1200) son objeto de amenazas, 1800 renuncian. 172 municipios se encuentran sin presencia policial. Un miembro del Secretariado de las FARC declara en ese momento que en el sur del país, una «Estado en formación» se había organizado. Efectivamente, las FARC ejercen en esas zonas una autoridad de hecho. Sin embargo, aunque pueda parecer sorprendente, no intentan construir allí las bases de una sociedad alternativa de tipo socialista ni de instalar los equipos

³⁷ SALAZAR, B y Castillo, María del Pilar, *La hora de los dinosaurios, Conflicto y depredación en Colombia*, Cali, CEREC-CIDSE, 2001.

³⁸ RICHANI, N, *Sistemas de guerra, La economía política del conflicto en Colombia*, Bogotá, IEPRI, 2003.

y la infraestructura que hacen falta³⁹, ya que consideran que sería prematuro en una coyuntura de guerra.

Otro objetivo es tomar el control de las ciudades. Aunque la visión «campesinista» permanece, las FARC son perfectamente conscientes de que la salida del conflicto pasa primordialmente por las ciudades. A partir de 1995, sus operaciones obedecen ampliamente a esta consideración. El plan es garantizar el control del acceso: Bogotá, la capital, constituye el primer objetivo. Instalados décadas atrás en la cordillera oriental de los Andes cuyas estribaciones llegan incluso hasta la periferia oriental y norte de la capital, las FARC se establecen igualmente en la parte de Cundinamarca que constituye el acceso por el oeste a la metrópoli. Proceden de igual manera alrededor de Medellín y de algunas otras ciudades. De manera complementaria organizan milicias urbanas, las llamadas «milicias bolivarianas», reclutadas entre los jóvenes de los barrios menos favorecidos. La presencia de estas milicias es a menudo bien acogida al principio por los habitantes que ven en ellas una protección contra las bandas de delincuentes. Este es el caso de Medellín donde las milicias expulsan de las comunas a los sicarios vinculados con los carteles de la droga. Estas milicias ofrecen a la guerrilla posibilidades de infiltración menos detectables, a pesar de que son menos disciplinadas. Por lo demás, en 2001-2002, las FARC no dudan en infiltrar guerrilleros en algunos barrios de Medellín -la Comuna 13- y de Bogotá.

Los éxitos militares, los avances territoriales, la multiplicación de las «milicias urbanas»: todos estos factores contribuyen a alimentar el optimismo de los dirigentes de las FARC y a facilitar el reclutamiento de combatientes. Sus efectivos parecen alcanzar el número de 17.000.

Los resultados obtenidos deben sin embargo mucho al estado de debilidad en el que se encontraban las fuerzas armadas. La tradición civilista de Colombia ha contribuido a que las élites sólo se hayan preocupado a distancia de las cuestiones de seguridad. Las carencias de las fuerzas armadas en todos los campos eran patentes. Hasta 1994, la parte del presupuesto consagrada al ejército y a la policía apenas si sobrepasaba el 14% y sólo representaba el 2.68% del PIB⁴⁰: un porcentaje de los más bajos de América Latina, más aún tratándose de un país afectado por una violencia tan fuerte. La fuerza pública sólo disponía de algunos helicópteros, cerca de treinta en estado de buen funcionamiento y, además, no adaptados al nuevo carácter del conflicto. Las tropas estaban compuestas por conscriptos salidos de los medios más desfavorecidos, desprovistos de entrenamiento, mantenidos en condiciones precarias y a menudo objeto de malos tratamientos. El espíritu burocrático prevalecía entre los oficiales, a menudo poco motivados y poco inclinados a asumir riesgos que pudieran afectar su promoción. La coordinación entre las diferentes armas era completamente nula al igual que la capacidad de recoger información. Los casos de corrupción no eran excepcionales al igual que los de violación de los derechos humanos. Estados Unidos había llegado incluso a exigir la supresión de algunos batallones implicados en estos abusos y, durante el gobierno Samper, prefirieron apostar a la modernización de la policía.

En 1998 el avance impresionante de las FARC impone un giro. A pesar del proceso de negociación, el gobierno de Pastrana se compromete con la modernización de las fuerzas armadas. Dos años después se adopta el «Plan Colombia», financiado conjuntamente por Estados Unidos y Colombia. La ayuda norteamericana es de hecho muy considerable. Durante los cinco años siguientes, Colombia recibe una ayuda providencial de 5.000 millones de dólares, que la convierte en el tercer país receptor de la ayuda norteamericana, después de Israel y Egipto. Estos créditos están reservados inicialmente a la financiación de las campañas de destrucción de los cultivos de droga. No obstante, desde 2002 Estados Unidos acepta que militares norteamericanos participen en la protección de los oleoductos y que cuatrocientos, y luego ochocientos «consejeros», se establezcan en Colombia. El Ejército colom-

³⁹ Las FARC construyen igualmente algunas rutas y pistas aéreas, pero para responder a sus propias necesidades logísticas.

⁴⁰ Cf GRANADA Camilo, «La evolución del gasto en seguridad y defensa en Colombia, 1950-1994», en M Deas y M.V. Llorente (editores) *Reconocer la guerra para construir la paz* Bogotá Norma, 1999, p. 537-598.

biano se beneficia de los medios de observación y de los helicópteros que sirven a la destrucción de los cultivos.

Por su lado, el gobierno procede a un aumento rápido del presupuesto de la fuerza pública, que se dobla durante el gobierno de Pastrana y su crecimiento continúa durante el primer mandato de Uribe hasta alcanzar el porcentaje muy elevado de 6.3% del PIB en 2007. Los efectivos aumentan paralelamente pero, sobre todo, la parte de los soldados profesionales. Se crean brigadas móviles y se organizan batallones de alta montaña, el número de patrullas fluviales se multiplica y su equipo mejora. Las fuerzas armadas adquieren numerosos helicópteros, entre ellos helicópteros de ataque Black Hawks y, en 2007, se dotan de Súper-Tucanos, aviones de ataque ligeros construidos en Brasil; reciben, igualmente, aviones telecontrolados y medios de vigilancia aérea. Finalmente, a partir de 2005, la coordinación de las operaciones y la información mejoran. Todo eso significa que los militares pueden reaccionar mucho más rápido a las acciones de la guerrilla.

Desde mediados de 1998, las FARC comienzan a sentir el impacto de esta modernización y a experimentar graves pérdidas como consecuencia de unas operaciones que todavía comprometían a centenares de guerrilleros y que eran detectadas. Y se vieron así obligadas a volver a las tácticas habituales de guerrilla. No disponen de un armamento que les permita hacer frente a los ataques aéreos, como por ejemplo misiles tierra aire. A partir de 2003, el Ejército comienza a aflojar la tenaza que las FARC habían construido alrededor de las ciudades, desalojándolas de Cundinamarca en las inmediaciones de Bogotá y de sus posiciones en los alrededores de Medellín; toma posesión de los barrios en los que los guerrilleros se habían infiltrado y destruye una gran parte de las organizaciones de milicianos, en los dos casos con el concurso de los paramilitares. En el período siguiente, comienza a atacar ciertos bastiones históricos de las FARC y lanza un plan, llamado «Plan Patriota», para alcanzar sus zonas de refugio. En el marco del programa de «Seguridad Democrática», el gobierno Uribe garantiza la seguridad de las carreteras más importantes y establece o restablece los puestos de policía en todos los municipios, lo cual no impide que en 2005 las FARC promuevan todavía numerosas acciones.

La mejora en la eficacia de las fuerzas armadas está lejos de explicar por sí misma las dificultades de las FARC, que provienen sobre todo de la intervención de las organizaciones paramilitares. No es éste el lugar para describir con detalle este aspecto y nos limitaremos a un breve resumen. A partir de 1994, los grupos paramilitares emprenden la recuperación a sangre y fuego de numerosas regiones. Urabá, región eminentemente estratégica puesto que comunica con los dos océanos y con Panamá, es la primera que cae. Después viene el Valle del Magdalena Medio: la toma de Barrancabermeja a finales de 1999, centro de la refinera petrolera, marcada por una larga historia del sindicalismo radical y por el dominio de las FARC y del ELN, constituye un giro decisivo. Después viene el turno de muchas otras zonas. Ya se ha mencionado la lucha por el control de los cultivos de coca. En 2006-2007, la presencia de los grupos paramilitares se extiende a casi todo el país, incluyendo la región amazónica que estaba dominada por las FARC.

Estos grupos jamás estuvieron verdaderamente unificados. Algunos de ellos, bajo el mando de Carlos Castaño, uno de los autores de la recuperación de Urabá y de Córdoba, pretendían mostrar un mínimo de coordinación y se presentaban como Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), con el propósito de aparecer como una organización militar y política de contraguerrilla. De hecho, de esta manera logran captar más fácilmente el apoyo de sectores que, por haber organizado por su propia cuenta mecanismos de autodefensa frente a las guerrillas, estaban dispuestos a apoyar una organización más ofensiva. Sin embargo, la exasperación con respecto a los abusos de la guerrilla era tan extendida que el apoyo se extendió más allá del mundo de los propietarios.

No obstante, la fachada unitaria rápidamente se agrietó. La diversidad de situaciones regionales era demasiado grande para hacer posible una convergencia duradera, sobre todo debido a la diversidad de las relaciones con los narcotraficantes. El crecimiento de todos los grupos paramilitares fue financiado desde el comienzo por el narcotráfico: el mismo Carlos Castaño, vinculado desde antes con el cartel de Medellín, reconocía desde 2000 que el narcotráfico suministraba el 70% de la financiación

de las AUC. Pero la red de traficantes propiamente dicha pronto tomó el control de la mayor parte de los «bloques» paramilitares. Esta situación no se interrumpe en 2003 cuando el gobierno Uribe emprende la tarea de negociar la movilización de esos «bloques» ofreciéndoles, a través de la “Ley de Justicia y Paz», la promesa de penas reducidas. Una buena parte de las grandes redes de narcotraficantes, que habían permanecido hasta ese momento a distancia del paramilitarismo, se convierten a él con el fin de beneficiarse de estas medidas. Además, los paramilitares habían logrado apropiarse de las instituciones regionales en varias partes del territorio, sobre todo en la mayoría de los departamentos del Atlántico y habían obtenido un porcentaje importante de los escaños en el Congreso Nacional – varios ya están en la cárcel y muchos más están procesados- y una presencia no menos importante en los partidos que apoyan la política de Uribe.

Desde el punto de vista militar, los paramilitares nunca fueron capaces de enfrentarse con las FARC. Raras han sido las operaciones en las que lo han hecho directamente. Su superioridad sobre las FARC proviene de dos recursos.

En primer lugar, los paramilitares se situaron en las fronteras ambiguas de la ilegalidad y la legalidad; dispusieron de la tolerancia e, incluso, del apoyo activo de numerosas unidades militares y policivas satisfechas de disponer así de la fuerza de apoyo de la que tenían necesidad para hacer el “trabajo sucio”: ejecuciones sumarias, información, etc. A esta colusión con las fuerzas armadas se agregaba en numerosos departamentos atlánticos el apoyo de las autoridades regionales elegidas. Todo eso no era más que el prelude de la metamorfosis directa de los paramilitares en autoridades regionales y de su penetración en el Congreso nacional.

En segundo lugar y, sobre todo, los paramilitares no se limitaron al “trabajo sucio”, sino que convirtieron el terror en táctica de guerra y lo llevaron mucho más lejos que las FARC hasta el punto de que son responsables de la mayor parte de las masacres colectivas y de las atrocidades, que recuerdan la época de la *Violencia*, y de que practicaron una forma de “depuración política” a través de los “desplazamientos forzados” masivos: recordemos que el número de desplazados se estima en dos o tres millones, lo que hace de Colombia uno de los países más afectados por este fenómeno. Aunque las FARC tienen allí su parte, la responsabilidad de los paramilitares y de sus aliados es muy superior a este respecto.

Bajo la acción conjunta de militares y de paramilitares se produjo a partir de 2003 un innegable repliegue territorial de las FARC. Las destrucciones de pueblos y las “pescas milagrosas” en las carreteras se volvieron cada vez más raras. La mayor parte de las milicias urbanas se pasaron del lado de los paramilitares; su principal unidad de élite, la columna móvil “Teófilo Forero” se debilitó enormemente. Los efectivos disminuyeron: una cifra entre 8.000 y 10000 es hasta el momento la más citada por lo general. Las FARC sufrieron importantes pérdidas de combatientes: 2300 de 1998 a 2001, 5400 de 2002 a 2005 según las fuentes oficiales⁴¹. Las deserciones han ido en aumento. Según las mismas fuentes alcanzan más de mil en el año 2006 y un cantidad todavía mayor en 2007. Ya los desertores no se reclutan solo entre los combatientes recientes sino también entre los guerrilleros que llevan diez años o más en la guerra.

Sin embargo, hasta los años 2007-2008 las FARC se podían vanagloriar de haber hecho fracasar el plan de los militares orientado a matar o a capturar comandantes importantes, incluso a miembros del Secretariado. Esta no es la situación desde hace algunos meses. Varios comandantes de primer plano han sido eliminados, entre ellos el «Negro Acacio», uno de los hombres clave del tráfico de la droga y «Martín Caballero», que durante un largo tiempo había establecido su dominio en los Montes de María. En marzo de 2008, las FARC sufren dos golpes de un alcance aún mucho mayor puesto que, por primera vez, dos miembros del Secretariado son eliminados. La muerte de Raúl Reyes en territorio

⁴¹ Cifras del Observatorio para la Paz. Es necesario resaltar que las pérdidas de las fuerzas del orden oscilan entre 1995 y 2002 en seiscientos u ochocientos hombres por año. La relación aproximada de uno a dos entre las pérdidas de las fuerzas del orden y las de las guerrillas ilustra la capacidad de estas últimas.

ecuatoriano los priva de quien manejaba los contactos internacionales y, según parece, garantizaba el vínculo entre el ala más militarista y el ala más política. La muerte de Iván Ríos, asesinado por uno de sus subordinados, revela la tendencia al desmoronamiento de ciertos frentes.

Todo esto contribuye significativamente a acentuar la desmoralización de una organización que, durante quince años, había apostado todo a la estrategia militar hasta el punto de descuidar la acción política y de ver que su credibilidad en este campo se reducía cada vez más.

El balance de la «guerra contra las droga», impulsada en el marco del «Plan Colombia» es, por su parte, muy decepcionante. En siete años, la superficie de los cultivos de coca disminuye sin lugar a dudas: de más de 200.000 ha, pasa a menos de 80.000 ha. Pero su dispersión los hace menos vulnerables y el crecimiento de los rendimientos hace que la producción siga siendo casi idéntica.

Es cierto que, en contrapartida, el «Plan Colombia» ha sido el punto de partida de una modificación de las relaciones de fuerza en el terreno entre la guerrilla y las fuerzas coaligadas para hacerle frente.

6. LOS RECURSOS POLÍTICOS: LA ORTODOXIA COMUNISTA

El hecho de que las FARC presenten desde finales de los años 1980 la tendencia a relegar a un segundo plano la elaboración de una estrategia propiamente política y a eludir los debates internos a este respecto es uno de los factores, tal vez el principal, que más ha contribuido al mantenimiento de su cohesión. Aunque constantemente han asegurado que su objetivo final es la «toma del poder», se han cuidado casi siempre de precisar lo que harían de ese poder y las alianzas políticas que establecerían si lograran conquistarlo. Y mucho menos, como hemos visto, han pretendido innovar en el dominio ideológico y plantearse como «modelo» para otros movimientos revolucionarios. La ortodoxia comunista anterior a la caída de la cortina de hierro les ha sido suficiente como doctrina. Los riesgos de las escisiones «teóricas» han sido suprimidos de esta manera.

Su líder legendario, Manuel Marulanda Vélez, nunca ha jugado al papel de teórico revolucionario ni de guía inspirado y carismático. Más bien ha contribuido a imponer la visión «campesinista» entre sus allegados⁴². Durante muchos años, por lo demás, compartió la dirección de las FARC con Jacobo Arenas quien, formado al contacto con el sindicalismo petrolero de Barrancabermeja, posaba gustoso de teórico. Sin embargo, sus raros escritos son más una muestra de análisis de la coyuntura o de definición de la estrategia de guerra que de creación doctrinal. Después de su muerte en 1990, el relevo de Arenas no se ha llevado a cabo. En el Secretariado de las FARC, Raúl Reyes y el «Mono Jojoy» (Jorge Briceño Suárez), la principal figura militar, se han vanagloriado más bien de su desprecio por los «intelectuales». Una vulgata marxista-leninista y la historia de los orígenes de las FARC, en forma de relato mítico, les han parecido suficientes para justificar su acción.

Hasta mediados de los años 1980, las FARC, de todas maneras, no se han preocupado por fijar ellas mismas una línea política. Como ya se ha mencionado, se habían subordinado explícitamente al Partido Comunista colombiano y este hecho los había colocado en la posición de tener que seguir las orientaciones del Partido Comunista de la URSS. Gilberto Vieira, su secretario general de 1947 a 1991, un abogado formado en la escuela de la Guerra Fría, nunca estuvo dispuesto a dejarse seducir por la fantasmagoría guevarista o maoísta. El Partido defendía abiertamente la lucha armada, pero medía su influencia con relación al número de huelgas y a los resultados electorales, y no al de las acciones de la guerrilla.

El equilibrio entre el Partido y la guerrilla comienza a invertirse a comienzos de los años 1980 con la decisión de las FARC en 1982-1983 de doblar el número de sus frentes. Al aceptar en 1984 el cese al fuego y la apertura de negociaciones con el gobierno de Belisario Betancur, dan la sensación de querer transformarse en actor político y, al año siguiente, dan un paso más en esta dirección al asociarse al

⁴² Algunos opúsculos que han aparecido con su firma, se refieren sobre todo a los años 1950 y la resistencia en la época de la Violencia. La dimensión «campesinista» se encuentra allí presente por todas partes.

Partido Comunista para crear un partido, la Unión Patriótica (UP), que busca atraer otras corrientes de la izquierda. Varios comandantes de las FARC ocupan puestos importantes en esta organización. La Unión Patriótica gana las alcaldías de 25 municipios en las elecciones regionales de 1986 y obtiene unos resultados muy superiores a los alcanzados habitualmente por el Partido Comunista, hasta el punto de que parece estar así en capacidad de aumentar su influencia territorial aprovechando el proceso de descentralización inaugurado por la reforma política de 1985, que establece la elección de alcaldes, en lugar del nombramiento hecho por los gobernadores⁴³.

La historia de la Unión Patriótica termina sin embargo en tragedia. En algunos años, la mayor parte de sus dirigentes son asesinados: sus dos primeros presidentes (casi todos elegidos al Congreso), y la mayor parte de sus elegidos locales. Un gran número de sus simpatizantes, en particular los sindicalistas, conocen la misma suerte. Según fuentes oficiales, al menos 2500 miembros fueron víctimas de esta sangría. El Partido Comunista fue particularmente afectado. De un solo golpe, la afirmación de las FARC parecía justificada: la vía legal es una ilusión puesto que las élites colombianas están dispuestas a todo menos a aceptar un cambio, por pequeño que sea. De hecho, preocupados por el proceso de negociación impulsado por Belisario Betancur y por los resultados electorales obtenidos por un partido que les parece una simple cobertura de las FARC, los narcotraficantes, los políticos locales, los paramilitares, los miembros de las fuerzas del orden, los propietarios terratenientes se coaligan para eliminar al nuevo partido.

¿La creación de la Unión Patriótica significaba verdaderamente una adhesión a la vía política? Muchos índices sugieren que se trataba más bien de una versión actualizada de la “combinación de todas las formas de lucha”. Jacobo Arenas, que había considerado en algún momento la posibilidad de lanzarse como candidato por este partido, publicó un libro donde afirmaba que la UP no era más que un instrumento destinado a dar impulso a la conquista del poder por las armas (J. Arenas, 1985). Durante el cese al fuego, las FARC continuaron su expansión y, desde 1987 vuelven a las emboscadas contra la fuerza pública. La UP se ponía muy a menudo al servicio del reclutamiento de combatientes en los medios urbanos. Tensiones cada vez más vivas surgieron rápidamente entre los cuadros de la guerrilla y los integrantes de ese partido que creían en las posibilidades de una oposición propiamente política al régimen. Entre los supervivientes algunos se reintegraron a la guerrilla; otros, que consideraban haber sido utilizados, tomaron distancia con el Partido Comunista.

Un último episodio contribuye a que las FARC digan adiós a la política⁴⁴: la ocupación por el ejército en noviembre de 1989 de “Casa Verde”, la sede del Secretariado en La Uribe desde hacía 10 años. Esta sedentariedad favorecía los contactos. Llevada a cabo el día mismo de la elección de la Constituyente, la operación militar da un buen motivo a las FARC para rechazar, contrariamente al M-19 y al EPL, la negociación de una eventual participación en esta Asamblea. A manera de respuesta, lanzan su primera ofensiva de envergadura y adoptan una táctica de mayor movilidad y dispersión.

Aunque la opción por la vía militar no excluye el proyecto político, éste último se puede resumir en la esperanza de una “insurrección popular” a la manera salvadoreña. Ya en 1985 Jacobo Arenas evocaba esa posibilidad. El exterminio de la Unión Patriótica le parece ofrecer las condiciones para provocar la reacción que daría la señal. A partir de allí, cada manifestación de protesta popular, cada huelga, cada crisis política hacía renacer la esperanza en una sublevación general. Ocurre lo mismo cuando se produce en 1998-1999 una recesión económica que conlleva una caída del nivel de vida de las clases populares sin precedente desde 1929. La organización de las milicias bolivarianas y, poco después, de un movimiento clandestino bolivariano en 1997, y de manera más reciente de un PCCC (Partido Comunista Clandestino de Colombia), han estado orientados a favorecer su preparación.

⁴³ SÁNCHEZ F. y Chacón M., «Conflicto, Estado y Descentralización: del progreso social a la disputa armada por el control local, 1974-2002», en Gutiérrez F, Wills M.E. y Sánchez Gómez G. (ed.), *Nuestra guerra sin nombre: transformaciones del conflicto en Colombia*, Bogotá, Norma, 2006.

⁴⁴ VALENCIA, L., *Adiós a la política, bienvenida a la guerra. Secretos de un malogrado proceso de paz*, Bogotá, Intermedio, 2002.

Las FARC sin embargo siempre han buscado ejercer una hegemonía sobre el conjunto de las guerrillas y sobre las fuerzas políticas opuestas al régimen.

Antes de 1990, cuando aún existían otras tres importantes organizaciones de guerrilla (el ELN, el EPL y el M-19), las FARC afirmaban de manera permanente su supremacía. En 1987 una coordinación entre estas organizaciones fue creada con el nombre de Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Nunca funcionó verdaderamente debido a las pretensiones de las FARC de dominarla. Cuando el EPL se desmovilizó en 1991 en Urabá, las FARC persiguieron despiadadamente a sus antiguos miembros, hasta el punto incluso de arrojarlos en los brazos de los paramilitares. Sólo las FARC y el ELN continuaron en el combate, pero las fricciones entre estos grupos no cesaron. El debilitamiento militar del ELN, como consecuencia de la acción de los paramilitares, deja a las FARC el cuasi monopolio de la estrategia de guerra. En estos últimos años el ELN se comprometió en un proceso de negociación con el gobierno de Uribe que, aunque no ha dado resultados hasta ahora, ha sido aprovechado por las FARC para tomar el control de numerosos núcleos de la organización rival y para desencadenar contra ella una lucha a muerte que habría hecho cerca de mil muertos en regiones como Arauca y Nariño⁴⁵.

En el plano político las FARC igualmente han querido someter todas las fuerzas de oposición al régimen; rechazan incluso la idea misma de «sociedad civil», que pretenden encarnar bajo la forma de «sociedad civil en armas». Este rechazo es paradójico porque una parte de la sociedad civil «organizada» no disimulaba en muchas ocasiones su simpatía con la lucha armada. Al utilizar a la Unión Patriótica, contribuyeron a su suerte trágica y aún siguen desconfiando de todas las organizaciones de izquierda que pretendan emanciparse de su tutela. Las FARC no disimulan su hostilidad con respecto a Lucho Garzón, antiguo sindicalista comunista que se convirtió en alcalde de Bogotá entre 2003 y 2007 con un programa socialdemócrata, ni con respecto al ala reformista del «Polo Democrático», el partido que reagrupa a la izquierda desde hace seis años.

Sin embargo las FARC tuvieron dos ocasiones para asumir un lenguaje político y presentar en la escena política las perspectivas que le ofrecían al país. La primera es el proceso de negociación emprendido en 1982 por el gobierno de Belisario Betancur. La segunda es el proceso de negociación llevado a cabo entre 1998 y 2002 por el gobierno de Andrés Pastrana. En los dos casos, los gobiernos hicieron al principio múltiples gestos de buena voluntad. En los dos casos, igualmente, una parte importante de la opinión soñaba con un acuerdo. La responsabilidad del fracaso no incumbe solamente a las FARC: en el primer caso, la liquidación de la Unión Patriótica y en el segundo la expansión paramilitar, prueban que fuerzas poderosas estaban resueltas a bloquear toda aproximación de las posiciones. Además, las FARC se mostraron incapaces de aprovechar la tribuna de que disponían para hacer proposiciones plausibles y para sostener un discurso o hacer gestos que les valiera una mayor simpatía de la opinión. En el momento de la inauguración oficial de las negociaciones en 1999 en San Vicente del Caguán, en el corazón de la zona desmilitarizada de 42.000 km² que Andrés Pastrana les había otorgado, Manuel Marulanda se abstuvo de ocupar la silla que le había sido reservada al lado de la del Presidente y la negociación nunca despegó verdaderamente. A San Vicente del Caguán, durante la negociación, representantes de las élites colombianas fueron a encontrarse con los dirigentes de las guerrillas en el cuadro de las “mesas temáticas”, al igual que representantes de la sociedad civil fueron a expresar sus aspiraciones durante las audiencias públicas: las FARC se comportaron como si se tratara de un congreso del partido en la antigua Unión Soviética.

[47]

⁴⁵ En una carta del 6 de diciembre de 2005 al comandante del ELN, Manuel Marulanda deplora que los malentendidos entre las dos organizaciones se manifiesten en el campo de las finanzas, la organización de masas, la compra de armas a precios exorbitantes, el sector territorial, los desplazamientos a la vista con perjuicio para las masas, la siembra de minas en todas partes [...], la sindicación de personas y su posterior ejecución, el hurto de ganados a campesinos en sus áreas, la retención de amigos y de vehículos [...] los cobros de impuestos por ambas organizaciones a una misma persona» etc.

En varias ocasiones, desaprovecharon también la vocación que se les ofreció de dialogar con interlocutores exteriores. En 1999, después de que un alto responsable de la administración de los Estados Unidos acabara de establecer contacto con ellas en Costa Rica, asesinaron tres indigenistas americanos, lo que condujo a la interrupción de las conversaciones. En enero de 2002, cuando la negociación con Andrés Pastrana estaba al borde de la ruptura, embajadores europeos se esforzaron vanamente por renovarlas; pero, inmediatamente después de la ruptura, las FARC no vacilaron en hacer una afrenta con el secuestro de la franco colombiana Ingrid Betancur.

No es pues sorprendente que estas dos negociaciones se hayan terminado con la acentuación de su descrédito. Su incapacidad para manejar la palabra política aparece a plena luz. En 1986, las clases medias se separan de ellas; en 2002, la mayoría del país, como lo demuestra la adhesión masiva a la candidatura de Álvaro Uribe, partidario de la “mano dura” contra las guerrillas. En una y otra ocasión, la opinión imputa el fracaso de las conversaciones únicamente a la guerrilla. Las FARC, pues, sin duda han sacado de estas experiencias otra lección: son ellas las que salen perdiendo cuando tratan de comprometerse, incluso parcialmente, con los manejos políticos.

Catalogadas como “organización terrorista” por Estados Unidos después del 11 de septiembre y, posteriormente, por la Unión Europea, se encuentran ahora privadas de relaciones oficiales con el exterior.

El aislamiento no parece inquietarlas demasiado. Si damos fe a los sondeos de opinión nunca han contado, incluso en sus mejores momentos, con un porcentaje de opinión favorable, que ha oscilado entre el 3 y el 5%. La exasperación en su contra no es, en cambio, ajena al hecho de que desde hace cinco años, Álvaro Uribe ha logrado mantener un nivel de favorabilidad que fluctúa alrededor del 70%.

¿Las FARC, implicadas como efectivamente lo están en el tráfico de drogas y en muchos otros tráfico, entre ellos el de seres humanos por intermedio de los secuestros, siguen siendo una organización política revolucionaria? No es seguro que la pregunta tenga un sentido. En todo caso, recordar que se han asignado siempre por objetivo la “toma del poder” constituye una respuesta insuficiente. Hace mucho tiempo que la calificación de una organización ilegal como “política” ya no pasa en Colombia por el enunciado de una intención explícita con la sociedad y por la construcción de una ideología que le sirva de soporte. En el marco de un conflicto tan complejo, dominio territorial y manejo del terror son los sustitutos del lenguaje político: lo que se quiere remite a lo que se hace. Sólo cuentan las “vías de hecho”. En la medida en que esas vías de hecho sean lo suficientemente espectaculares, es decir, en la medida en que lleguen a ser atroces, pueden dar acceso a un reconocimiento de la calidad de actor “político”. Las guerrillas tienen desde hace muchos años el saber práctico acerca de todo esto. Con el impulso en 2001-2002 de los “secuestros políticos” y con el tratamiento inhumano que infringen a las víctimas, se dotan de un medio para forzar su regreso a la escena política llegado el momento. Los grupos paramilitares y de narcotraficantes lo hacen mejor aún: aunque poco habían soñado con la posibilidad de “hacer política”, descubrieron en el año 2000 que el incremento de las masacres y de los desplazamientos forzados les abría el camino hacia el reconocimiento implícito de la condición de actor político.

CONCLUSIÓN

Hay que volver al punto de partida. He hablado de ethos campesinista. Muchos comentaristas han visto en el reclutamiento fundamentalmente rural de las FARC la fuente de la temporalidad lenta en la que se inscribe su acción. Varios gobernantes, uno tras otro, han organizado políticas alternativas de conciliación o de enfrentamiento; algunos han llevado a cabo reformas políticas de envergadura como las que aparecen en el texto de la Constitución de 1991; pero siempre se han encontrado frente a la misma organización que parece hacer de la paciencia una estrategia, como si estuvieran esperando que las instituciones y las estructuras sociales se desintegren por sí mismas.

Sin embargo, no es cierto que la temporalidad campesina sea tan lenta como se pretende. En todo caso la temporalidad de las FARC es mucho más compleja de lo que parece en una primera mirada. El mundo campesino “tradicional” en el que encontraban su punto de apoyo se ha desintegrado am-

[48]

pliamente. La Unión Soviética, que durante largo tiempo sirvió de fundamento a una temporalidad del “progreso”, ha desaparecido y el Partido Comunista colombiano, por su parte, está prácticamente liquidado. Mientras tanto, la economía de la droga ha garantizado a las FARC los medios para su expansión pero también para la inserción en el universo internacional del tráfico de drogas y de armas: el tiempo de la globalización no les es ajeno. La práctica de los secuestros y de la extorsión a gran escala ha implicado una temporalidad más fragmentada y aleatoria que hace entrar a la guerrilla en la era del “presentismo”.

No obstante, la silueta inmóvil de Manuel Marulanda Vélez está siempre allí y con ella la sombra de otra época, porque la persistencia de las FARC debe mucho a las huellas de la *Violencia* de los años 1950. No se trata de que las FARC perpetúen el estilo de los núcleos de autodefensa campesina de este período: la droga y el potencial propiamente militar han modificado profundamente el carácter de la lucha guerrillera⁴⁶. Pero la manera como Marulanda y sus próximos denuncian las injusticias lleva la marca de la humillación experimentada medio siglo antes por amplios sectores, principalmente rurales.

Cuando el 7 de enero de 1999 la voz de Marulanda⁴⁷ se levanta frente a una silla vacía y un auditorio compuesto por el Presidente de Colombia y los embajadores, invocando como punto de partida del conflicto que destroza a este país desde 1980 la destrucción de sus gallinas y de sus marranos en 1964 como consecuencia del bombardeo de Marquetalia⁴⁸, nos encontramos frente a una dimensión central de lo político, que aparece allí a plena luz.

Esta dimensión no se limita a la demanda de una vasta reforma agraria, incluso si tenemos en cuenta que esta petición ha sido reiterada a lo largo de décadas⁴⁹. A pesar de las transformaciones del paisaje agrario, esta demanda se ha mantenido ciertamente en forma casi inalterada haciendo las veces de carta de identidad política de la guerrilla⁵⁰. Esta dimensión no remite tampoco únicamente a una relación con las instituciones así sea de rechazo radical: si las FARC hubieran sido una organización revolucionaria clásica hace largo tiempo que hubieran tenido que reconocer su fracaso. La dimensión política remite de hecho a un resentimiento anclado en una historia profunda en la que la *Violencia* es el punto de referencia principal: la guerra en la que los campesinos fueron actores a pesar de sí mismos y sobre la cual, una vez terminada, las elites impusieron el silencio. Pero, más allá de eso, un pasado global en el que muchos colombianos no tuvieron acceso a una ciudadanía de cualquier tipo que fuese.

Aquel día Marulanda, ausente pero omnipresente, triunfó. La referencia que hizo en aquella ocasión a las aves de corral expresa ciertamente una gran «malicia indígena» ya que es una manera de engañar al otro ofreciéndole una imagen de sí que corresponde a sus prejuicios pero que, al hacerlo, lo obliga a no pasar inadvertido. Pero esta referencia sirve sobre todo para formular un sentimiento de venganza, en primer lugar, contra la oligarquía, que debe darse cuenta de su poder y darle un

⁴⁶ En una entrevista dada en agosto de 2003 a la revista *Semana*, Plotter, uno de los cuadros de las FARC que han desertado, subraya que la moral no puede ser la misma cuando se trata de llevar a cabo acciones ofensivas que cuando se trata sobre todo de garantizar la vigilancia de los laboratorios de fabricación de cocaína. Aunque todos los frentes no están implicados en el narcotráfico, algunos se comportan como cualquier red de narcotraficantes.

⁴⁷ Recordemos que en el último instante Marulanda se excusó con el pretexto de tener razones de seguridad: su discurso fue leído por uno de los comandantes.

⁴⁸ La evocación de las gallinas y de los marranos da el tono a una gran parte del discurso. Muchos de los comentaristas han querido ver allí una costumbre campesina. Otros comentaristas anteriores habían creído detectar en las entrevistas en que Marulanda se refiere a las guerrillas liberales de 1952, con las que la guerrilla comunista había tenido vínculos, la huella de una nostalgia de su afición a este partido tradicional. En realidad, el líder de las FARC ha mostrado desde 1984, en diversas ocasiones, que desconfía mucho más de lo liberales que de los conservadores.

⁴⁹ Durante el desarrollo de las negociaciones con el gobierno de Pastrana, la exigencia de reforma agraria figura en primer lugar en el «Programa de diez puntos» sustentado por la guerrilla. El contenido de esta reforma recoge lo que aparece enunciado en el nacimiento de la organización: dar «la tierra en forma completamente gratuita a los campesinos que la trabajan o quieren trabajarla, sobre la base de la confiscación de la propiedad latifundista». Sin embargo, el perfil de los «campesinos» y del «latifundio» ha cambiado mucho entre un momento y otro.

⁵⁰ Durante el desarrollo de la Octava Conferencia en abril de 1993, las FARC retoman y actualizan el programa agrario que habían enunciado desde 1964.

«reconocimiento», conquistado en ardua lucha. Venganza, en segundo lugar, contra los voluntaristas izquierdistas y otros ideólogos de salón que lo habían considerado durante un largo período con condescendencia mientras ellos, por su parte, se integraban poco a poco al régimen. Revancha, finalmente, contra todos aquellos que no conocieron la humillación pero muchas veces han pretendido reclamar-se de ella para ponerla al servicio de su demagogia.

Sin embargo, las FARC no han tenido éxito cuando han contado con el acceso a una tribuna política para convertir su resentimiento en perspectiva política. A este respecto, parecen haberse dejado llevar por una especie de inercia. Y es tal vez en este aspecto que hay que dirigirse a Manuel Marulanda para tener una explicación. A los 79 años, es posible que se sienta satisfecho con la obra realizada. Se han conocido otros líderes revolucionarios legendarios que, al final de su reinado, han hecho del inmovilismo una virtud y, al prohibir cualquier tipo de deliberación entre sus allegados, han creído y han hecho creer que el monolitismo garantiza la perennidad de su obra.

Cuando se abra la sucesión, se verá más claramente cómo las FARC no podrán conservar su cohesión si no vuelven sobre una estrategia más claramente política, que no podría ser distinta a comprometerse en negociaciones, al menos parciales. El repliegue territorial que han sufrido, la pérdida de la moral de sus tropas, su aislamiento internacional, deberían llevarlas hasta este punto⁵¹. Disponen al menos de una ventaja que podría ayudarlas a este respecto: el hecho de compartir una visión «bolivariana» con su poderoso vecino Hugo Chávez y, por su mediación, con países vecinos.

Las FARC disponen también de un medio de presión para motivar una internacionalización del problema colombiano: los rehenes «políticos» que aún mantienen. En mayo de 2007, la muerte de 11 de estos rehenes, los diputados regionales del valle del Cauca, estuvo a punto de arruinar esta posibilidad. Al favorecer, a partir de diciembre de 2007, la liberación «unilateral» de algunos de estos rehenes por intermedio de Hugo Chávez, las FARC han dado una clara señal de su deseo de orientarse hacia una discusión política bajo la égida de diferentes países, Venezuela entre ellos, que tendrían el rol de «facilitadores». Sólo les queda dar un paso más: la liberación de Ingrid Betancur. El “Monsieur Marulanda”, con que Nicolás Sarkozy se dirigió al líder histórico de la guerrilla, muestra bien que esta liberación podría ser un prelude a una discusión política de este tipo. La preocupación humanitaria, evidentemente, no es lo que inspira a las FARC pero su interés político podría llevarlas a jugar en el mismo sentido.

Si esta reorientación se produjera no sería sin dificultad, ya que supone que Álvaro Uribe estimaría lo suficientemente disminuida la capacidad militar de las FARC para comprometerse en un nuevo proceso de negociación. La sombra de la justicia internacional pesa ahora sobre la resolución de los conflictos. La influencia del paramilitarismo se hace sentir por todas partes y las élites del país están menos dispuestas que nunca a reformas profundas.

Pero sobre todo el conflicto ha llegado a tal grado de degradación que muchos de los combatientes podrían verse tentados a distanciarse de una eventual reorientación política. Habitados a las prácticas de extorsión y secuestro, podrían fácilmente dirigirse hacia el bandidismo. La implicación en el tráfico de las drogas de muchos de ellos podría llevarlos a descubrir que finalmente tienen numerosos intereses comunes con los narcotraficantes y algunos paramilitares.

Lo que podría convencer a algunos dirigentes de las FARC de intentar una reorientación política es la conciencia de que la prolongación del inmovilismo ya no garantiza tampoco el mantenimiento de la cohesión de la guerrilla y se correría el riesgo, por el contrario, de llevar finalmente al derrumbamiento de la organización en su conjunto.

⁵¹ La Fundación «Seguridad y Democracia» presenta en su informe de 2007 muchas indicaciones sobre la baja en la eficacia militar de las FARC. Durante los primeros 11 meses del año sólo realizaron 118 secuestros contra más de 900 en 2002. El número de los ataques contra la fuerza pública ha disminuido en 42% con relación a 2002. El número de sabotajes a la infraestructura llevados a cabo por las FARC y el ELN ha disminuido en este mismo lapso en 58%. Las FARC no lograron perturbar de manera importante el desarrollo de las elecciones locales de octubre de 2007. El balance global de la política de «Seguridad Democrática» no es menos considerable. El número de los homicidios a nivel nacional ha retrocedido en cinco años en 44%; en Medellín, en 85%, en Bogotá en 37%, en Cali en 36%.

La recepción de la ley de la memoria histórica en España

Elsa Cajiao C.*

RESUMEN

El artículo analiza las posturas de sectores de la sociedad española frente a la Ley de la Memoria Histórica (LMH) aprobada el 31 de octubre de 2007, tras numerosas deliberaciones y enmiendas. La Ley es consecuencia de un largo proceso de discusiones y polémicas sobre la recuperación de la memoria histórica y la reparación de las víctimas de la Guerra Civil y el Franquismo. La autora expone las reacciones de sectores políticos, religiosos, académicos y de las propias víctimas ante dicha Ley, considerada por muchos de ellos como insuficiente.

Palabras clave: Ley, víctimas, memoria, reparación, España.

REACTIONS TO THE LAW OF HISTORIC MEMORY IN SPAIN SUMMARY

The article analyzes the reactions of sectors of the Spanish society towards the Law of Historical Memory (LMH, in Spanish) approved on the 31st October 2007, after numerous deliberations and amendments. The Law is the result of a long process of discussions and polemics on the recovery of the historical memory and reparation of victims of the Civil Spanish War and Franco's regime. The authoress presents the reactions of political, religious and academic sectors as well as the victims themselves towards this Law, viewed as insufficient by many of them.

Key words: Law, victims, memory, reparation, Spain.

FECHA DE RECEPCIÓN: 21/01/2008

FECHA DE APROBACIÓN: 13/02/2008

Franco mismo, en los primeros días de la rebelión, había explicado a un periodista estadounidense que no dudaría en fusilar a media España si tal fuera el precio a pagar para pacificarla¹.

Después de casi 60 años de terminada la Guerra Civil y más de 30 de la muerte de Franco, la *Ley de la Memoria Histórica* (LMH) ve la luz en medio de polémicas, desacuerdos y enfrentamientos entre grupos políticos, agentes sociales y ciudadanos. El 31 de octubre de 2007, tras numerosas deliberaciones y enmiendas, fue aprobada holgadamente con los votos de todos los partidos, salvo el PP y ERC.

Desde la transición hasta la anterior Legislatura, el Parlamento Español había promovido la concesión de reparaciones económicas, en la forma de pensiones e indemnizaciones, a los diferentes colectivos afectados por la Guerra Civil y la dictadura. En la legislatura actual de Zapatero, la LMH se orienta “al reconocimiento de la dignidad y el honor, la reparación moral, el desagravio público y la recuperación de la memoria histórica...”. En palabras de la vicepresidenta María Fernández de la Vega, se trata de “dar un paso adelante para honrar a cuantos sufrieron cárcel, represión o muerte por defender las libertades durante la Guerra Civil y a lo largo de la dictadura franquista”.

La polémica estuvo servida desde la presentación en el Parlamento del proyecto de Ley por parte del gobierno en julio de 2006. Los políticos más a la izquierda del PSOE (el partido socialista en el Gobierno), la Asociación para la recuperación de la memoria histórica y otros colectivos de víctimas y de derechos humanos la consideraron claramente insuficiente. Fue tachada de descafeinada, de burla a las víctimas y ratificadora de la impunidad que ha amparado a los asesinos del franquismo desde la Transición. Por distintas razones, el partido nacionalista catalán, Convergencia i Unió, la consideró también insuficiente. A su entender, el texto de la ley debería recoger una condena expresa a los abusos del bando republicano, en particular, los cometidos contra personas en razón de sus creencias religiosas. El PP, el principal partido de la oposición, que representa a la derecha española, la calificó, en palabras de su líder, Mariano Rajoy, como “un gran desacierto, un error descomunal”, si bien apoyó aquellos artículos en que se mejoran las ayudas y prestaciones para las víctimas de la Guerra Civil y el franquismo.

Mención aparte merece el voto en contra de ERC, la izquierda independentista catalana, el cual alinea a este partido con el PP. Que los extremos se tocan es algo muy cierto en política. Mientras que para el PP la norma reabre innecesariamente viejas heridas y confronta a los españoles, para ERC, que no aprobó ningún artículo, la LMH se queda corta y, según su portavoz, Joan Tardà, “el presidente del ejecutivo, José Luis Rodríguez Zapatero, ha condenado a una segunda muerte a las víctimas del franquismo”.

LA POSTURA DE LA IGLESIA ESPAÑOLA

El 18 de octubre del 2007, día de la aprobación de la LMH por parte de la Comisión Parlamentaria, el líder del PP, declaró en la radio con una ramplonería indigna del tema y las circunstancias: “Ahora todo el mundo va a empezar a sacar sus fosas, sus muertos y sus cosas”. Sin embargo, ¡humanas contradicciones! El señor Rajoy no tuvo nada que objetar a que la Iglesia quiera mantener viva su particular memoria histórica. El día 28 de Octubre, tres días antes de la aprobación definitiva de la LMH, en la plaza de San Pedro se llevó a cabo la beatificación más numerosa de la historia: 498 víctimas (mártires en palabras de la Iglesia) de la República y la Guerra Civil española. Y no será la última, si prospera la aspiración del episcopado de beatificar un número aún mayor de religiosos,

¹ El periodista en cuestión es Jay Allen. Citado por SANTOS Juliá (coordinador) en *Víctimas de la guerra civil*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2006.

víctimas de la República. ¿Sobra decir que la institución religiosa se opone de plano a la LMH? El arzobispo de Pamplona la considera una “ley innecesaria” porque “puede abrir heridas que el tiempo ha ido curando y esto es lo que hay que procurar: cerrar definitivamente las heridas”. El arzobispo de Sevilla, por su parte, siguiendo la retórica de la derecha, dice que España ha de mirar más al futuro que al pasado, “y si mira al pasado es para recoger todo lo bueno que nos ha dejado y no echarnos en cara mutuamente aquello que pudo ser errores o maldades”. ¿Pero acaso no fue la beatificación del 28 de octubre, que congregó alrededor de 25.000 peregrinos españoles, la celebración de una tragedia, un recuerdo de las maldades del bando republicano? Si la Iglesia española no tiene ánimo de revancha y es apolítica la beatificación ¿por qué no ha incluido a ninguno de los curas fusilados por Franco? En la lógica de la Iglesia, hay ecos de la metafísica del doble pensamiento que el comisario O’Brien de 1984 intenta inculcar al pobre Winston Smith mediante la tortura: *2 + 2 son 4 a efectos prácticos, pero si el Partido ordena que sean 5, son 5*. Investida de un poder omnímodo durante la dictadura, la Iglesia española resolvió el destino de los españoles con los imprescindibles certificados de “buena o mala conducta” que extendían los capellanes para todos los asuntos sociales, laborales o de vida y muerte, como en el caso de los consejos de guerra. La Iglesia participó codo a codo con el régimen en la represión ideológica y la imposición a la fuerza del credo católico. En las cárceles, los capellanes se ensañaban psicológicamente con los reclusos. Un preso de la prisión de Alcalá recuerda al capellán Nicasio Nieto en estos términos: “se le llenaba la boca de tanto evocar la necesidad de cortar la mala hierba. Días antes de la saca (traslado de presos para su fusilamiento), de la cual tenía conocimiento, sin duda, en un sermón, mirando insistentemente a los condenados a muerte, aseguraba que entre las buenas ovejas se escondían las venenosas, a las cuales era necesario descubrir y exterminar, para evitar el contagio”².

Durante la Guerra Civil, el cauce y la liberación de las tensiones sociales fue el asesinato. Las masas republicanas incontroladas mataban curas, terratenientes e industriales mientras que los franquistas no hicieron distinciones. Bastaba ser republicano o parecerlo para merecer la muerte. Al grito de “¡Viva la muerte!” o “¡Por Dios y por España!” el ordenado ejército franquista fusiló políticos, intelectuales, artistas (como el gran García Lorca), religiosos simpatizantes de la república o renuentes a colaborar con el nuevo régimen en la elaboración de listas negras, y sobre todo decenas de miles de jornaleros, campesinos y obreros sindicalizados (o sospechosos de estarlo) en organizaciones anarquistas, socialistas o comunistas. Nunca es suficiente recalcar que mientras en el bando de los sublevados, los franquistas³, el terror constituyó una estrategia bélica primordial, en el bando republicano la violencia nunca fue ni ordenada ni alentada por las instituciones ni por los militares fieles a la República, entre los que cabe destacar a uno de los comandantes más afamados, el general Vicente Rojo, un hombre de orden, católico y demócrata. Asimismo, es probado que varias autoridades republicanas, viéndose incapaces de controlar a las multitudes enardecidas, ayudaron a huir al exilio a eclesiásticos e industriales proporcionándoles las facilidades que su posición les permitía. La segunda diferencia entre las dos caras de la barbarie es que mientras que en el bando republicano la represión remitió tras los primeros meses del estallido de la guerra, en el bando franquista la violencia extrema contra combatientes y civiles fue una táctica militar durante la guerra y la posguerra, y nunca cejó del todo en los 40 años de dictadura. A dos meses de su final, Franco firmó, con el pulso ya tembloroso, sus cinco últimas sentencias de muerte. El “caudillo de España por la gracia de Dios”, el que ganó la guerra con la ayuda de Hitler y Mussolini, el que caminaba bajo palio sagrado junto a la jerarquía

² MORENO Francisco, *La represión en la posguerra, Víctimas de la Guerra Civil*, p. 357.

³ Los franquistas perpetraron una de las tergiversaciones de la historia más palmarias: además de autoproclamarse “Ejército Nacional”, llamaban “traidores a la patria” a los militares que permanecieron fieles a la República, que era el régimen legal, democráticamente elegido.

eclesiástica, murió matando. ¿No es el más vivo ejemplo del doble pensamiento de 1984? Si los españoles conocieran bien su historia, no les serían tan ajenos los Yihadistas.

NO TODOS LOS HISTORIADORES ESTÁN DE ACUERDO CON LA LMH, COMO CABÍA ESPERAR

Si bien numerosos juristas, historiadores e intelectuales ilustres han respaldado la LMH⁴, entre las voces discordantes destaca la del historiador Santos Juliá, coordinador de una obra colectiva titulada *Víctimas de la Guerra Civil*⁵. Para Santos Juliá no es posible legislar la memoria histórica pues ésta no existe sin olvidos voluntarios. “Por eso también, nunca podrá haber una memoria histórica, a no ser que se imponga desde el poder. Y por eso es absurda y contradictoria la idea misma de una ley de memoria histórica. ¿Qué se legisla? ¿El contenido de un relato sobre el pasado? El empeño no sólo carece de sentido, sino que revela una tentación totalitaria: no puede elaborarse un único relato sobre el pasado porque ningún pasado -menos aún el de luchas a muerte- puede conservar idéntico sentido para todos los miembros de una misma sociedad. ¿Una revisión de las injusticias más allá de una declaración moral o de medidas reparadoras? En ese caso, tendrán que venir los jueces, buscar culpables, abrir procesos, llamar a testigos, recoger pruebas, escuchar a fiscales y a abogados defensores, y sentenciar. ¿Sobre hechos sucedidos hace decenas de años?”⁶.

La revisión de la historia que propone la LMH no va en esa dirección. Por un lado, se trata de reparaciones morales y económicas sin ninguna repercusión penal. Y, en todo caso, estas reparaciones las va a asumir el Estado, no los responsables de las matanzas. Además, el texto de la Ley expresa con claridad la exclusión de toda reivindicación patrimonial, que es, en general, lo que más temen no los verdugos —demasiado viejos para preocuparse por eso— sino sus herederos. Por otro lado, no veo por qué legislar sobre la memoria histórica comporte necesariamente una intención totalitaria. La Historia al fin de cuentas es un relato sobre el pasado, una interpretación que puede llegar a variar significativamente con el tiempo y según el punto de vista. Pero hay hechos, datos y cifras tan abrumadores que no hay constructo ideológico, ni doble pensar, ni demencia semántica, ni amnesia ni reelaboración de los recuerdos que pueda con ellos. Contundentes son las cifras sobre la represión franquista. Aunque el recuento de víctimas está lejos aún de ser exhaustivo, los censos parciales demuestran que su número⁷ al menos triplica al de las del bando contrario, esto sin contar a los que murieron en combate, ni a los que padecieron largos años de prisión o de esclavitud en campos de trabajo o a los que en su huída⁸, cayeron en manos de los nazis y fueron deportados a campos de concentración, ni al medio millón de españoles que tomó el camino del exilio⁹. Es obligado señalar que en los primeros meses de la posguerra, en 1939, muchos murieron a causa de las torturas, el hambre y las condiciones inhumanas de los campos de concentración, verdaderos precursores de los campos de exterminio nazis. Es ilustrativo el relato de Miguel Regalón, un superviviente:

[54]

⁴ Garzón, según una entrevista con la agencia Reuters recogida por el periódico ABC, considera que «hubo excesos y auténticos crímenes contra la Humanidad en los primeros años de la dictadura y es necesario en algún momento establecer una comisión de la verdad, al menos para establecer qué sucedió y dejar al descubierto esta parte de la historia de España». (Febrero de 2005).

⁵ Ídem.

⁶ SANTOS Juliá, “Memorias en lugar de Memoria”, en diario El País, 2 de julio de 2006.

⁷ Los estudios más recientes indican que la cifra de asesinados por el franquismo asciende a unos 150.000.

⁸ Alrededor de 12.000. En el campo de concentración de Mauthausen murieron 5000 exiliados republicanos. En España no se ha honrado aún su memoria.

⁹ La mitad de los cuales, aproximadamente, tachados de indeseables por el gobierno colaboracionista francés, fueron obligados a regresar a la boca del lobo. Y los que no tuvieron la suerte de dar el salto a los países americanos que los acogieron (México, Chile, República Dominicana...) se encontraron abandonados en la Europa en que campeaba triunfal el fascismo. Otros fueron recluidos en campos de concentración en Francia, donde murieron a centenares por el trato despiadado y el abandono a que los sometieron las autoridades francesas.

“Fui detenido en Añora, donde estuvimos tres días sin comer. Después, andando por carretera y bien custodiados, llegamos a Pueblonuevo del Terrible. Estuvimos una noche en un caserón viejo y húmedo, hasta que a la mañana siguiente, por carretera y sin comida, nos llevaron a La Granjuela. Nos dieron una lata de sardinas y un panecillo para cuatro, y a continuación, a hacer un foso alrededor del pueblo... Llegamos a comer hierba del campo y harina de algarrobas. Allí llegaban los fascistas con autorizaciones para que les entregaran personas a las que, una vez fuera, torturaban y fusilaban”¹⁰.

Y los encarcelamientos no fueron minucia. “El número de presos en 1940, el momento culminante, alcanzó la cifra de 280.000”. Sobre las cárceles de Madrid Francisco Moreno cita a Rafael Sánchez Guerra: “puede calcularse perfectamente, y tal vez me quede corto, en 50.000 el número de detenidos entonces en la capital de España”. Estas cárceles cada día eran recorridas por camiones que se iban llenando de presos bien camino de Las Salesas para los consejos de guerra, bien camino del cementerio. El hacinamiento era la tónica y de él da cuenta el gran Miguel Hernández en relación con la cárcel de Torrijos, Madrid: “En la manta duermo muy bien... y eso que sólo tenemos palmo y medio de habitación por cabeza y cuerpo, y para volverse del otro lado hay que pedir permiso a los vecinos, que cuando les da por peerse o toser, te pudren o escupen vivo”.

Uno de los testimonios más desgarradores es el de Juana Doña en la cárcel de las Ventas (Madrid). Cuenta que quedó impresionada cuando penetró “en la galería de las madres, donde morían los niños, con el único calor del regazo de sus madres (...) Esta galería de niños era una pesadilla para toda la reclusión, más de mil mujeres estaban allí concentradas con sus hijos, algunas tenían dos o tres con ellas, por lo que la galería albergaba más de tres mil personas. Los niños en su mayoría sufrían disentería, aparte de los piojos y la sarna. El olor de aquella galería era insostenible, a las ropas estaba adheridas las materias fecales y los vómitos de los niños, ya que se secaban una y otra vez sin poderlas lavar. En aquellos momentos se había declarado una epidemia de tiña, ninguna madre a pesar de la falta de medios para cuidarles, quería desprenderse de sus hijos para llevarles a una sala, llamada enfermería de niños. Esta sala era tan trágica que los pequeños que pasaban a ella morían sin remedio, se les tiraba en jergones de crin en el suelo y se les dejaba morir sin ninguna asistencia”¹¹. (¿Debemos escuchar pues a los que claman el olvido, a los que dicen “todos fuimos muy malos”, perdonémonos y a otra cosa mariposa? Creo que en tanto no se reconozca públicamente desde las instituciones esa infinita maldad, como ha hecho Alemania con el régimen Nazi, los muertos ni los vivos pueden descansar en paz. No se trata de que los verdugos y sus cómplices entonen el mea culpa –utópico sería esperararlo– sino de que España se convierta en una democracia de pleno. Mientras los ciudadanos de las nuevas generaciones no conozcan un mínimo de su historia reciente, el ejercicio del derecho al voto no deja de ser una pantomima y con este espinoso asunto de la educación enlazamos enseguida.

¿UNA EDUCACIÓN PARA LA MEMORIA HISTÓRICA?

Santos Juliá sostiene también que sobre la Guerra Civil y la dictadura se ha escrito en tal abundancia que cuesta moverse entre la marea de papeles y que, por tanto, “no se puede mantener por más tiempo la falsa imagen de un país con dificultades para hablar de su pasado y que ha construido una democracia sobre un vacío de memoria”. (pág. 52).

A mi juicio, por ingente que sea la bibliografía existente sobre la guerra civil, nunca será suficiente, si la distorsión de la historia impuesta por los vencedores no se corrige desde las instituciones democráticas. Y con esto me refiero a promover el conocimiento de la historia y a extenderlo a la sociedad

¹⁰ MORENO Francisco, *la Represión en la posguerra*, pp. 280-81.

¹¹ Ídem, p. 300.

en su conjunto. Es rigurosamente cierto que en España se lee poco¹². Con lo que la abundante literatura que existe sobre la cuestión es manoseada una y otra vez por los mismos. Es realmente indignante que en los textos de historia del bachillerato se pase de puntillas por la Guerra Civil como si se tratara de algo tan lejano y ajeno para los escolares españoles como la batalla de las Termópilas. La historia para las grandes masas, y eso lo sabe muy bien la Iglesia, se cuenta con ritos simbólicos (como el de la beatificación masiva de mártires), monumentos, imágenes, celebraciones, martirologios y demás fechas conmemorativas. Así se ha mantenido viva en el mundo cristiano la historia de Jesucristo durante 2000 años, no mediante la lectura de San Agustín. España como nación puede y debe en mi opinión recurrir a la fuerza de los símbolos para explicar a sus ciudadanos episodios fundamentales de su historia reciente, distorsionada por el bando de los vencedores durante 40 años y luego silenciada durante 30 más por una transición y una democracia quizá en exceso cautelosas. Franco, al igual que la iglesia, sabía del poder de los símbolos y de la fragilidad de la memoria humana. “Es necesario”, decía cuando al año de su victoria militar emprendió la construcción del Valle de los Caídos— “que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido”.

Pero el mausoleo, en el que se dejaron la salud o la vida cientos de presos republicanos que participaron en su construcción como “trabajadores forzados”¹³, no fue el único símbolo. Las imágenes del régimen se extendieron por toda la geografía española. Edificios, calles, plazas, instituciones públicas, religiosas y gubernamentales ostentan monumentos, placas, lápidas, emblemas o inscripciones franquistas. No se libró, por ejemplo, la Catedral de Murcia, “en la que, pese a estar declarada Monumento Histórico Nacional, en 1939 fue esculpida en una de sus fachadas laterales en grandes caracteres el lema siguiente en honor del fundador de la falange: “*JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA ¡PRESENTE!*” que allí permanece”¹⁴.

[56]

El ser humano, por imperativo biológico, no se resigna a aceptar que lo borren del mapa. Pasar página y empezar de cero nos convertiría en menos que animales. La evolución humana se ancla precisamente en la transmisión de la cultura. Los ritos funerarios más allá de su sentido religioso tienen como fin valorar lo que nos ha dejado y enseñado el que se va. Los libros de historia no bastan, falta la liturgia (laica en este caso) para incitar a su lectura. Restringir la memoria al terreno de lo personal, como claman, como exigen, muchos detractores de la LMH es coartar el derecho de los pueblos a conocerse. La memoria es patrimonio de la sociedad, de la humanidad. Sin esa memoria social estaríamos aún en las cavernas. Como dice, Kazuo Ishiguro, con el tiempo, los pueblos como las personas, se dan cuenta de ciertas cosas. Si suprimimos la historia de porrazo, no habrá sustento para ese aprendizaje.

Aunque se hayan publicado cientos de escritos sobre la Guerra Civil y la dictadura, de poco servirán si desde las instituciones no se alienta y promueve su conocimiento. Todos los países de la Europa occidental guardan memoria de sus mártires y héroes. En cambio, España ha enterrado en la tumba del olvido a los hombres y mujeres que murieron por defender la república o por el hecho de ser familiares de aquellos, o por ser “desafectos” (es decir, por no mostrar suficiente entusiasmo por el régimen

¹² Según datos recientes del Eurobarómetro sobre los índices de lectura de la población activa española, se estima que un 42% no lee nunca o casi nunca. Sólo un 39% son lectores frecuentes. No sé cómo quedaría esta última cifra de restarle a los que sólo leen habitualmente periódicos deportivos, fotonovelas, tebeos y ficción tipo “El Código Da Vinci”, por citar una de las novelas que ha arrasado últimamente.

¹³ Según explica Isaías Lafuente, en su obra *Esclavos por la patria*, la cifra de personas reclutadas durante tres décadas para la prestación obligatoria de servicios al Estado ascendió a cien mil. El autor cuenta cómo el Patronato de Redención de Penas se encargaba de convertir a los prisioneros políticos en obreros que soportaban las más duras jornadas de trabajo en condiciones de vida infrahumanas. Gracias a ellos se realizaron obras como la del aeropuerto gallego de Lavacolla o la madrileña cárcel de Carabanchel.

¹⁴ Tomado de <http://www.galcon.com/murcia1939/aficiones477130.html>. Hay en este sitio un buen catálogo de símbolos fascistas, todos en la región de Murcia.

franquista), o por falsas delaciones de vecinos movidos por inquina, envidia o avaricia, o, simplemente, por un error de la maquinaria burocrática. Sintomático de este olvido es el escaso interés que despertó la noticia de la aprobación de la LMH entre los lectores de *El País*¹⁵. En las estadísticas de este diario, la noticia no figuró entre las 10 más leídas. El primer puesto del ranking lo ocupó la guapa Demi Moore, el segundo, la pugna entre Alonso y Hamilton y el tercero, el caso Madeleine McCann. Desgraciadamente, no estoy hablando de las preferencias de los lectores de prensa amarilla, sino de los de un diario equiparable en su calidad al francés *Le Monde*. Sin embargo, aquí no es sorprendente. España no sólo se ha olvidado de las víctimas del franquismo sino de todos sus muertos. Temo no exagerar al decir que el único español al que aquí se honra de veras es a Cervantes. Lo que abunda en el imaginario popular son visiones costumbristas de una España pícaro, chocarrera y chulesca.

LA MEMORIA DE LOS SUPERVIVIENTES

Muchos supervivientes viven, en palabras de Muñoz Molina, atrapados en la doble angustia de no rendirse al olvido y de no poder soportar el recuerdo. Las dos historias personales que referiré en seguida, de esas que los sectores conservadores no quieren hacer colectivas, ilustran esa triste experiencia. La primera, muy cortita, constituyó para mí toda una epifanía, en el sentido *joyciano*.

Hace un par de años asistí a la proyección de un documental sobre el viaje del Winipeg –el barco que en 1939 condujo a Chile 2200 refugiados españoles gracias al buen hacer de Pablo Neruda– y el destino de algunos de sus pasajeros 60 años después de la peripecia. Al término de la función, la directora del documental dio una breve charla sobre experiencias del rodaje. En el tiempo de las preguntas, uno de los espectadores, un anciano en silla de ruedas, quiso intervenir. Preso de emoción, no consiguió articular palabra. Lo intentó de nuevo pasados unos minutos con el mismo trágico resultado, hasta que su joven acompañante nos explicó, levantando la voz sobre los balbuceos del anciano, que su abuelo había sido uno de los afortunados pasajeros de aquel barco salvador. Dicho esto, dio con destreza media vuelta a la silla de ruedas y abandonaron la sala en medio de un silencio espeso.

José¹⁶, granadino de 82 años, desea olvidar. Y aquí, antes de proseguir, me remito a una cita de Schopenhauer que es también una cita de un libro que todos a los que les tienta el gusanillo de la guerra deberían leer y los demás también. El libro es *Las benévolas*, de Jonathan Littell. Y ahora sí la cita: *Más valdría que no hubiera nada. Como hay más dolor que placer en la tierra, cualquier satisfacción no es sino transitoria, y crea nuevos deseos y nuevas desesperaciones, y la agonía del animal devorado es mayor que el placer del que lo devora*. Así es. José perdió en la guerra a 11 parientes cercanos, entre ellos a su padre, su casa y extensos terrenos de pastoreo y cultivo. De los 11, unos cayeron en combate, otros fueron fusilados, un tío paterno se suicidó cuando sintió cerca las botas de la temible guardia franquista. Otro padeció 28 años de cárcel. Su padre y dos tíos más cayeron en una batida durante el trienio del terror (1947-49). José conoce el lugar preciso, en una montaña de un pueblo de Granada, de la fosa común en que yacen su padre y sus tíos. Rufino, su primo hermano, un chaval entonces, siguió temerario a la tropa entre los matorrales y presencié el asesinato. Nunca han querido desenterrarlos. No lo resistirían.

José tenía 26 años, la carrera de perito agrónomo y jamás había combatido, pero huyó tras el asesinato de su padre. Una de las tácticas del franquismo para ahogar la resistencia consistía en asesinar a las familias de los “maquis de la sierra” y a todo aquel que les ayudara en su sustento. “Hay que acabar hasta con los de teta”, recuerda José que rezaba uno de los macabros eslóganes del ejército franquista. José se refugió entre vacas y olivos en un pequeño pueblo de Teruel. Allí vivió unos años de tranquilidad y de cierta prosperidad dentro de la penuria generalizada de la posguerra. Pero la maquinaria represora del régimen acabó por encontrarlo. Volvió a huir. Con lo puesto, su mujer y dos hijos pequeños. Lograron llegar a Barcelona y allí se fundieron en el anonimato de la inmensa clase

¹⁵ El diario español de mayor tirada e influencia. Su línea es progresista y plural.

¹⁶ José prefiere que no desvele su identidad.

obrero. Comenzó a construir penosamente su identidad a partir de su nueva condición de perseguido, albañil, padre de dos hijos e inmigrante en la tribal y elitista Cataluña de entonces, fóbica a los andaluces. Cuando el régimen terminó, dos años después de la muerte de Franco, José tenía 54 años. Demasiado mayor y vapuleado por la vida para buscarse un destino mejor que el de albañil. A José no le interesa la LMH. “¡A buenas horas!”, dice. Recordar el pasado siempre le trastorna y le encoleriza. No puede reducir a palabras su experiencia. Se levanta apoyándose en su bastón, sonrío tristemente y se aleja con su paso titubeante de octogenario.

Me pregunto de nuevo: ¿Es bueno olvidar la historia del anciano en silla de ruedas, la de José y la de los cientos de miles de víctimas de la Guerra Civil? Eso sería seguir sumiendo a España en la peligrosa inocencia de los niños huérfanos.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCÁNGEL Bedmar, (coordinador), *Memoria y olvido sobre la guerra civil y la represión franquista*, Ayuntamiento de Lucena (Córdoba), 2003.
- SANTOS Juliá, (coordinador), *Víctimas de la Guerra Civil*, Ediciones Temas de hoy, S.A., Madrid, 2006.
- LAFUENTE Isaías, *Esclavos por la patria*, Ed. Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2002.
- PRESTON Paul, *Las 3 Españas del 36*, Plaza Janés editores, Barcelona 1998.
- Franco, *el gran manipulador*, FerrolAnálisis: revista de pensamiento y cultura, N.º. 20, 2006, págs. 7-19.
- SILVA Emilio, Asunción Esteban, Javier Castán y Pancho Salvador (coordinadores), *La memoria de los olvidados*, Ámbito Ediciones, S.A. Valladolid, 2004.
- ROJO José Andrés, *Vicente Rojo: Retrato de un general republicano*, Tusquets Editores, Barcelona, 2006.
- RUIZ ESTEBAN Francisco, *La partida guerrillera de Ratero y el movimiento guerrillero antifranquista en la provincia de Granada*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, Granada, 2005

Diarios españoles consultados a lo largo de la tramitación y aprobación de la LMH (de julio a octubre de 2007):

El País
La Vanguardia
El ABC
El Mundo

Páginas web:

Asociación para la recuperación de la memoria histórica: <http://www.memoriahistorica.org/>
Federación Estatal de Foros por la Memoria: Texto completo del proyecto de Ley de la memoria histórica, www.foroporlamemoria.info, 10-10-2007.

[58]

La sevicia en las masacres de la guerra colombiana

Andrés Fernando Suárez*

RESUMEN

A partir de una descripción de las masacres en la región de Urabá entre 1988 y 2002, el presente texto formula como hipótesis que el desencadenamiento de la sevicia depende de factores como el espacio/tiempo de la guerra, las representaciones del enemigo, la asimetría militar y las carencias de explotación de lo político. Según el autor, las características de la sevicia en las masacres de las décadas recientes del conflicto colombiano van a marcar un contraste con el periodo de La Violencia (1946-1965), lo cual refleja no sólo un cambio en la fenomenología del terror sino en la naturaleza de la violencia política contemporánea.

Palabras clave: Guerra, masacre, sevicia, enemigo, representaciones.

SAEVITIA IN THE MASSACRES OF THE COLOMBIAN WAR SUMMARY

Starting from a description of the massacres in the region of Urabá between 1988 and 2002, this text formulates as a hypothesis that the appearance of saevitia (excessive cruelty) depends on factors such as war space/time, representations of the enemy, military asymmetry and insufficient use of political approaches. According to the author, the characteristics of saevitia in the massacres during the recent decades in the Colombian conflict contrasts with the period known as The Violence (1946-1965), which not only reflects a change in the phenomenology of terror but in the nature of contemporary political violence.

Key words: war, massacre, saevitia (excessive cruelty), enemy, representations.

FECHA DE RECEPCIÓN: 12/08/2007

FECHA DE APROBACIÓN: 17/12/2007

Las masacres se convirtieron en el centro de gravedad de los repertorios de acción de La Violencia (1946-1965) y de la guerra contemporánea en Colombia (década de los años ochenta, noventa e inicios de los años dos mil); sin embargo, el campo de investigación de las masacres en Colombia progresivamente convirtió a las masacres de La Violencia en el lente para ver las masacres de la guerra contemporánea, lo que derivó en un opacamiento de los contrastes y que se agotó en una diferencia de grado más no de naturaleza. Es decir, las masacres de La Violencia y las de la guerra contemporánea se analizaron de forma equívoca con la misma fenomenología del terror.

La preservación de las continuidades en el estudio de las masacres generó a la vez una naturalización de los actos de sevicia dentro de estos crímenes, que impidió pensarlas por fuera del guión de “matar, rematar y contramatar”¹. Blair condensa muy bien la naturalización de la sevicia dentro de la masacre cuando señala que “la masacre es portadora de un grado excesivo de la violencia porque lleva consigo niveles de crueldad y de sufrimiento asociados a la mutilación y la manipulación de los cuerpos”². Sin embargo, este debate no se agota en la bibliografía nacional sino que se extiende a referencias internacionales, entre las cuales se encuentra una perspectiva como la de Sofsky, que inscribe a la sevicia dentro de la esencia de la masacre, como parte de la libertad absoluta de la violencia y su dinámica universal³. Por su parte, Sémelin ha cuestionado la naturalización de la sevicia dentro de las masacres, sugiriendo que es posible matar a gran escala sin que sean necesarias las atrocidades⁴.

Este artículo busca probar que hay una desnaturalización de los actos de sevicia dentro de las masacres de la guerra contemporánea colombiana, que contrasta con las de La Violencia y que eso refleja un cambio no sólo en la fenomenología del terror, sino en la naturaleza de la violencia política contemporánea.

No se trata de descentrar la sevicia del campo de las masacres, sino de recentrarla en estos crímenes, resolviendo un cuestionamiento básico: ¿Bajo qué condiciones específicas opera la sevicia dentro de una masacre?

[60]

La hipótesis de este artículo se basa empíricamente en las masacres ocurridas en Urabá entre 1988 y 2002. ¿Por qué la región de Urabá? Porque es un caso regional extremo y un icono del terror dentro de la guerra contemporánea por sus masacres y su sevicia, no sólo de los paramilitares sino también de las guerrillas. ¿Por qué entre 1988 y 2002? Porque el año 1988 marca la incursión paramilitar a Urabá cuando el control territorial era guerrillero y eso define el nudo de la guerra, mientras que el año 2002 consolida las fronteras del control territorial ahora paramilitar luego del repliegue de la guerrilla y marca el desenlace de la guerra. La guerra se centra en las márgenes de territorio de Urabá hacia el sur en el Río Atrato y hacia el oriente en la Serranía de Abibé con una presión y represión permanente sobre las comunidades de paz asentadas en los dos territorios de frontera.

El artículo tiene cinco partes. La primera define los criterios metodológicos utilizados para crear la base de datos sobre masacres y sevicia en medio de la guerra en la región de Urabá entre 1988 y 2002. La segunda describe los principales hallazgos del análisis cuantitativo, identificando la proporción de masacres con sevicia, las frecuencias y variables contrastadas con los datos de las masacres sin sevicia. La tercera parte profundiza en las masacres con sevicia a partir de un enfoque más cualitativo, atento a las características del depositario de la sevicia, los procedimientos para su elección y sus etiquetas para nombrarlo por parte del victimario. La cuarta parte enuncia y desarrolla las hipótesis sobre la sevicia y las masacres a partir de una interpretación de los resultados obtenidos. Y la quinta propone una explicación acerca de los contrastes entre las masacres de la guerra contemporánea y las de La Violencia en relación con la sevicia.

¹ URIBE Maria Victoria, “Matar, rematar y contramatar. Las masacres en el Tolima 1948-1953”, en *Controversia*, No 159-160, Bogotá, 1990.

² BLAIR Elsa, “Las masacres: la crueldad extrema y el exceso”, en *Muertes Violentas. La teatralización del exceso*. INER- Universidad de Antioquia, Medellín, 2004, p. 4.1

³ SOFSKY Wolfgang, *Traité de la violence*, París, Gallimard, 1998.

⁴ SEMELÍN Jacques, “Pensar las Masacres”, en *Memorias en Conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*. Lima, 2004.

CRITERIOS METODOLÓGICOS

Una masacre se define como el homicidio intencional de cuatro o más personas en estado de indefensión y en iguales circunstancias de modo, tiempo y lugar⁵; mientras que la sevicia se define como la causación de daño más allá del necesario para matar⁶. Su operacionalización más habitual son las mutilaciones y las laceraciones del cuerpo, y se extiende hasta el número de heridas causadas y su distribución por áreas corporales. Son los protocolos de necropsia que hace la medicina forense los que permiten develar las dimensiones más crueles de la sevicia.

A partir de los conceptos básicos y su operacionalización, se procedió a crear una base de datos utilizando como fuente de información los casos reportados por el Boletín Informativo Justicia y Paz y la Revista Noche y Niebla. El Cinep y Justicia y Paz reportan dos fuentes de información para la recopilación de los casos reportados: a) artículos de prensa de más de veinte periódicos entre nacionales, regionales y locales, y b) reportes acopiados directamente por una red de colaboradores de las dos instituciones⁷. La confiabilidad de los casos reportados viene dada no sólo por la cobertura y las fuentes de información, sino por el acceso público que facilita su constatación. Los casos reportados incluyen la fecha, el lugar de ocurrencia, una memoria de los hechos, la identidad de las víctimas y el presunto responsable. ¿Es confiable la información sobre sevicia que se reporta en los casos de masacres registrados por el Cinep y Justicia y Paz? Hay por lo menos dos razones para afirmar que sí. En primer lugar, la naturaleza y las características de la sevicia no van a escapar a los medios de comunicación ni mucho menos a las ONG de derechos humanos, tanto por su significado en cuanto a la degradación del conflicto armado, como por la lógica del acontecimiento. En segundo lugar, los actores armados en los años ochenta y noventa no fueron permeables a la presión derivada de la internacionalización de la justicia y de la lucha contra el terrorismo, convirtiendo el terror en un recurso estratégico⁸ de los actores armados nacionales y permitiendo la difusión de las prácticas de violencia extrema en sus territorios de influencia.

A partir de los casos reportados por el Boletín Justicia y Paz y la Revista Noche y Niebla se creó la base de datos sobre masacres para Urabá entre 1988 y 2002. Sin embargo, el universo de las masacres está restringido a los casos vinculados a la guerra. Si bien es cierto que la fuente de información reporta hechos de violencia política, no se incluyen dentro de la base de datos aquellos casos con información insuficiente respecto a su vinculación con la guerra. Los criterios de inclusión de las masacres van desde la identidad de la víctima en función de su pertenencia a grupos o instituciones con un carácter político hasta la identidad de los grupos que perpetraron la acción, bien porque lo han reivindicado, se lo han atribuido y no lo han negado, o simplemente porque se colige su responsabilidad mediante indicios como el porte de armas largas o el uso de uniformes. Se excluyen los casos con información insuficiente porque las masacres no son exclusivas del repertorio de violencia de la guerra, sino que se extienden hasta la criminalidad organizada y la intolerancia social⁹. Se supone además que cuando hay una guerra se produce una segmentación del monopolio de violencia dentro de un territorio¹⁰, lo que vuelve más probable la irrupción de múltiples violencias.

La base de datos incorpora los casos reportados a partir de las siguientes variables: fecha y lugar del hecho; número, sexo, ocupación y pertenencia a grupos o instituciones de las víctimas fatales;

⁵ SUÁREZ Andrés Fernando, *Identidades Políticas y Exterminio Recíproco. Masacres y guerra en Urabá 1991-2001*. IEPRI y La Carreta Editores, Bogotá, 2007. URIBE María Victoria y Vásquez, Teófilo. *Enterrar y Callar. Las masacres en Colombia 1980-1993*, Volumen 1, Bogotá, Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, Fundación Terre des Hommes, 1995.

⁶ Centro de Referencia Nacional sobre Violencia del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Glosario del Manual para el Manejo de Datos Epidemiológicos, Bogotá, 2000.

⁷ RESTREPO Jorge; Spagat, Michel y Vargas, Juan Fernando. “El conflicto en Colombia: ¿quién le hizo qué a quién? Un enfoque cuantitativo”, en *Nuestra Guerra sin Nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*. IEPRI-Universidad Nacional de Colombia y Editorial Norma, Bogotá, 2006, p. 512.

⁸ LAIR Eric, “El terror, recurso estratégico de los actores armados”, en *Análisis Político*, N° 37, IEPRI, Bogotá, 2000.

⁹ URIBE María Victoria y Vásquez, Teófilo, *Ob. Cit.*

¹⁰ KALYVAS Stathis, “La violencia en medio de la guerra civil. Un esbozo teórico”, en *Análisis Político*, N° 42, IEPRI- Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001, p. 10.

presunto responsable, signos de sevicia por modalidad, número de víctimas por sevicia, uso de listas, presencia de encapuchados, perpetradores identificados, armas utilizadas y observaciones (cuando hay información relevante sobre las circunstancias del hecho).

LAS COORDENADAS DE LA SEVICIA DENTRO DE LAS MASACRES EN URABÁ

Urabá¹¹ tuvo 103 masacres vinculadas a la guerra entre 1988 y 2002, 13 de las cuales presentaron signos de sevicia. Esto sugiere que el peso relativo de la sevicia dentro de las masacres es relativamente bajo (12,6%) en relación con lo esperado para la percepción generalizada acerca de las continuidades con el periodo de La Violencia y las características de una “nueva” guerra.

Aunque la desnaturalización de la sevicia en las masacres de Urabá cambia, no suprime la fenomenología del terror, pues una baja frecuencia en la acción de rematar y contramatar (1 de cada 10) no elimina necesariamente una alta frecuencia en la acción de matar a gran escala. Así, las 103 masacres equivalen en promedio a un caso cada dos meses; y 697 víctimas representan en promedio siete víctimas por cada caso, lo que no es menor en cuanto a su escala si se tiene en cuenta que es un territorio integrado por 14 municipios y con una población cercana a los 370.000 mil habitantes¹². Además, las masacres son perpetradas en unidades territoriales y focos poblacionales más restringidos como los barrios en los cascos urbanos, los caseríos, las veredas y las cabeceras corregimientales en las zonas rurales. La baja frecuencia de la sevicia dentro de la alta frecuencia de las masacres no mitiga, sino que por el contrario agrava el cuestionamiento moral a las masacres por su exceso en la explotación del estado de indefensión de las víctimas.

Volviendo a las características de las masacres con sevicia, es necesario identificar sus coordenadas en el espacio y el tiempo junto con su tipo de perpetrador.

La distribución espacial de las masacres con sevicia se caracterizó por su dispersión entre y dentro de las subregiones de Urabá, no sólo porque las diferencias entre subregiones fueron menores (5 en el norte, 3 en el eje bananero, 2 en el sur y el Atrato respectivamente, y 1 en el Darién chocono) sino porque se observa una alta rotación entre las espacialidades dentro de las subregiones (la totalidad de las masacres con sevicia se registraron en seis municipios y once corregimientos diferentes, siendo los corregimientos de Currulao en Turbo y Puerto Lleras en Riosucio los únicos que registraron masacres repetitivas). Por su parte, la distribución temporal se caracterizó por su concentración en el subperíodo 1995-1997 (10), en contraste con el resto del periodo 1988-2002 (1 en 1993, 1 en 1994 y 1 en 2001). Y por último, la distribución por tipo de perpetrador observó un balance asimétrico entre los grupos paramilitares (10) y las guerrillas (3).

Lo que relevan las coordenadas de las masacres con sevicia es que se encuadran dentro de las coyunturas más críticas de la guerra, pues el subperiodo 1995-1997 corresponde a la coyuntura más crítica de la guerra en Urabá, no sólo porque marca el segundo despliegue ofensivo de los grupos paramilitares sobre la región, luego de la desmovilización parcial y el repliegue derivado de la desmovilización de la guerrilla del EPL en el año 1991, sino porque se entrecruza con el agravamiento de la guerra declarada por la guerrilla de las FARC y la disidencia del EPL contra la antigua guerrilla del EPL (ahora movimiento político Esperanza, Paz y Libertad) que deriva en la conformación de los Comandos Populares. Esta coyuntura es crítica no sólo por el nuevo nudo de la guerra que se forma sino porque va a condicionar el desenlace de la guerra en Urabá. Los demás años en los que se producen masacres con sevicia no se deslindan de las coyunturas críticas como los años 1993 y 1994, los cuales

¹¹ Región conformada por los municipios de Arboletes, San Juan de Urabá, San Pedro de Urabá, Necoclí, Turbo, Apartadó, Carepa, Chigorodó, Mutatá, Murindó, Vigía del Fuerte, Riosucio, Ungía y Acandí. Según sus características sociales, económicas, políticas y culturales, Urabá se subdivide en cuatro subregiones, así: norte (Arboletes, San Juan de Urabá, San Pedro de Urabá, Necoclí y Norte de Turbo), eje bananero (Apartadó, Carepa y Sur de Turbo), sur (Chigorodó y Mutatá), atrato (Riosucio, Vigía del Fuerte y Murindó) y darien chocono (Unguía y Acandí). Ver SUÁREZ Andrés Fernando, Ob. Cit.

¹² DANE. *Censo Nacional de Población*. 1993.

marcan la recomposición militar de la disidencia del EPL, tras su desmovilización en 1991, el despliegue ofensivo de la guerrilla de las FARC para copar los territorios de la antigua guerrilla del EPL y la guerra abierta que declara la guerrilla de las FARC y la disidencia del EPL contra la antigua guerrilla del EPL y su movimiento político Esperanza, Paz y Libertad. Por su parte, el balance asimétrico entre los grupos paramilitares y la guerrilla se acota en el tiempo y el espacio. La diferencia que se observa es que la acción guerrillera está más concentrada en el tiempo y el espacio que la acción paramilitar, pues la guerrilla perpetra las masacres con sevicia en el norte y el sur sólo entre 1995 y 1997. Los paramilitares lo hacen en las cinco subregiones de Urabá y además lo repiten por fuera del subperíodo 1995-1997 en los años 1993, 1994 y 2001. Esta diferenciación genera nuevos cuestionamientos necesarios para descifrar los factores necesarios y suficientes que intervienen en la configuración de la sevicia dentro de las masacres en medio de la guerra.

La información de las masacres con sevicia es necesaria pero no suficiente para la formulación de las hipótesis. Lo que se propone entonces es colocar a las masacres con sevicia en perspectiva con las masacres sin sevicia para ver si deriva o no información nueva y pertinente.

El menor número de masacres con sevicia en las subregiones contrasta con el universo de la totalidad de las masacres. Lo que se observa es que el peso relativo de las masacres con sevicia cambia en relación con la totalidad de las masacres para cada una de las subregiones. Así, mientras el Darién chocono registra una relación 1 a 2 y el norte y el Atrato tienen una 1 a 3, el sur presenta una relación 1 a 10 y el eje bananero una 1 a 15. La singularidad del contraste estriba en que un peso relativo alto de las masacres con sevicia se da en las subregiones en las que se observa un menor número de masacres, y viceversa. Lo que se infiere entonces es que hay una relación inversamente proporcional entre la frecuencia de las masacres en el espacio y el recurso a la sevicia. Igualmente se observa una relación directamente proporcional entre la frecuencia de las masacres en el tiempo y el recurso a la sevicia (las coyunturas críticas de las masacres en Urabá entre 1995 y 1997 son las que registran el mayor peso relativo de las masacres con sevicia del periodo estudiado), pero hay excepciones como los años 1994 y 2001 en los cuales una baja frecuencia de las masacres va acompañada de una alta frecuencia de la sevicia.

A pesar de los hallazgos preliminares, lo que quizás es más relevante en cuanto a información nueva y pertinente es el encuadre cronológico y geográfico de las masacres con sevicia en relación con las masacres sin sevicia. Lo primero que se observa en cuanto a sus continuidades es que las masacres con sevicia son, o bien la primera y la única masacre que se registra en el espacio y el tiempo (no hay registro de masacres anteriores ni posteriores en el territorio donde se perpetra la masacre con sevicia en el norte y el sur), o bien es la primera de varias masacres que se reproducen en el tiempo y en el espacio (hay registro de masacres posteriores en un mismo territorio en el eje bananero y el sur pero que no van acompañadas de sevicia), o bien es la primera de varias masacres que se reproducen en el espacio pero que son intermitentes en el tiempo (hay registro de masacres repetitivas en un mismo territorio en el norte y el Atrato que si bien van acompañadas de sevicia son intermitentes en el tiempo). En contraste con lo anterior, lo más relevante en cuanto a las discontinuidades es que hay territorios en el eje bananero, con o sin masacres repetitivas, en los cuales no se registran masacres con sevicia. Será necesario entonces interpelar las continuidades y las discontinuidades en relación con la constitución de la sevicia dentro de las masacres en medio de la guerra.

Las masacres con sevicia registraron una relación 3:1 entre los grupos paramilitares y la guerrilla (10 de los grupos paramilitares y 3 de la guerrilla), y se observó que 1 de cada 5 masacres de los grupos paramilitares tuvieron sevicia frente a 1 de cada 10 en las de la guerrilla. El contraste adquiere mayor relevancia cuando se observa que la diferencia en el número de masacres perpetradas por los grupos paramilitares y la guerrilla es menor de lo esperado (57 de los grupos paramilitares y 37 de la guerrilla). Se debe interpelar no sólo por la diferencia entre la guerrilla y los grupos paramilitares, sino por el contraste entre las masacres con y sin sevicia en los grupos paramilitares.

A continuación se debe indagar por lo distintivo de las coordenadas en el espacio y el tiempo en las que se inscriben las masacres con o sin sevicia según tipo de perpetrador. Lo que se observa es que la

masacre se produce cuando y donde el territorio está etiquetado como enemigo. Los grupos paramilitares incursionan en el norte de Urabá cuando el territorio está etiquetado como zona de influencia de la guerrilla del EPL y luego de la disidencia del EPL (corregimientos El Mellito, Pueblo Nuevo y Las Changas en Necoclí, y corregimiento Pueblo Bello en Turbo). Igual sucede con el eje bananero en relación con la guerrilla del EPL en los años ochenta y la guerrilla de las FARC en los años noventa (corregimientos Nueva Colonia y Currulao en Turbo, San José de Apartadó, Churidó y Comunas 1 y 2 de Apartadó, y corregimiento Zungo en Carepa). La etiqueta se extiende hacia el sur (casco urbano de Chigorodó y corregimientos de Belén de Bajirá y Pavarandó en Mutatá), el Atrato (corregimientos Jiguaminadó y Puerto Lleras en Riosucio) y el Darién chocoano (Acandí y Unguía), pero únicamente en relación con la guerrilla de las FARC. Las FARC incursionan en el norte cuando el territorio está etiquetado como zona de influencia de los grupos paramilitares (corregimientos Pueblo Bello y Altos de Mulatos en Turbo, Las Changas y El Mellito en Necoclí, y Santa Catalina en San Pedro de Urabá). Igual sucede con el eje bananero pero en relación con los Comandos Populares vinculados a la antigua guerrilla del EPL (corregimientos de Nueva Colonia, El Tres y Currulao en Turbo, corregimiento Churidó y comuna 2 en Apartadó, y corregimiento Zungo en Carepa).

La información derivada de la exterioridad de las masacres con y sin sevicia necesita complementariedad con la información relacionada con la interioridad de las masacres con y sin sevicia respecto a las características del depositario de la sevicia (sexo, edad, ocupación y militancia política), el mecanismo para su elección (selectivo o indiscriminado), las etiquetas para nombrarlo (combatiente, militante político o auxiliador) y el repertorio de la sevicia (cortes y mutilaciones).

La primera característica distintiva de las masacres con sevicia radica en su tendencia a la individualización que se refleja, no sólo en su inscripción en masacres pequeñas entre 4 y 6 víctimas (10 de las 13 masacres son pequeñas), sino en que las víctimas depositarias de la sevicia son sólo una parte de la totalidad de las víctimas de las masacres (8 de las 13 masacres no tienen como depositarios de la sevicia a la totalidad de sus víctimas).

[64]

La segunda característica distintiva de las masacres con sevicia estriba en que la mayoría de sus 85 víctimas son hombres (74 hombres y 11 mujeres), adultos (79 adultos, 3 adultos mayores y 3 menores de edad), campesinos (77 campesinos) y sin militancia política (72 víctimas sin militancia política y 13 con militancia política). Casi la totalidad de los militantes políticos pertenecían a la Unión Patriótica (12 de 13 víctimas). Lo distintivo de la militancia política es que su relación cambia entre las masacres con sevicia y la totalidad del universo de las masacres (1:4 en la totalidad de las masacres y 1:6 en las masacres con sevicia), lo que sugiere que el factor de riesgo por sevicia se reduce con la militancia política. Parece que se prefiere matar a gran escala a los militantes políticos antes que rematarlos y contramatarlos, lo que se confirma cuando se constata que la mayoría de las masacres grandes en Urabá tienen como víctimas a los militantes políticos (Masacre de Honduras y La Negra, 17 víctimas, militantes políticos del Frente Popular, año 1988- Masacre de La Chinita, 34 víctimas, militantes políticos de Esperanza, Paz y Libertad, año 1994- Masacre de Vereda Coquitos, 26 víctimas, militantes políticos del Frente Popular, año 1988- Masacre El Aracatazo, 18 víctimas, militantes políticos de la Unión Patriótica, año 1995- Masacre de Los Kunas y Bajo del Oso, 16 y 25 víctimas, militantes políticos de Esperanza, Paz y Libertad, año 1995). La cuestión se vuelve más crítica cuando se observa que 22 de las 28 masacres con militantes políticos se concentraron en el eje bananero y el sur, pero sólo una registró sevicia. La hipótesis que se enuncia y se desarrolla más adelante es que una etiqueta como la militancia política es portadora de un sentido que el perpetrador busca explotar para potenciar la eficacia simbólica del mensaje que desea transmitir y es por eso que se eleva la frecuencia de las etiquetas políticas en las grandes masacres. La sevicia aparece si las etiquetas con las que se nombra a las víctimas no son portadoras de un sentido unívoco y diferenciado que garantice la eficacia simbólica del mensaje que desea transmitir el perpetrador. La sevicia puede marcar una diferencia entre los combatientes y los auxiliadores y así separar los mensajes que el perpetrador desea transmitir, pues si su deseo con el combatiente es aniquilación y capitulación, con el auxiliador puede ser conversión

y subordinación. Es posible que desde la racionalidad estratégica se opere una dosificación del terror en relación con los auxiliadores o colaboradores que se traduce en matar, pero sin rematar o mutilar, porque la finalidad es el control del territorio, que no puede dissociarse radicalmente del control y subordinación de la población.

La tercera característica distintiva de las masacres con sevicia tiene que ver con la ausencia o no de indicios de selectividad. Lo primero que debe señalarse es que la información es sólo parcial, pues el registro de indicios de selectividad puede escapar a la descripción del hecho por su marginalidad en relación con la sevicia. Teniendo en cuenta lo anterior, se observó que 5 de las 13 masacres con sevicia registraron mecanismos de elección de las víctimas (porte de listas, perpetradores identificados, viviendas seleccionadas y presencia de encapuchados). Las masacres con sevicia que presentaron indicios de selectividad se concentraron en el norte (2), el Darién chocono (1) y el Atrato (2). En perspectiva con las masacres sin sevicia (24 de 90), las masacres con sevicia no son necesariamente más selectivas. Incluso lo que se observa en los dos casos es que se impone una ausencia de indicios de selectividad (2 de cada 3).

La cuarta característica distintiva deriva del hecho de que, más que la presencia o ausencia de indicios de selectividad, lo decisivo es cómo se nombra y cómo se etiqueta a las víctimas para volverlas depositarias de la sevicia. Lo que se observa en las memorias de las masacres con o sin sevicia es que las víctimas son nombradas como auxiliadores, combatientes o militantes políticos. Hay una diversificación de las etiquetas que refleja una diferenciación de los tipos de vínculo con el enemigo.

A pesar de que la etiqueta como colaborador o auxiliador del enemigo es porosa, incorporando casi cualquier tipo de vínculo esporádico o no con el enemigo, a la vez que una militancia política se asume como parte constitutiva del enemigo, ninguna de las dos etiquetas es suficiente para convertir a la víctima en depositaria de la sevicia. Lo que se observa en las memorias es que quienes ordenan las masacres registran como depositarios de la sevicia a los combatientes. En una entrevista concedida al periódico *El Tiempo* en septiembre de 1997, Carlos Castaño presentó la masacre de Mapiripán como “el combate más grande que han tenido las autodefensas en su historia. Nunca habíamos dado de baja a 49 miembros de las FARC ni recuperado 47 fusiles”¹³. Luego, el propio Castaño indicó en una entrevista concedida a la *Revista Cambio* que no podía entender los cuestionamientos que se le hacían por los excesos en la masacre de Mapiripán, si las víctimas eran guerrilleros de las FARC.

La etiqueta de combatiente que se asignó a las víctimas depositarias de la sevicia en la masacre de Mapiripán por parte de los paramilitares no es nueva y coincide con su acusación universal de que sus víctimas son “guerrilleros vestido de civil” o “auxiliadores de la guerrilla”. No se necesita que las víctimas sean combatientes y que haya información confiable que sirva de respaldo, lo que se necesita es que el victimario que ejecuta se represente a su víctima como un combatiente. Es por eso que el operador de la sevicia construye un estereotipo del combatiente enemigo sobre la víctima que es depositaria del exceso a pesar de que la información sea o no suficiente y muchos menos si es o no confiable.

La presentación del combatiente como etiqueta de la víctima que es depositaria de la sevicia se puede constatar en aquellas situaciones en las cuales la ausencia de mecanismos de elección de la víctima es sustituida por la equivalencia de la víctima con el estereotipo del combatiente (hombre adulto, campesino y sin militancia política). El supuesto es que en una guerra irregular el combatiente se puede confundir con la población civil.

Y la quinta característica distintiva tiene que ver con el repertorio de las prácticas de sevicia. Lo que se observa es decapitación (9 de 13), degollamiento (3 de 13) y corte de franela, castración, incineración e incisión abdominal sin desvicación (1 de 13). Sólo 3 de las 13 masacres registraron dos prácticas de sevicia simultáneamente, una tuvo decapitación más corte de franela, otra registró decapitación más castración y la restante presentó degollamiento más incisión abdominal para desangrar a

¹³ “Va a haber muchos más mapiripanes” *El Tiempo*, 27 de Septiembre de 1997, Pág. 8A

la víctima. No hay diferencia entre las subregiones ni entre los perpetradores en cuanto a la generalización de la decapitación como principal práctica de sevicia dentro de las masacres contemporáneas en Urabá.

Estas masacres se caracterizan entonces por una baja diversificación en el repertorio de las prácticas de sevicia en comparación con las masacres de La Violencia. Pero no es sólo eso. La sevicia contemporánea parece agotarse en la ruptura del cuerpo, mientras que la de La Violencia supera la ruptura del cuerpo para operar una recomposición del cuerpo a posteriori. Uribe¹⁴ indica que se invierte el orden corporal “colocando afuera lo que estaba adentro y arriba lo que estaba abajo”. Sánchez¹⁵ va más allá y percibe en el nuevo orden corporal una manipulación deliberada del cuerpo para crear asociaciones que se conviertan en símbolos. Cortar la cabeza para luego reubicarla en el cuerpo mutilado genera una asociación que se transforma en un símbolo del cercenamiento del pensamiento del otro, castrar para luego reubicar los testículos en la boca marca la obstrucción de la palabra del otro, y extraer el feto del útero para luego reubicarlo en el vientre abierto simboliza la eliminación de la reproducción del otro. Si se reproduce la lógica del razonamiento de Sánchez, se puede afirmar que la desviceración es un símbolo muy potente porque fabrica una imagen del “enemigo sin extrañas”, lo que en el lenguaje coloquial significa un enemigo malvado y desalmado. Y así sucesivamente se puede interpretar el corte de franela y el corte de corbata, cuya singularidad estriba en que ninguna parte del cuerpo que se mutila se disocia del cuerpo. La asociación parece ser entonces una ausencia generalizada dentro de la sevicia contemporánea y con ella se opera una supresión de los símbolos como parte de la desritualización de las masacres.

HIPÓTESIS SOBRE LA SEVICIA EN LAS MASACRES CONTEMPORÁNEAS

Las características de las masacres con sevicia se convierten en una base para enunciar las hipótesis que permitan descifrar ¿Bajo qué condiciones opera la sevicia dentro de las masacres en medio de la guerra?

[66]

Lo que se propone aquí es que la operacionalización de la sevicia dentro de las masacres depende de cinco factores: a) las coordenadas de tiempo y espacio en función de la libertad absoluta de la violencia, b) las representaciones del enemigo, c) la diversificación de las etiquetas del enemigo, d) la asimetría militar con el enemigo, y e) la ausencia de objetos de explotación de lo político más allá del sujeto.

LAS COORDENADAS DEL TIEMPO Y EL ESPACIO EN FUNCIÓN DE LA LIBERTAD ABSOLUTA DE LA VIOLENCIA

La finalidad de las masacres es explotar la vulnerabilidad del territorio del enemigo y prolongar su tiempo cuanto sea posible. Las coordenadas del espacio y el tiempo son condiciones necesarias para la configuración de la sevicia, ya que su configuración necesita prolongación del tiempo y bloqueo del espacio. Sofsky señala que la sevicia es una derivación de la libertad absoluta de la violencia. Pero ésta necesita un tiempo y un espacio para su despliegue sin interferencias. El espacio debe ser aislado o bloqueado para que no haya conocimiento de la anomalía y que el enemigo no pueda interrumpir el desarrollo del acontecimiento y minimizar la explotación de la vulnerabilidad de su territorio. El tiempo debe prolongarse para maximizar y diversificar la explotación de la vulnerabilidad. Sofsky señala que “la masacre quiere frenar el tiempo, prolongar la agonía y diversificar la violencia. Una muerte rápida pone fin a la masacre, de ahí la necesidad de inventar siempre nuevas atrocidades”¹⁶.

Lo que Sofsky registra como una característica universal de las masacres no sólo no lo es, sino que es apenas una particularidad como la de la sevicia dentro de las masacres. El caso de Urabá permite

¹⁴ URIBE María Victoria, Ob. Cit., pp. 96 y 97.

¹⁵ SÁNCHEZ Gonzalo, *Guerra y Política en la Sociedad Colombiana*, El Áncora Editores, Bogotá, 1991, pp. 34-35.

¹⁶ SOFSKY, Wolfgang, Ob. Cit.

constatar que hay una diferenciación de las masacres según sus coordenadas en el tiempo y el espacio, y que éstas a su vez explican en parte la frecuencia de la sevicia en el norte, el Atrato y el Darién chocono en contraste con el eje bananero y el sur.

Los contrastes entre el norte y el eje bananero no sólo son geográficos, sino demográficos y económicos. Eso incide en lo distintivo de las coordenadas en el tiempo y el espacio de las masacres con y sin sevicia. A comienzos de los años noventa, el norte contaba con la mitad de la población del eje bananero. Además, el norte registraba una alta dispersión de su población en zonas rurales que contrastaba con una alta concentración de población del eje bananero en cascos urbanos. Así mismo, la brecha entre el norte y el eje bananero se agravó aún más por una diferenciación en cuanto a su economía. Antes de su conversión económica hacia el latifundio ganadero, el norte registró una economía campesina con baja tecnificación basada en la explotación del minifundio y un bajo nivel de desarrollo económico. En contraste con lo anterior, el eje bananero tuvo una economía capitalista basada en la agricultura comercial de banano para exportación y un alto nivel de desarrollo económico. Las diferencias en lo económico son relevantes porque inciden en una integración no sólo territorial (infraestructura vial y de comunicaciones) sino social (redes de interdependencia derivadas de la división social del trabajo). La desintegración territorial favorece el aislamiento del espacio y la desintegración social la prolongación del tiempo, todo lo cual permite que no se detecten con prontitud las anomalías.

El norte reproduce características geográficas, demográficas y económicas favorables para la consumación de la sevicia que contrastan con el eje bananero. Lo que se observa en el norte se agrava aún más en el Atrato (baja población, alta dispersión rural, alta extensión territorial, eje vial marítimo y zona selvática), mientras que el sur se ubica en una mixtura entre las características del norte y el eje bananero (una parte de Chigorodó está integrada con el eje bananero y una parte de Mutatá colinda con el bajo Atrato).

En consonancia con lo anterior, se pueden identificar cuatro asociaciones en las coordenadas del espacio y el tiempo de las masacres registradas en Urabá, y su relación con la consumación o no de la sevicia.

El primer caso son las masacres perpetradas en los cascos urbanos en los cuales se registra una alta concentración de población. El hecho violento se materializa con una incursión de los perpetradores dentro del territorio mediante un ataque indiscriminado y un repliegue inmediato. No hay tiempo para el desarrollo de una secuencia interna entre la incursión y la finalización del acontecimiento. El espacio urbano con una alta concentración de población no puede bloquearse o aislarse, a la vez que el tiempo es restringido porque la anomalía es detectada con prontitud. Este tipo de masacres se registró mayoritariamente en los cascos urbanos del eje bananero (Apartadó, Carepa y los corregimientos Currulao y El Tres de Turbo) y el sur (Chigorodó). Se incluyen casos relevantes como las masacres de La Chinita en Apartadó (34 víctimas, 1994, FARC), El Aracatazo en Chigorodó (18 víctimas, 1995, Paramilitares) y El Golazo en Apartadó (10 víctimas, 1996, Paramilitares).

El segundo caso son las masacres perpetradas en las fincas bananeras o las vías comunales que interconectan a las fincas bananeras entre sí. El hecho violento se materializa mediante una incursión de los perpetradores a las fincas bananeras o una intercepción de los buses que transportan a los obreros y que luego son desviados a una finca o una vía comunal. El espacio puede ser bloqueado más no aislado, además de que el tiempo es restringido porque la anomalía se detecta con prontitud. La cuestión del bloqueo antes que el aislamiento deriva de una interconexión de las fincas bananeras, mientras que el tiempo restringido se basa en una anomalía prontamente detectada no sólo porque el bus no llegó a tiempo a la finca bananera sino porque la división social del trabajo dentro de un circuito económico de producción capitalista con vocación exportadora registra cualquier anomalía desde los retrasos y los incumplimientos. La parálisis de la producción generada por el tiempo de la masacre activa la anomalía. La totalidad de las masacres de este tipo se produjo en las fincas del eje bananero y sus casos más sobresalientes fueron las masacres de Bajo del Oso en Apartadó (25 víctimas, 1995,

FARC), Los Kunas en Carepa (16 víctimas, 1995, FARC), Nueva Colonia y Currulao en Turbo (12 víctimas, 1993, Comandos Populares) y Osaka en Carepa (10 víctimas, 1996, FARC).

El tercer caso son las masacres perpetradas en las veredas ubicadas en zonas de economía campesina deprimida o áreas de colonización. El hecho violento se materializa mediante una incursión de los perpetradores a un espacio aislado y bloqueado que les garantiza una prolongación del tiempo. El espacio puede ser aislado y bloqueado porque está distante de los cascos urbanos o porque no hay infraestructura vial y de comunicaciones (o ésta es deficiente). Pero también puede ser bloqueado y aislado porque las viviendas en las veredas están separadas según la extensión de las fincas, lo que garantiza que una anomalía dentro de una finca no pueda ser detectada con facilidad en las demás. Hay dos alternativas de prolongación del tiempo dentro del espacio rural, una es agrupar a la totalidad de la población que habita la vereda en una escuela o un espacio comunitario, mientras que la otra es incursionar por separado en cada finca explotando la distancia entre las viviendas (que depende de la extensión de las fincas y de la localización de la vivienda dentro de la finca), lo que reduce las probabilidades de detectar con prontitud la anomalía. Este tipo de masacres se registró mayoritariamente en las veredas de los corregimientos San José de Apartadó en Apartadó, Santa Catalina en San Pedro de Urabá y Belén de Bajirá en Mutatá.

Y el cuarto caso son las masacres perpetradas en los cascos urbanos con una concentración de población baja (especialmente en las cabeceras de corregimientos de las zonas rurales) y que además se localizan en áreas campesinas deprimidas, pueblos ribereños de pescadores y zonas de colonización. El hecho violento se materializa mediante una incursión de los perpetradores que aprovechan el aislamiento del espacio y su fácil bloqueo, explotando además la prolongación del tiempo. Además de la distancia entre los cascos urbanos de los corregimientos y las cabeceras municipales, las deficiencias en la infraestructura vial facilitan el aislamiento y el bloqueo sin que haya mayor riesgo de que la anomalía sea detectada. La desintegración social y territorial generada por una economía campesina deprimida o una economía de subsistencia favorecen a una anomalía que se puede prolongar en el tiempo sin ser detectada. A la cuestión de la anomalía no detectada se agrega una oportunidad para la prolongación del tiempo que deriva del hecho de que la población esté concentrada y eso garantiza no sólo que haya espectadores sino que la masacre pueda inventarse y diversificar las atrocidades. Este tipo de masacres se registró en el norte y el Atrato. Los casos más sobresalientes incluyen las masacres de Pueblo Bello y Alto de Mulatos en Turbo (15 víctimas, 1996, FARC-Disidencia del EPL), Puerto Lleras en Riosucio (14 víctimas, 1997, Paramilitares) y Pavarandó en Mutatá (10 víctimas, 1997, Paramilitares).

Las coordenadas de tiempo y espacio del tercer y cuarto tipo garantizan la libertad absoluta de violencia que necesita la sevicia para su consumación. La prevalencia de las coordenadas del cuarto tipo en el norte y el Atrato permiten descifrar por qué su mayor proporción de sevicia en comparación con el eje bananero en donde hay prevalencia de las coordenadas del primer y segundo tipo. Sin embargo, ese contraste no parece suficiente como para agotar la operacionalización de la sevicia en las coordenadas del tiempo y el espacio. En primer lugar, las coordenadas en el espacio y el tiempo del tercer y cuarto tipo no cambian, pero la sevicia en sus masacres sí. Recuérdese que la masacre con sevicia se restringe a la primera cuando hay masacres repetitivas. En segundo lugar, las coordenadas en el espacio y el tiempo del segundo tipo no impiden la operacionalización de la sevicia, mucho menos cuando se piensa en la precaria sofisticación de las prácticas de sevicia que se han implementado. Lo anterior pone en evidencia que las oportunidades en sí mismas no hacen a un operador de sevicia y que es necesario explorar nuevas perspectivas.

LAS REPRESENTACIONES DEL ENEMIGO

No hay sevicia sin operador y eso supone penetrar en su interioridad para entenderlo. Lo primero que debe señalarse es el consenso dentro del acumulado investigativo de la sociología y la antropología acerca de que ser un operador de sevicia exige una conversión moral profunda¹⁷. El operador de sevi-

¹⁷ SÉMELIN Jacques, Ob. Cit.

cia debe suprimir la culpa. María Victoria Uribe¹⁸ propone que la conversión del operador de sevicia se basa en una representación de la víctima como animal. Si la víctima se convierte en animal desde las representaciones del victimario, la sevicia se vuelve entonces una réplica de los procedimientos y las técnicas que se despliegan en el sacrificio de los animales. La animalización de la víctima genera una indiferencia que es necesaria para eliminarla. Además de que se está centrando el animal y la indiferencia, los animales deben ser domésticos para que su sacrificio garantice su consumo simbólico y se asegure así su equivalencia con la figura del carnicero¹⁹.

A pesar de su consenso generalizado en Colombia, lo que se le interpela a la teoría de la animalización es la ausencia del enemigo dentro de las representaciones del victimario en relación con su víctima y la ausencia de hipótesis acerca de los mecanismos y los procesos que intervienen en la conversión del operador de sevicia.

Una de las características relevantes de las masacres con sevicia es que las víctimas son nombradas como enemigos antes que como animales. El hecho es relevante porque demuestra que la condición necesaria para la operacionalización de la sevicia no es la animalización o la deshumanización sino la enemistad absoluta. La víctima no es indiferente para el victimario sino que es la depositaria de su sentimiento de hostilidad y sobre la que se proyecta un odio profundo. La sevicia es animada entonces por las pasiones que genera el enemigo y no por la indiferencia. Sustituir la hostilidad por la indiferencia conduce a derogar el sentido del cual es portador la práctica de sevicia.

Sustituir un enemigo por un animal significa disolver la esencia del enemigo, cuando el animal es relevante no porque suprima el enemigo, sino porque lo prolonga. La alta prevalencia de la animalización en el genocidio tutsi (el que los hutus radicales nombraron a los tutsi como “cucarachas”) permite constatar que la proyección del enemigo sobre el animal es lo que impulsa a la consumación de la sevicia y no la sustitución del uno por el otro. La prevalencia de la nominación del tutsi como “cucaracha” es una animalización que proyecta la enemistad absoluta del hutu radical derivada de su historia política contemporánea marcada por una discriminación racial fabricada por la colonización belga y que permitió a la minoría tutsi gobernar en contra de la mayoría hutu. La cucaracha simboliza a los tutsi como minoría si se tiene en cuenta que es un animal pequeño, pero a la vez proyecta una mayoría hutu porque es un animal que se puede extirpar fácilmente con un objeto de mayor peso. También prolonga la discriminación racial en la medida en que el color de la cucaracha refleja el color de piel que diferencia a los tutsi de los hutu (marrón en los tutsi y negro en los hutu). Y, por último, el contexto de guerra en el que se produce el genocidio tutsi con la expansión del Frente Patriótico Ruandés desde el norte, la prolongación de la guerra desde la descolonización de los años 60 sin que se haya podido exterminar a los tutsi y su crecimiento demográfico en la vecina Uganda, convierte a la cucaracha en un animal que connota una plaga con capacidad para reproducirse y esparcirse aún en situaciones críticas y adversas.

A la indiferencia que suprime la enemistad y el animal que reemplaza al enemigo, la teoría de la animalización de María Victoria Uribe agrega un acento en los animales domésticos cuyo sacrificio garantiza su consumo simbólico. Además de que no hay indicios de que las víctimas sean nombradas como animales dentro de las masacres con sevicia en Urabá, los animales domésticos no sólo se oponen a una repulsión que facilita la eliminación (cucarachas en el genocidio tutsi, ratas en el holocausto judío e insectos en las guerras contemporáneas de África) sino que se acerca a una empatía que obstaculiza su aniquilación porque el animal doméstico en el imaginario del mundo campesino se vuelve parte del mundo de los hombres. La disyuntiva se resuelve cuando animales como el cerdo y la gallina son desprovistos de su carácter doméstico para remarcar su dimensión repulsiva (como en el caso del cerdo) o su carácter peyorativo (como en el caso de la gallina).

¹⁸ URIBE María Victoria, Ob. Cit.

¹⁹ Ídem.

El límite de la teoría de la animalización estriba entonces en que convierte la sevicia, desde la representación del victimario, en una cuestión de procedimientos y técnicas análogas a las del sacrificio de animales que provoca una supresión de su sentido. La animalización está excesivamente centrada en la conversión de la víctima y su efecto en la supresión de la culpa del victimario. Por lo tanto, lo relevante es que el victimario convierta a la víctima en animal y permita la sevicia, haciendo de su materialización una derivación lógicamente necesaria que consiste en que sólo se puede matar como animal a quien anticipadamente haya sido designado como animal. A lo anterior debe añadirse que es necesario descentrar al victimario y recentrar a la víctima desde su representación como enemigo, ya que las pasiones como factores desencadenantes de la sevicia derivan de las representaciones del enemigo. Y es el enemigo antes que el animal el que da sentido a la consumación de la sevicia desde la interdependencia del victimario y la víctima.

El giro en la teoría de la animalización centrando el enemigo no inválida la versión original, por el contrario, lo que procura es que se incorporen nuevas perspectivas. La cuestión es relevante porque la sevicia puede derivar no sólo del exceso de sentido sino de su supresión. Lo que permite entender bajo qué condiciones la sevicia se opera desde el exceso o desde la supresión de sentido son los mecanismos que intervienen en la fabricación del operador de sevicia.

Sémelin se acerca a los mecanismos que inciden en la fabricación de un operador de sevicia cuando establece una diferenciación entre quien ordena y quien ejecuta una masacre²⁰. Pero va más allá. Sugiere que el que ordena incide directamente en la conversión de quien ejecuta, pero restringe su campo de acción a la garantía de impunidad total y la provisión de beneficios materiales. Es posible que la impunidad le permita a quien ejecuta librarse de la reprobación de otros, pero no necesariamente tramitar su culpa. Lo que se propone aquí para ir más allá de lo que sugiere Sémelin, es que el ordenador opera la conversión del ejecutor a través de la incidencia en sus emociones, así: a) explotando el odio del victimario que ha sido víctima, b) agravando el miedo hacia el enemigo y c) suprimiendo la empatía con el enemigo.

[70]

a) explotar el odio del victimario que ha sido víctima. En sus “divagaciones sobre la venganza, la justicia y la reconciliación”²¹, Orozco le devuelve a la guerra la centralidad del vengador (víctima que se convierte en victimario). Lo que es relevante del artículo en cuestión respecto a la fabricación del operador de sevicia son las representaciones que el victimario tiene de sí mismo y de su víctima como enemigo. Orozco sugiere que el victimario se representa a sí mismo como víctima-victimario-inocente, mientras que representa a su víctima como victimario-víctima-culpable.

La cuestión es central porque evidencia que el victimario transfiere la culpa a la víctima²². Si es necesario interpelar si ser víctima es suficiente para convertirse en victimario, mucho más lo es cuestionar si ser victimario es suficiente para convertirse en operador de sevicia.

En el primer caso, Orozco afirma que la venganza deriva de la inoperancia de la justicia²³, mientras que Kalyvas sugiere que ésta deriva de una baja probabilidad de retaliación²⁴. Kalyvas sugiere incluso que las zonas grises entre victimarios y víctimas son mucho más densas cuando se piensa en las víctimas que se convierten en victimarios no como operadores de violencia sino como informantes o financiadores²⁵. Lo que se propone aquí es que los vínculos con la criminalidad organizada pueden acelerar el paso desde víctima hacia victimario en medio de la guerra, lo que significa que la suspensión moral es anterior a la guerra y que ésta lo que hace es agravarla antes que crearla. La hipótesis

²⁰ SÉMELIN Jacques, Ob. Cit.

²¹ OROZCO Abad Iván, “La posguerra colombiana: divagaciones sobre la venganza, la justicia y la reconciliación”, en *Análisis Político*, N° 46, IEPRI, Bogotá, 2003, pp. 78-99.

²² Arzobispado de Guatemala, *Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica: Guatemala Nunca Más*, Guatemala, 2002, Tomo I.

²³ OROZCO Abad Iván, Ob. Cit.

²⁴ KALYVAS Stathis, Ob. Cit., pp. 3-25.

²⁵ Ídem.

es plausible si se tiene en cuenta el parentesco entre el narcotráfico y los paramilitares en Colombia. La ambigüedad del narcotráfico en relación con la sevicia es que puede desencadenarla pero a la vez regularla a partir de la interferencia de la racionalidad vinculada a la empresa económica. A pesar de lo anterior, la conversión de la víctima en victimario no se agota en las oportunidades, hay principios éticos y preceptos religiosos que intervienen para bloquear el tránsito.

En el segundo caso, lo que se propone aquí es que el victimario se vuelve operador de sevicia, no desde su calidad de víctima únicamente, sino desde cómo se convirtió en víctima. El cómo se mató condiciona si la venganza se agota en matar o se extiende a rematar y contramatar. Pero no es sólo eso. El acceso o no a los individuos que por su acción directa lo volvieron víctima es relevante.

Sobre el cómo, el odio agravado del victimario deriva de su experiencia traumática como víctima cuando carece de un cuerpo o cuando el cuerpo ha sido torturado o mutilado, todo lo cual no sólo impide, sino que obstaculiza la elaboración del duelo. Sobre el cuerpo ausente, su capacidad para agravar el dolor de la víctima consiste no sólo en lo incierto del desenlace (el limbo entre la vida y la muerte) sino en el tormento sobre los suplicios y los sufrimientos que pudo haber padecido la víctima (modalidades de tortura). Sobre el cuerpo torturado o mutilado, el dolor de la víctima se agrava por los suplicios y la barbarie de los que fue objeto la víctima. El repertorio de las experiencias traumáticas que están detrás de la víctima que se vuelve victimario no se agotan en el cuerpo ausente o el cuerpo torturado y mutilado, sino que se extienden hasta el número de las víctimas (exterminio de su entorno afectivo próximo) hasta las cargas emocionales que se depositaban en las víctimas a pesar de que se les mate sin rematar ni contratar (esposa, hijos, padres y amigos). Las cargas emotivas del dolor y el odio se invierten para producir un vengador con capacidad de derogar los límites morales en el uso de la violencia, porque si algo distingue a un vengador es que su venganza esperada debe ser más brutal y más dolorosa que la experiencia traumática que lo convirtió en una víctima.

Sin embargo, la venganza necesita un depositario para realizarse. El depositario desde la perspectiva del vengador es el individuo responsable de su experiencia traumática como víctima. El vengador busca siempre a los individuos concretos porque su causa es personal, pero cuando no tiene acceso a los victimarios materiales, el límite de la venganza se vuelve difuso y opaco. La incapacidad de acceder a los individuos puede favorecer la desindividualización de la venganza y lo que hace entonces el vengador es transferir la culpa de un individuo hacia su grupo de pertenencia. El victimario nunca percibe a su víctima como un extraño sino como un enemigo. A pesar de que el operador de sevicia necesita listas, encapuchados o perpetradores identificados para la elección de las víctimas, lo que sugiere que no hay un conocimiento personal y directo con la víctima, lo que el operador de sevicia ve, no es un extraño sobre el que se pueda desplegar con libertad absoluta la violencia, sino a su victimario que es el depositario del odio. El don de la ubicuidad de la enemistad convierte una relación entre extraños en una relación entre enemigos y cambia la distancia por la cercanía emocional a través del odio y la hostilidad. Todo esto no excluye que la venganza pierda su límite aún si el vengador tiene acceso a los individuos concretos. Lo que hace el que ordena es persuadir a quien ejecuta de que la culpa no puede restringirse a quien accionó el arma, sino que debe extenderse hasta los que le colaboraron y los que le ordenaron. El papel de quien ordena es explotar el odio de quien ejecuta y lo hace no sólo recreando sino prolongando los alcances de su experiencia traumática. Es necesario aclarar que las emociones no siempre son anteriores a la guerra sino que derivan de su devenir, lo que significa que un victimario se puede representar a sí mismo como víctima en el curso de la guerra y ser un portador de odio hacia el enemigo por los compañeros de armas que han caído dentro y fuera de combate. Sofsky señala que “el espíritu del sacrificio se ve acompañado por la compenetración con los camaradas” y que “cuanto mayor es el sufrimiento y la destrucción, más firme es la voluntad de seguir luchando, pues no puede ser que ninguno de los muchos muertos hayan caído en vano. Los vivos tienen que seguir luchando por los muertos propios”²⁶.

²⁶ Sofsky, Wolfgang. *Tiempos de Horror. Amok, violencia, guerra*. Editorial Siglo XXI. Madrid, 2004. Pp. 127-128

A pesar de lo anterior, es probable que el portador del odio por haber sido víctima no sea el victimario-ejecutor sino el victimario-ordenador. Lo que se cuestiona entonces es cómo se fabrica un operador de sevicia si no hay un odio por explotar en el victimario-ejecutor. Si no hay un verdugo voluntario entonces hay que fabricarlo y el victimario-ordenador convierte entonces su odio en un medio para inventar los mecanismos que conduzcan a crear o a suprimir las emociones en el victimario-ejecutor.

b) agravar el miedo hacia el enemigo y c) suprimir la empatía con el enemigo. Los dos mecanismos son interdependientes y lo que los distingue es que derivan más del que ordena que de quien ejecuta. El miedo hacia el enemigo es producto de una representación mítica del enemigo que construye el que ordena la masacre desde su experiencia traumática como víctima y que se centra en su brutalidad y su barbarie sin vacilación. Lo que se le dice a un operador de sevicia es que si él vacila en la consumación de la sevicia, su enemigo no lo hará. Sin embargo, hay una contradicción que el ordenador debe resolver: ¿Cómo convierte la parálisis y la inacción derivada del miedo en un impulso y una acción? Las escuelas de descuartizamiento de las cuales se tuvo conocimiento en el marco de la Ley de Justicia y Paz podrían ayudar a entender cómo opera el mecanismo. Lo que hace entonces el ordenador para invertir la parálisis del miedo es enfrentar a los ejecutores ante una experiencia traumática como las escuelas de descuartizamiento para probar su capacidad para afrontar el miedo en una situación extrema. Lo que busca el ordenador con la inversión del miedo es que los ejecutores asimilen que aniquilar el enemigo con anticipación es una cuestión de supervivencia. El miedo a la muerte propia puede convertir la parálisis en acción. El mito del enemigo opera como una profecía que se cumple a sí misma, pues se va llenando de hechos cumplidos que lo único que hacen es validar cada vez más las representaciones del enemigo que se han construido. La inversión del miedo se conecta directamente con el mecanismo faltante vinculado a la supresión de la empatía con el enemigo. Lo que busca la escuela de descuartizamiento es que el entrenamiento derive en el desprecio por la vida y la indiferencia ante el sufrimiento²⁷. Suprimir la empatía significa entonces que “no se tiene nada en común con el enemigo y es peligroso e irracional alimentar sentimientos humanos hacia él y aplicarles criterios éticos”²⁸. A partir de los enunciados de Sofsky, la culpa que acompaña un rito de sacrificio como el descuartizamiento en el que los individuos además de que no hacen presencia voluntariamente sino que además no pueden eliminar la empatía con una víctima que es un extraño con el cual no tienen ningún vínculo emocional que sirva como razón para su aniquilación, se puede suprimir cuando el rito de violencia es grupal porque se “reparte en los hombros de todos, de modo que ninguno de ellos llega a sentirla. Al fundirse con el cuerpo colectivo de la violencia, cada cual se libera de su naturaleza individual”²⁹. Todo esto significa que el operador de sevicia puede suprimir su culpa desde un repertorio de alternativas que va desde transferírsela a la víctima y socializarla entre los victimarios-ejecutores hasta transferírsela a los victimarios-ordenadores desde la obediencia a una orden.

La representación del enemigo puede ser necesaria pero no suficiente, pues nombrar a la víctima como enemigo no cambia, pero la sevicia dentro de las masacres sí. A pesar de ello, hay un hecho relevante dentro de las masacres con sevicia que puede servir para descifrar los factores detonantes que operan en la consumación de la sevicia. Las víctimas depositarias de la sevicia dentro de las masacres son sólo una parte y no la totalidad de las víctimas, lo que significa que hay descifrar lo que se esconde detrás de la individualización de la sevicia para ver cuando un enemigo se convierte en su depositario.

²⁷ *Proyecto Interdiocesano para la Recuperación de la Memoria Histórica*, Ob. Cit.

²⁸ SPILLMANN Kart y Spillmann Katy, “La imagen del enemigo y la escalada del conflicto”, en *Revue Internationale des Sciences Sociales*, N° 127, París, 1991.

²⁹ SOFSKY Wolfgang, *Tiempos de Horror*, Ob. Cit., p. 27.

LA DIVERSIFICACIÓN DE LAS ETIQUETAS DEL ENEMIGO

No hay sevicia sin operador, pero tampoco sin depositario. Si la representación del enemigo no es suficiente, probablemente haya que diferenciar internamente dentro del universo del enemigo para ubicar las etiquetas con base en las cuales se opera la sevicia. Lo que se propone aquí es que hay una diversificación interna dentro de las etiquetas del enemigo entre combatiente, militante político y auxiliador, siendo el combatiente el depositario de la sevicia.

¿Cuál es la base para afirmar que la etiqueta de combatiente en la representación del enemigo es la que define a la víctima que es depositaria de la sevicia? En primer lugar, el estereotipo del combatiente derivado de las características de la víctima depositaria de la sevicia. En segundo lugar, el hecho de que los militantes políticos tuvieron una baja proporción dentro de las víctimas de la sevicia a pesar de su alta proporción dentro del universo total de las masacres. En tercer lugar, el hecho que las víctimas acusadas universalmente como auxiliadores no sean únicamente hombres sino mujeres, niños y ancianos, contrasta con el hecho de que la mayoría de los casos son los hombres que se acercan al estereotipo del combatiente los que se convierten en depositarios de la sevicia. A los militantes políticos, los auxiliadores y los combatientes se les mata por igual, pero es sólo a los combatientes o su estereotipo a los que se les remata y se les contramata.

La masacre con sevicia que es la primera de una secuencia de masacres sin sevicia puede derivar de la carencia de información que permita diferenciar las etiquetas del enemigo y es por eso que el estereotipo opera como un sustituto. Las masacres siguientes no van acompañadas con sevicia porque los victimarios pueden actuar como una fuerza de control territorial y eso garantiza que haya un acervo de información mínimo o necesario para diferenciar las etiquetas del enemigo. La ausencia de sevicia de las masacres posteriores puede validar la hipótesis de Gutiérrez y Barón acerca de la compartimentación del aparato militar de la guerrilla en relación con sus bases sociales y políticas. “El principal enemigo de los grupos paramilitares y el Estado es una guerrilla con un débil apoyo social pero con un aparato militar fuerte, así que la estrategia paramilitar estándar de quitarle el agua al pez permitió la expansión territorial, pero no debilitó el aparato militar (...) La guerrilla de las FARC no depende críticamente de su contacto con la población, no estamos frente a un pez (por lo menos frente a uno convencional) y puede vivir sin agua (o con muy poca agua)”³⁰. Por su parte, la sevicia en masacres repetitivas pero intermitentes en el tiempo se distinguen por el hecho de que reproducen la lógica de la masacre inaugural, lo que deriva del hecho de que los perpetradores actúan como una fuerza expedicionaria que no puede o no se propone convertirse en una fuerza de control territorial.

Lo que debe entonces resolverse con la diferenciación de las etiquetas del enemigo es por qué los combatientes se vuelven los depositarios de la sevicia y no los militantes políticos o los auxiliadores.

LA ASIMETRÍA MILITAR CON EL ENEMIGO

¿Por qué el combatiente se convierte en el depositario de la sevicia? Lo que se propone aquí es que el balance militar asimétrico entre los grupos paramilitares y la guerrilla, agravado por la inoperancia militar de los paramilitares, es lo que vuelve a la masacre el reverso del combate desde la perspectiva de los victimarios.

Si algo es distintivo del conflicto armado en Colombia es la simultaneidad entre la expansión territorial paramilitar y la expansión militar guerrillera desde la segunda mitad de los años noventa. ¿Cómo es posible que haya expansiones simultáneas? En primer lugar, Gutiérrez y Barón responden que la simultaneidad fue posible por la compartimentación y autonomía del aparato militar de la guerrilla en relación con sus bases sociales y políticas, así como por su capacidad bélica y su combatividad. La compartimentación permitió que el aparato militar quedara blindado frente a los efectos

³⁰ GUTIÉRREZ Francisco y Barón Mauricio, “Estado, control territorial y orden político en Colombia”, en *Nuestra Guerra sin Nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Ob. cit., pp. 297 y 305.

erosivos de la pérdida de una base social y política por la acción de los grupos paramilitares. En segundo lugar, la crisis del Estado permitió las expansiones simultáneas de los paramilitares en lo territorial y la guerrilla en lo militar. Lo distintivo de las expansiones simultáneas es que la expansión territorial de los paramilitares no significó necesariamente una derrota militar para la guerrilla. Restrepo, Spagat y Vargas sugieren incluso que los grupos paramilitares no sólo han sido militarmente inoperantes contra la guerrilla sino que cuando se deciden a confrontarla directamente la asimetría militar pone en riesgo la pervivencia de las simultaneidades (la expansión militar de la guerrilla puede erosionar la expansión territorial de los paramilitares)³¹.

El balance militar asimétrico conduce a que los paramilitares conviertan a la masacre en el reverso del combate. Lo que busca la masacre es colocar en estado de indefensión a un enemigo que por su superioridad y su capacidad militar no puede ser derrotado en combate. ¿Cuáles son los indicios para proponer que la masacre es el reverso del combate? En primer lugar, el uso de uniformes y el porte de armas largas puede ser una exageración en la explotación del estado de indefensión de las víctimas, pero lo que eso connota es una necesidad en el victimario por afirmar su identidad como combatiente en relación con la víctima. En segundo lugar, el ritual de la masacre con el uso de listas y la formación de las víctimas en filas parece recrear en parte un orden militar desde las percepciones del victimario que además opera mentalmente una analogía entre la masacre y el fusilamiento. En tercer lugar, el silencio de las víctimas, derivado del estado de indefensión y la coacción brutal que acompaña a una masacre, es percibido por el victimario como sinónimo de la culpabilidad de las víctimas y la derrota del enemigo, “volviendo a la masacre el corolario de la victoria”³². En cuarto lugar, los paramilitares reportan las víctimas de sus masacres como “datos de baja”, un término típico del argot militar para reseñar los muertos en combate.

Si es el combatiente y no el militante político el depositario de la sevicia desde la perspectiva del operador de violencia, lo que debe interpelarse entonces es cuál es el significado de lo político que está detrás de las características de la sevicia en las masacres contemporáneas. La cuestión se vuelve más crítica cuando se piensa que las masacres con sevicia se concentran en el norte y el Atrato más no en el eje bananero y el sur, lo que contrasta con una baja frecuencia de la sevicia en los focos de concentración de las masacres en Urabá y donde simultáneamente se concentran las víctimas que eran a su vez militantes políticos.

LA AUSENCIA DE OBJETOS DE EXPLOTACIÓN DE LO POLÍTICO MÁS ALLÁ DEL SUJETO

Si se compara el contexto político del norte y el Atrato con el eje bananero y el sur, se observa que la antigua guerrilla del EPL en el norte y la guerrilla de las FARC en el Atrato tuvieron más trabajo militar que político y social. En contraste con lo anterior, en el eje bananero y el sur la antigua guerrilla del EPL y la guerrilla de las FARC no sólo tuvieron más trabajo político y social que militar, sino que registraron éxito social y político en los años ochenta y parte de los noventa. Entre las guerrillas, el antiguo EPL registró más trabajo social que político por su acento contra-institucional (recuperadores de tierras en relación con el campesinado, organización sindical en relación con el obrero e invasiones urbanas en relación con los pobladores urbanos/ rechazo a la organización político-electoral que sólo se deroga parcialmente hacia finales de los años 80), mientras que las FARC tuvo más equilibrio entre el trabajo social y político por su acento sub-institucional (organización comunitaria, colonización dirigida y organización sindical/ si a la organización político-electoral con el Partido Comunista y la Unión Patriótica). El éxito social y político de las guerrillas de las FARC y el EPL en el eje bananero (luego movimiento político Esperanza, Paz y Libertad) sólo se extiende hacia el sur a través de la guerrilla de las FARC, pero no se replica ni en el norte (antigua guerrilla del EPL) ni en el Atrato (guerrilla de las FARC).

³¹ RESTREPO, Jorge; Spagat, Michael y Vargas, Juan Fernando, Ob. Cit.

³² Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica, Ob. Cit.

Además de los contrastes entre los contextos políticos, hay una diferencia más entre las subregiones que tiene que ver con el hecho de que la guerra regional no tiene protagonistas ni conflictos transversales. El norte, el sur y el Atrato tienen como protagonistas de la guerra a los grupos paramilitares y a la guerrilla (FARC en el sur y el Atrato/ disidencia del EPL y FARC en el norte), mientras que en el eje bananero los protagonistas de la guerra son inicialmente la guerrilla de las FARC y la antigua guerrilla del EPL (Esperanza, Paz y Libertad/ Comandos Populares) y luego se vinculan los grupos paramilitares.

El conflicto entre la guerrilla y los grupos paramilitares se desenvuelve en contextos subregionales con escaso trabajo social y político por parte de las guerrillas (tanto en el norte respecto a la expansión de los grupos paramilitares y de la guerrilla de las FARC, como en el Atrato respecto a la expansión de los grupos paramilitares) y su agotamiento en el trabajo militar. La excepción a la regla es la subregión del sur en donde las FARC tuvieron trabajo social y político simultáneo con el trabajo militar. En contraste con lo anterior, el conflicto entre la antigua guerrilla del EPL y la guerrilla de las FARC se desenvuelve en un contexto subregional con éxito social y político para ambas guerrillas y que además está atravesado por una ruptura ideológica (renuncia a la continuación de la lucha armada y ruptura con la lucha revolucionaria por parte de la guerrilla del EPL en el año 1991). Además de que hay un contexto altamente politizado, la ruptura ideológica agrava la sobrepolitización y paradójicamente permite la aparición de los grupos paramilitares que lo que hacen es explotar el conflicto entre la guerrilla de las FARC y la antigua guerrilla del EPL.

Los contrastes en los contextos políticos permiten entender el significado que tiene el hecho de que las víctimas sean nombradas como combatientes en el norte y el Atrato, así como militantes políticos en el eje bananero y el sur. La alta frecuencia de la víctima nombrada como combatiente convierte a la consumación de la sevicia en un signo de agotamiento o precarización de lo político restringido a lo militar dentro de contextos con escaso trabajo social y político como el norte y el Atrato. Por su parte, la alta frecuencia de la víctima nombrada como militante político convierte a la consumación de la sevicia en signo de profundización o extensión de lo político más allá de lo militar y más acá de lo ideológico. Sin embargo, la militancia política puede evitar y bloquear la sevicia siempre y cuando haya una configuración vinculante entre sujeto y objeto derivada de los discursos y de las prácticas ideológicamente marcadas. Esto significa que la sevicia depende en su configuración de si el sujeto se centra o se descentra respecto a los objetos circundantes como materialización de lo discursivo y lo ideológico.

La militancia política en el eje bananero no provocó un escalamiento de la sevicia porque el sujeto como víctima no tiene sentido sin los objetos circundantes, además de que la militancia era portadora en si misma de un significado político que era más eficiente en su explotación si se mataba a gran escala. La guerrilla de las FARC justificó las masacres de militantes políticos del movimiento Esperanza, Paz y Libertad (antigua guerrilla del EPL) con la acusación de traición a la causa revolucionaria. Lo que se denomina “traición a la causa revolucionaria” es lo que debe proyectar el hecho violento y eso no es posible si el sujeto no se descentra y si no se le da importancia a los objetos circundantes como contexto portador de sentido. El sujeto como víctima no refleja traición a la causa revolucionaria sino es porque el espacio y las víctimas de las masacres son el foco y la vanguardia revolucionaria dentro del comunismo (obrero-fabrica es equivalente a obrero bananero- finca). El obrero y la finca bananera reflejan una conexión sujeto-objeto para la causa revolucionaria y su alineamiento político con el movimiento Esperanza, Paz y Libertad (antigua guerrilla del EPL) denota traición. Por lo tanto, el sentido asignado a la práctica de violencia extrema se inscribe dentro de un rito de purificación que busca restituir la dignidad profanada del foco y la vanguardia revolucionaria. Sin embargo, la ausencia de la sevicia como ritualización no se agota en una conexión sujeto-objeto, sino que se extiende a una secuencia de ejecución y ordenamiento de los cuerpos que le brinda frecuencia a la acusación de traición.

Designar y nombrar a la víctima como traidor maximiza el vínculo social previo con el victimario y su escisión de su comunidad política, además de que transfiere la culpa a la propia víctima y la jus-

tífica. Una vez se designaba a las víctimas, éstas eran obligadas a formar una fila y luego arrodillarse dando la espalda a sus victimarios, concluyendo con la ejecución sucesiva de cada una preservando la formación. La centralidad que tiene la formación como signo de ritualización radica en que denota organización y disciplina, características que son próximas y cercanas a lo que significa una militancia política y que también establece una analogía con la organización de los ejércitos y el fusilamiento (a pesar de que la víctima no esté frente a su victimario en posición vertical).

Uno de los casos que permite entender por qué la prevalencia de la sevicia en el norte y el Atrato son signos de agotamiento o precarización de político y por qué la sevicia no se convirtió en el signo de profundización y extensión de lo político en el eje bananero, es su contrastación con la sevicia registrada durante las masacres del periodo de La Violencia.

Hay dos diferencias relevantes para entender por qué la sevicia del presente es agotamiento político y la sevicia del pasado su opuesto: a) el contexto político y b) el repertorio de las prácticas de sevicia.

En relación con el contexto político, La Violencia estaba atravesada por una polarización política alta y un conflicto ideológico con signos identitarios. Ser liberal o conservador era una etiqueta que siendo adquirida, porque se basaba en diferencias ideológicas, se había convertido en adscriptiva, razón por la cual no se podía renunciar a la militancia y se reprimía la conversión. En contraste con lo anterior, el norte y el Atrato se caracterizan por su creciente despolitización en relación con los protagonistas de la guerra, lo cual deriva de su acento militar y su ausencia de militancia social y política, constituyendo así etiquetas políticas adquiridas a las que se podía renunciar y que además no llevaba consigo una represión de la conversión por parte de los poderes emergentes. El militante político está en el centro de la sevicia en La Violencia, mientras que el combatiente lo está en el norte y el Atrato en Urabá.

[76]

Sobre el repertorio de las prácticas de sevicia, La Violencia se caracteriza por una sevicia con una alta diversificación que refleja no sólo la intensidad del conflicto ideológico y su enemistad absoluta derivada, sino la explotación de lo político desde la invención y la producción de símbolos y figuraciones en función de la alteración del cuerpo del enemigo (corte de corbata, corte de franela, corte de mica, corte de florero, decapitación, eventración, desviceración, descuartizamiento, castración y desviceración). En contraste con lo anterior, la sevicia contemporánea registrada en el Atrato y el norte de la región de Urabá se caracterizan por su baja diversificación (decapitación y degollamiento) y su deficiente producción de símbolos y figuraciones de lo político (la cabeza separada del cuerpo sin ningún reacomodamiento posterior impide la producción de un símbolo o una figuración en la medida en que no crea ningún vínculo o asociación). La sevicia en La Violencia se convierte en signo de ritualización, mientras que en el norte y el Atrato en el Urabá contemporáneo es signo de degradación.

Por su parte, hay dos diferencias relevantes para entender por qué el eje bananero no convirtió en sevicia su polarización política y su conflicto ideológico, mientras que La Violencia sí: a) la conexión entre el sujeto y los objetos circundantes, y b) la carencia de conversión desde lo ideológico hasta lo identitario en las etiquetas políticas fabricadas.

Cuando la ideología atraviesa la guerra, la sevicia tiende a centrarse en el sujeto por su vínculo con las ideas: el sujeto produce y reproduce las ideas. La fisonomía de la sevicia durante La Violencia genera símbolos y figuraciones que ponen su acento en la ruptura real y simbólica del cuerpo respecto a las ideas: el corte de franela, el corte de mica y las decapitaciones ponen su acento en la cabeza como cercenamiento del pensamiento del otro; mientras que el corte de corbata y la colocación de los testículos cercenados dentro de la boca ponen su acento en la obstrucción de la palabra del otro. En resumen, el énfasis en la cabeza y la boca afectan la producción de las ideas y su enunciación.

Pese a lo anterior, la ideología no se agota en el sujeto como agencia de producción y difusión de las ideas, sino que se descentra en objetos sobre los cuales se proyectan y se cosifican las ideas. El eje bananero evita la sevicia porque hay objetos que descentran el sujeto; o bien porque los objetos son una prolongación del sujeto, o bien porque los objetos se convierten en un contexto de sentido

vinculante con las ideas del sujeto. Una acusación de traición a la causa revolucionaria proferida por una guerrilla comunista como la de las FARC en contra de la antigua guerrilla del EPL no puede entenderse si no se generan símbolos con una asociación sin interferencias entre el obrero, la finca bananera y el alineamiento político con la antigua guerrilla del EPL (hoy movimiento Esperanza, Paz y Libertad). El obrero y la finca bananera como vanguardia y foco revolucionario es lo que da sentido a la acusación de traición a la causa revolucionaria que se les asigna a los militantes políticos de Esperanza, Paz y Libertad. Igual sucede cuando el éxito social y político de la antigua guerrilla del EPL (poder sindical y control mayoritario de las fincas bananeras, acceso a la tierra de los campesinos mediante las recuperaciones de tierras y acceso a la vivienda urbana mediante las invasiones de obreros bananeros y pobladores urbanos), se convierte en el objetivo de las prácticas de violencia extrema que explotan el objeto y su asociación con el sujeto como proyección de lo ideológico. Derogar lo ideológico desde la disolución de los objetos sobre los cuales se proyecta o desde la ruptura del contexto que le da sentido, se convierte en una alternativa frente a la explotación de lo político meramente en el sujeto. En contraste con lo anterior, La Violencia se centró en el sujeto antes que en los objetos circundantes porque éstos últimos no proyectaban ni portaban sentido sobre lo liberal y lo conservador sin que eso fuera difuso. Lo anterior significa que las continuidades prácticas entre liberales y conservadores eran mayores que lo que proyectaban sus discontinuidades discursivas. Si la acusación conservadora de que los liberales eran ateos tuviese asidero práctico y discursivo, las masacres ejecutadas por los liberales contra los conservadores podrían haber explotado lo político desde su perpetración dentro de los templos. Sin embargo, lo liberal y lo conservador no se diferenciaba por lo religioso sino por el alineamiento institucional de la Iglesia Católica.

Y, por último, las etiquetas políticas de origen ideológico con las que se nombra a las víctimas durante La Violencia se convirtieron en identitarias, ya que los liberales o los conservadores no podían renunciar a su alineamiento político y mucho menos cambiar a una etiqueta política opuesta sin ser objeto de represión o estigmatización a posteriori. En contraste con lo anterior, el eje bananero contemporáneo opera sobre etiquetas políticas de origen ideológico que sí cambian y que permiten renunciar a la militancia política y cambiarla por su opuesto. La guerra en el eje bananero hubiese cambiado su curso y su dinámica si después de las masacres perpetradas por la guerrilla de la FARC se hubiese disuadido a la militancia política de la antigua guerrilla del EPL de retornar a la lucha armada y a la causa revolucionaria. El hecho de que las masacres perpetradas por las FARC no hubiesen generado un replanteamiento sino una radicalización del antiguo EPL, es lo que explica que las masacres se hayan generalizado y que se hayan insertado dentro de una guerra de exterminio recíproco.

El tipo de etiqueta política condiciona la configuración de la sevicia porque el sujeto que crea y reproduce las ideas puede potencialmente replicar las dos funciones si se permite su renuncia a una etiqueta política y su cambio a la opuesta, mientras que si la renuncia o el cambio de etiqueta política están proscritos, la sevicia es desplegada para explotar lo político desde una espacialidad constitutiva del sujeto como es su cuerpo.